

BOLETIN DE ARQUEOLOGIA

ORGANO DEL SERVICIO ARQUEOLOGICO NACIONAL

MINISTERIO DE EDUCACION - EXTENSION CULTURAL



BOGOTA-COLOMBIA

ABRIL-JUNIO DE 1946 -

NUMERO 2



El trabajo intelectual contenido en esta obra se encuentra protegido por una licencia de Creative Commons del tipo "Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional". Para conocer en detalle los usos permitidos consulte el sitio web <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

E T N O G R A F I A

ETNOGRAFÍA CHIMILA

GERARDO REICHEL DOLMATOFF

1. — Datos históricos y situación de la tribu

La fundación de Santa Marta en el año de 1525, la ciudad más antigua de Suramérica, fue uno de los primeros grandes pasos hacia el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo. Situada en la bahía más hermosa del continente, al pie del enorme macizo de la Sierra Nevada, que por un raro capricho de la naturaleza domina con sus eternas nieves la selva tropical, la pequeña fortaleza española fue durante largos años el primer punto de partida de grandes viajes y aventuras que dieron como resultado la exploración de inmensas tierras, la sumisión del fabuloso reino de los Chibcha y la fundación de Santa Fé de Bogotá.

Así como suenan hoy increíbles las hazañas de los primeros conquistadores de estas tierras, también debieron haber estado ellos mismos asombrados cuando por primera vez se dirigían hacia el interior. Todo era extraño y hostil; por todas partes se extendía una tierra violenta y peligrosa, llena de sorpresa, un “nuevo mundo”. Pero era una tierra maravillosa: inmensas riquezas yacían en estas montañas: allá por el Sur estaba El Dorado, lagunas llenas de oro, esmeraldas y el sueño de un gran imperio. Las crónicas de esta época lo atestiguan y toda la grandiosa fuerza de imaginación de la raza latina habla en ellas. Allí vieron montañas de oro, esmeraldas, del tamaño de un huevo de gallina, indios con pies de gallo, serpientes con orejas y tantas maravillas más, que para los cronistas también era a veces difícil creerlas.

Para nosotros que buscamos hechos concisos, datos precisos y descripciones claras, el cuadro se confunde en ocasiones. Mucho aparece contradictorio, mucho dudoso. Un siglo más tarde la historia ya presenta un cuadro más claro, pero entonces mucho ha cambiado; muchos

de los antiguos pobladores de estas tierras han desaparecido y con ellos su historia. Sin embargo, los primitivos historiadores de Indias son una fuente inagotable sin la cual todo ensayo de reconstrucción aproximada de la vida y costumbres de los aborígenes americanos, en las primeras épocas de su descubrimiento, resultaría imposible. Gracias a ellos, a sus trabajos minuciosos, podemos hoy tratar de reconstruir condiciones de culturas desaparecidas o la historia olvidada de culturas aún sobrevivientes.

La tierra de Santa Marta parece haber estado poblada por un sinnúmero de naciones y tribus, muchas de ellas de distintas lenguas y de distinto origen étnico. Ciertamente es que los Chimila eran entonces una poderosa nación y que poco después de la fundación de Santa Marta, los españoles se encontraron en encarnizadas batallas con ellos. Fue después del completo fracaso de la expedición del Gobernador García de Lerma contra los Indios de Pocigüeica y Buriticá, cuando, éste envió sus soldados a explorar las riberas del río Grande de la Magdalena. Bajo el mando de D. Pedro de Lerma, hijo del Gobernador, quien iba en compañía de D. Juan Ortíz, obispo de Santa Marta, la expedición se internó en las selvas de la "Provincia de los Caribes" donde después de haber saqueado varias poblaciones abandonadas, encontraron fuerte resistencia. Pasando por el "Pueblo de las Argollas" y una población que llamaron Sevilla, encontraron un poblado llamado: Chimila: ...y después de haber el Capitán Lerma descubierto la Provincia de los Caribes... dio la vuelta a Santa Marta, y este fue el primer descubrimiento de Chimila..." (9,42-45).

Pocos son los datos que siguen. La pequeña fortaleza de Santa Marta luchó entonces contra los indios del litoral, quienes unidos en una poderosa confederación bajo el mando del cacique de los Bonda, resistieron salvajemente a los españoles.

En 1536 salió de Santa Marta Gonzalo Jiménez de Quesada en busca del Dorado; se dirigió hacia el Sur y atravesó por tierra toda la Provincia de los Chimila para salir cerca de la Ciénaga de Zapatosa, pero poco se dice de los indios (133, I, 185). Rivera encontró los Chimila en las montañas de Garupar, cuando buscando un camino por el Sur de la Sierra Nevada, se dirigió de Santa Marta a Valledupar (133, I, 666). En las riberas del río Cesar no parece haber estado establecida la tribu puesto que ni Alfonso de Lugo, ni Pedro de Lerma, quienes pasaron de Valledupar hacia el Sur, hablan de encuentros con ellos (133, III, 132; 9, 46-47). En 1576 se fundó por orden del Goberna-

dor Lope de Orozco el pueblo de San Ángel en territorio chimila, pequeño fortín que bajo el mando del Capitán Antonio Cordero fue sitiado e incendiado por los indios (190, V, 51).

Durante el siglo XVII faltan casi por completo datos sobre la tribu, pero en el siguiente varios autores se refieren a ella. Julián nos da sus límites aproximados: "...desde las inmediaciones de Santa Marta hasta Tamalameque... suele llamarse Tierra de Chimilas..." (78, 189-190). La ribera derecha del Magdalena no parece haber sido alcanzada por poblados, pero sí en excursiones bélicas y desde Tenerife hasta encontrar Chimila, había media jornada (78, 205). Los Chimila atacaron cerca de Santa Marta y cerca de Pueblo Nuevo al Norte de Valledupar (78, 191, 198), a veces encabezados en estos ataques por jefes mestizos o negros (78, 194).

Sin embargo, ya en estos tiempos la tribu parece muy reducida. En 1750 se componía de no más de 200 familias (78, 185-186). Desde entonces, los Chimila quedan olvidados. En los últimos años del siglo pasado el gran escritor colombiano Jorge Isaacs visitó una tribu que encontró cerca de Fundación y relata en un pequeño manuscrito, que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Bogotá, sus conversaciones con el cacique Marasa. Patéticamente le dijo el indio: "Apenas español me ha dejado lugar a donde enterrar mis muertos!".

La colonización del Departamento progresa. Bolinder, quien viajó por la región del río Ariguaní encontró sólo unas pocas familias, enfermas y pobres que huyeron aterradas. Negros del Departamento de Bolívar atravesaron el río Magdalena y se establecieron en las selvas del Ariguaní en busca de nuevas tierras. También se descubrieron pozos de petróleo. Ya hay taladros en la selva y se construyen carreteras. De los Chimila quedan hoy unos pocos. Retirados en lo más tupido de la selva, en regiones donde ni el hombre blanco con todos sus recursos puede vivir por las enfermedades y malas aguas, allá hay que buscar esta tribu y allá se encontrarán sus ranchos caídos, su gente silenciosa que ha olvidado reír.

No obstante esta declinación de una nación antiguamente tan poderosa y temida, los Chimila de hoy son los mismos que los de ayer. Los pocos núcleos que se han conservado en la selva guardan todavía el conjunto completo de su civilización material y además siguen sus tradiciones y ritos sin haber adoptado ningún elemento de la civilización de sus conquistadores. No hubo aculturación de ninguna especie; utensilios de metal, telas, sal, todos los recursos del hombre blanco han

sido rechazados y hoy, como hace siglos, el indio Chimila afila todavía su macana de guerra sobre una piedra, caza los animales del monte con arco y flecha, se viste con telas que las mujeres tejen en primitivos telares. No ha adoptado animales domésticos y se contenta con papagayos y tortugas. De su primitiva organización social, su vida mágica y su religión, mucho se ha perdido y olvidado porque los Chimila ya no son una tribu sino pequeñísimos grupos, de una o dos familias, sin contacto entre sí.

En nuestro viaje pudimos visitar estos grupos, vivir con ellos y observar sus actividades. En unos años ya hubiera sido tal vez demasiado tarde pero todavía ha sido posible reunir un material cuyo examen etnológico contribuirá al conocimiento de una parte de Colombia que presenta problemas de gran alcance.

El territorio en el cual habitan actualmente los últimos grupos de los Chimila es, a grandes rasgos, el mismo en el cual se encontró la tribu en la época de su descubrimiento. El terreno tiene sus límites naturales: por el Oeste y el Sur, encerrado por la gran curva que forma el bajo Magdalena, por el Este el río Cesar, por el Norte la Sierra Nevada. Los dos ríos y las tierras fértiles de la Sierra fueron naturalmente poblados ya en tiempos antiguos, de manera que los Chimila tuvieron que ceder a una penetración por todos los lados, que resultó en la concentración de sus grupos en el centro del territorio antiguamente habitado. Los Chimila se encuentran así sobre todo en la región de El Difícil, La Peña, San Ángel y Monterrubio, es decir, casi en el centro de la inmensa selva que se extendió entre los ríos Magdalena, Ariguaní y Cesar, respectivamente. Pequeños grupos alcanzan hacia el Sur los Llanos de Chimichagua y la región pantanosa enfrente de Mompo; algunos se retiraron hacia el alto río Ariguaní, ya en las faldas de la montaña, pero el núcleo principal queda en la región al Sur del El Difícil, en la mitad de los grandes ríos (Fig. 1).

El terreno es de formación geológica muy reciente, La superficie es en su mayor parte perfectamente plana, con algunas leves lomas, todo cubierto de la típica vegetación de la selva tropical. Terreno inundable en la época lluviosa, pantanoso, con grandes lagunas y pozos de agua salada, atestiguan todavía temporales entradas del mar en épocas geológicamente recientes o inundaciones causadas por obstrucciones en

el curso del bajo Magdalena. El clima es sumamente cálido y húmedo. Los pozos y cañadas que durante el corto verano no se secan, son criaderos de mosquitos y plagas que hacen la vida insostenible; la falta de agua potable es tremenda; la malaria y la disentería azota a los habitantes.

En resumen, la región es absolutamente desfavorable para el desarrollo cultural de una tribu indígena. Mientras que la costa del mar, las tierras altas de la Sierra Nevada o de la Cordillera y la ribera izquierda del Magdalena, que además es de una formación geológica completamente distinta, favorecen en todo respecto un adelanto para sus habitantes, el territorio de los Chimila se parece en mucho a las selvas del Amazonas y el estado de desarrollo cultural que se observa entre esta tribu corresponde enteramente al de las tribus de la hoya del Amazonas.

2.- Tribu y Familia.

La organización social de los Chimila, en la forma como hoy se nos presenta, muestra claramente una fuerte desintegración que apenas deja reconocer los rasgos de su antigua estructura.

Aparente es, sin embargo, la tradición del matriarcado que todavía se manifiesta, aunque ya simbolizada y privada de sus funciones más importantes. El cuadro siguiente muestra esta participación, que según el lugar y las condiciones, varía.

Cacicazgo	hombres o mujeres
Función sacerdotal del cacique	hombres o mujeres
Shamanismo	hombres o mujeres
Función mágica del shamán	hombres o mujeres
Herencia del cacicazgo	matrilinear
Salvaguarda de objetos rituales	mujeres
Casamiento	matrilocal
Descendencia del grupo local	matrilinear
Herencia del nombre secreto	matrilinear
Herencia de marcas de propiedad	matrilinear

Primeramente observamos la división de la tribu o del grupo étnico Chimila en grupos locales. Aunque estos grupos locales son exógamos, parece dudoso aplicar la palabra Clan en este caso, puesto que no se observan ningunos rasgos de totemismo. Cada grupo local representa

el agrupamiento territorial y se compone sólo de individuos de común descendencia matrilinear. La autoridad en este grupo está representada por el cacique, que a la vez tiene la función de sacerdote en ocasiones determinadas. Este cacicazgo puede ser desempeñado por un hombre o por una mujer, quien al mismo tiempo asume las funciones sacerdotales. En efecto, entre los Chimila encontré varias mujeres cacicas, que talvez con más energía que hombres en este caso, desempeñaron esta posición. Evidentemente, las poblaciones que tenían un cacique masculino estaban en regiones muy aisladas y peligrosas por decirlo así y el hombre parecía haber asumido esta posición sólo por su calidad de jefe de los guerreros. En las poblaciones donde los habitantes vivían relativamente en paz y sin preocupaciones inmediatas, las mujeres ejercían el mando. Respecto al cacicazgo me refiero además a una leyenda de los Chimila en la cual se habla de la “Gran Cacica”, figura que en esta tradición aparece como héroe cultural (Véase Boletín de Arqueología No. 1. p.9).

El cacicazgo se hereda siempre por línea materna; después de la muerte de un cacique, el hijo de su hermana queda como sucesor.

En varias poblaciones hay shamanes, posición que casi siempre está ocupada por una mujer anciana (Lám VIII). En sus funciones mágicas parece, además, de ser más temida, que el cacique como sacerdote. El shamán elige su sucesor para el aprendizaje, y si es un shamán femenino, escoge siempre una muchacha de su familia, a veces su hija. Todos los objetos que implican un tabú, indispensables para las funciones de la vida mágica y religiosa, se encuentran a la salvaguardia de mujeres, pero no necesariamente de la cacica o familiares más cercanos.

El casamiento es matrilocal; siendo los grupos locales exógamos, el hombre adquiere así participación en el grupo de la mujer. Los nombres secretos que se dan a los jóvenes con ocasión de los ritos de iniciación, se heredan también por línea materna y generalmente son dados por el tío materno. Las marcas de propiedad que se emplean en los objetos domésticos, se heredan de la misma manera.

Claramente se ve en estos rasgos las varias características de una organización matriarcal. Si el totemismo existió ente los Chimila, parece muy dudoso; la exogamia practicada actualmente no tiene el carácter de una exogamia auténtica por consanguinidad sino que parece más bien artificial.

El estudio amplio y detallado de estas cuestiones fue naturalmente imposible en tan corto tiempo y hubiera dado además, empleando más

tiempo, un resultado insuficiente puesto que los pequeñísimos grupos Chimila ya no dejan reconocer más de lo que se ha dicho. Sin embargo, los pocos datos acerca de la organización social de esta tribu que pudimos recoger, nos dan por lo menos una idea aproximada de su estructura.

3.- *Pueblo y Casa.*

Los Chimila viven en pequeños poblados y nunca en casas solitarias distantes entre sí. Cada población se encuentra sobre una pequeña loma, para evitar las inundaciones durante la época lluviosa y está rodeada por los cultivos de maíz, yuca y algodón, pertenecientes a las familias que componen el caserío. Cinco a diez casas forman el poblado bajo un cacique local.

Entre las poblaciones no hay casi ningún contacto, en parte por las grandes distancias que los separan y en parte por enemistades entre los vecinos. En efecto, en muchas poblaciones se ignora por completo la existencia de otros grupos Chimila, y se conocen sólo las poblaciones más cercanas.

Las casas están siempre colocadas, de tal manera que forman un círculo más o menos regular alrededor de una pequeña plaza. Raras veces una u otra casa, generalmente la del cacique, se encuentra algo separada de este plano. En la construcción de estas casas se pueden observar varios tipos distintos: la forma común de la vivienda es una pequeña construcción sin distinción entre techo y paredes (Lám XVII). Entre tres o cuatro árboles que forman un triángulo o rectángulo, se amarran a una altura de alrededor de 1.50 m., unos palos horizontales contra los cuales se inclinan luego desde afuera largas hojas de palma que se entretejen en la cúspide; formando así techo y paredes al mismo tiempo. Por un lado, por lo menos la cuarta parte del perímetro de la vivienda, queda abierta hacia la plazuela. Este abrigo es el tipo más común entre los Chimila actuales y en su gran mayoría los poblados están compuestos de estas chozas, exceptuando los casos en que ya se nota una fuerte influencia de los blancos.

Aunque esta forma de vivienda parece tan estandarizada y característica de los Chimila, es dudoso que haya sido el tipo original en dicha tribu. En los mitos y cuentos se encuentran repetidas veces alusiones a grandes casas redondas y en muchas ocasiones los mismos indios nos afirmaron que la casa redonda era, hasta hace relativamente pocos

años, el tipo predominante de vivienda. En efecto, sobre la margen izquierda de la nueva carretera que va de Valledupar a Fundación, entre la población de Caracolcito y el paso del río Ariguianí, se puede observar una población abandonada de los Chimila que, perseguidos por los colonos, se retiraron a las cabeceras del Ariguianí, hace pocos años. En este poblado se ve todavía una casa de construcción redonda, con clara distinción entre techo y paredes. Alrededor de un gran poste central se levantan los horcones de las paredes, cubiertas, como el techo, con hojas de palma. El diámetro de esta construcción es alrededor de 8 metros.

Esta observación y las alusiones a una “gran casa redonda” en los cuentos tradicionales, hace pensar en que este tipo de vivienda debe haber sido el común en tiempos anteriores. El gran tamaño de estas construcciones y vagas indicaciones por parte de los indios, nos inclinan además a pensar que en éstas no se trataba de viviendas particulares de una sola familia, sino de casas comunales del tipo de la *maloka* amazónica. Las observaciones acerca de la organización social de la tribu están evidentemente en pro de dicha teoría.

Un tipo especial de casa comunal, por decirlo así, existe además todavía entre los Chimila y se encuentra en casi todas las poblaciones: es la casa de los muertos. Esta construcción se parece al abrigo de vivienda anteriormente descrito pero es de dimensiones mucho más grandes y de mejor construcción. Sobre unos 6 a 8 horcones enterrados en un plano rectangular y por un lado estrecho de la casa en plano semicircular, se levantan las paredes que forman, inclinándose hacia arriba, el techo cónico. La parte corta, opuesta a la parte redondeada, queda abierta y continúa en una especie de antesala, sin paredes pero protegida por la continuación del techo. El interior de esta casa, en la cual se entierran todos los muertos del poblado, no muestra ningún adorno, ni contiene utensilios de alguna clase. Delante de la casa de los muertos yacen las piedras de moler de los difuntos que se depositan allí después del entierro de su dueño. Así como en su aspecto exterior la casa cementerio se parece mucho a los abrigos de vivienda, su forma y construcción, vistas desde el interior, recuerdan las de las grandes casas redondas.

En una población cerca de San Angel observamos una de estas casas construida en plano rectangular y con un techo como el de las casas de los colonos colombianos. En poblaciones pequeñas, la casa cementerio falta a veces y los muertos se entierran dentro de su propia casa, la cual se abandona luego, mientras que el resto de la familia procede a construir una nueva al lado de la deshabitada.

Cerca de Monterrubio, donde las casas de vivienda de los Chimila ya muestran fuerte influencia blanca, observamos que la casa del cacique estaba rodeada por una fuerte palizada. En un plan irregular estaban enterrados gruesos palos que formaban una fuerte cerca alrededor de la vivienda del cacique local y la pequeña casa cementerio, que se encontraba no lejos de esta vivienda, estaba incluida dentro de la palizada. Aunque los Chimila pueden haber adoptado la idea de cercar ciertos terrenos de los colonos vecinos, en este caso no tenían ningún objeto para levantar esta cerca, puesto que en la región no había animales domésticos. En cambio, la población en cuestión tenía mala fama y el cacique gozaba la reputación de un hombre agresivo y peligroso.

Graneros para guardar el maíz se pueden observar en muchas poblaciones. Construidos siempre bajo el techo de una casa y sobre altas estacas, forman una especie de canasto pando, en el cual se guardan el maíz y otros elementos, especialmente durante el invierno (Fig. 2). Esta forma de graneros en estacas seguramente un elemento cultural del Norte y Este de Suramérica y se encuentra también entre tribus que, ya desde tiempo atrás, han abandonado regiones pantanosas en las cuales esta construcción de granero era la más apropiada.

En lo general, los poblados de los Chimila dan una impresión muy miserable. Raras veces se reparan las casas aunque los vientos y las lluvias arrastren el techo y rompan las paredes. Los indios se preocupan poco de esto. Durante el verano, cuando el excesivo calor de la selva se extiende sobre el poblado, duermen en sus hamacas fuera de las casas, simplemente extendidos entre dos árboles, y durante el invierno unas pocas hojas son suficiente abrigo para protegerlos contra la lluvia. Como es general entre los indios, los Chimila no duermen toda la noche; a veces se levantan, avivan el fuego, comen y charlan y asimismo durante el día, se retiran a la casa para dormir un rato.

4.- Adquisición y Consumo de Alimentos

Los Chimila son un pueblo de horticultores y cazadores primitivos. En épocas anteriores, cuando la tribu alcanzó todavía en sus excursiones las riberas del Magdalena y el Ariguaní, la pesca debió también haber tenido importancia entre ellos; pero actualmente, rechazados de las riberas que forman la ruta natural de la colonización blanca, y retirados en las selvas interfluviales, ésta se reduce al mínimo.

La horticultura, en cambio, es relativamente avanzada y los indígenas se procuran con ella la gran mayoría de su alimentación. Los

cultivos se encuentran alrededor de las poblaciones en grandes deshechos circulares. Mientras que el trabajo de la roza y limpieza del terreno lo efectúan en común los hombres de cada grupo local, el cuidado y la cosecha del cultivo están a cargo de cada familia, y tiene sus dueños particulares.

Son predominantes los cultivos de yuca dulce y maíz. Además de estas plantas se cultivan también varias clases de batatas, ñame, ahuyama, frijoles, ají y tabaco, los últimos en pequeña escala. En todos estos trabajos en el campo, con excepción de la siembra que es privilegio de los hombres, ambos sexos forman parte activa, tanto en la preparación de la tierra como en el cuidado de las plantas y la cosecha de los frutos.

Aunque los Chimila conocen seguramente desde muchos siglos los animales domésticos introducidos en América por los españoles, la ausencia casi absoluta de éstos es sorprendente. No obstante que la adquisición de ganado vacuno, de marranos y hasta de caballos, sería relativamente fácil para este grupo indígena, que vive en medio de una región ganadera y agrícola, ninguno de estos animales ha sido adoptado por los indios y, por el contrario, parece que se les atribuye en general muy poco valor. En una población de los Chimila, cerca de la región de La Peña, que los indios abandonaron en fuga precipitada cuando nos acercábamos, encontramos dos burros que habían sido dejados allí. Los indios se habían llevado la mayor parte de sus objetos, dejando los burros que, evidentemente, les parecían de poco valor. Gallinas se encuentran de vez en cuando entre los Chimila pero nunca las comen ni aprovechan los huevos. Como es general, los indios consideran estas aves más bien como compañero fácil de domesticar, apreciado por sus plumas blancas y divertidos por su canto. Los perros son bastante comunes y se encuentran en casi todas las poblaciones, con excepción de las del alto río Ariguaní, donde faltan también por completo las gallinas. Estos animales dependen, para la subsistencia, de su propia habilidad para conseguirse comida, pues en ninguna parte se les da bocado y están siempre flacos y enfermos. En varias poblaciones observamos una manera particular de impedir a los perros que se alejen demasiado del poblado: en el extremo de un lazo que se amarra alrededor del cuello del animal, se fija un gancho de madera; el extremo curvo de éste cuelga hasta el suelo de manera que el animal lo arrastra. Dentro de la población, este gancho no impide al perro, pero en el momento cuando éste se aleja y entra en el monte, la madera se engancha en el

rastrojo y las raíces. Los campesinos de muchos departamentos de Colombia usan a veces horquetas puestas sobre el cuello de los marranos para impedir a éstos que entren demasiado lejos en el monte. Sin embargo, no hemos podido observar en ninguna parte el gancho descrito para los perros, entre los colonos, y bien puede ser una invención local de los Chimila.

Así como los Chimila aparentemente no han adoptado los animales domésticos de los blancos, han conservado, en cambio, de maneja muy desarrollada, la cría de otros animales tradicionalmente indígenas. Para nuestro análisis son de importancia sobre todo dos hechos muy característicos; la apicultura y la cría sistemática de tortugas.

La apicultura es un elemento cultural indígena muy antiguo. La importancia de la cera la podemos observar en muchos de los objetos de la civilización material de las tribus aborígenes, entre las cuales sirve como material de impermeabilización para los hilos que usan en la fabricación de las flechas, para la manufactura de instrumentos musicales, adornos y recipientes vegetales. La miel es también un artículo muy apreciado y constituye o constituyó, como sabemos, entre muchas, tribus, un alimento ritual indispensable para ciertas ceremonias.

Principalmente tenemos que distinguir entre dos fases de la apicultura: una primitiva y otra ya más avanzada. En la primera, los indígenas recogen simplemente el panal natural en el monte y lo llevan a la casa donde lo guardan; en la segunda, se fabrica un propio colmenar en el cual se ponen luego los panales con las abejas.

Sobre la apicultura entre las tribus americanas en épocas de la Conquista, tenemos afortunadamente relatos detallados puesto que la miel era entonces para los españoles un alimento importante debido a que la caña de azúcar era todavía desconocida en América. Oviedo nos relata de los Indios de Jalisco en México: "E su segunda granjería e ordinaria es criar colmenas, é tiénenlas en las casas colgadas en el ayre; y en lugar de corchos (que no los tienen), para los vassos de las abejas toman un troço de árbol e háçenlo vacuo, del tamaño e proporción que en España lo hacen de la corteça del alcornoque; y en una casa diez y en otra veynte o treynta, o más o menos, tienen colgadas sus colmenas, é allí crían sus panales é miel muy excelente..." (133, III, 561). El mismo autor dice de los Indios de Chitemal en Yucatán: "Allí hallaron mucha é muy buena miel é colmenares grandes de miel é dos mill colmenas en troncos de árboles, bien fechos con sus cebaderos y entradas;" (131, III, 245-246). Gomara dice de los Indios de la Isla de Cozumel de Yucatán: "Tienen también mucha miel, aunque agra un

poco, y colmenares de a mil y más colmenas, algo chicas. No sabían alumbrarse con cera.” (68, 305; 131, I, 408). En Centroamérica existía o existe también la apicultura entre los Aztecas de Salvador (74, 297), los Mixtecas (192, VIII, 140) que usaron colmenas de una armazón de espartería cubierta de esteras, y entre los Lacandones (182, 193). Sobre la apicultura en América del Sur nos habla el mismo Oviedo refiriéndose a los indios de Venezuela: “Abejas hay muchas por los bosques salvajes... algunas crían los indios en sus casas en unos calabozos grandes... no pican ni tienen ponçona e son mucho menores que las de España e más vellosas... y los vasillos de los panales, aunque las abejas son pequeñas, como he dicho, son cada uno tan grande como una bellota”. (131, II, 333). Acercándonos más a la región de nuestro interés leemos de los indios del Valle de la Caldera, cerca de Santa Marta: “decía un soldado que había visto en un colmenar en aquel valle más de ochenta mil colmenas y era que las casas eran diez mil, y en cada una había de diez para arriba; eran unas ollas grandes o múcuras donde hacían su miel muy dulce, por ser flor de guamos, unas abejas pequeñas, no en panales, sino en bolsas grandes, de cera y olía a la flor.” (190, V, 192). Actualmente encontramos apicultura todavía entre los Makuna del río Apaporis (82, II, 291; 210, 51), los Apapocúva-Guaraní (112) y los Paressi (177, 13, fig. 3).

Esta distribución geográfica muestra claramente que la apicultura es un elemento cultural Meso-americano que fue introducido en América del Sur en épocas de las migraciones o por fuertes influencias de estos pueblos hacia el Sur. En la región andina la apicultura no existe y falta también en la costa peruana y en las Antillas. Su ausencia en Oceanía, la mencionamos de paso (121).

Acercado del relato de Fr. Pedro Simón sobre los colmenares en la región de Santa Marta, es interesante anotar la falta de encuentros arqueológicos que atestigüen el uso de éstos.

Entre los Chimila la apicultura se encuentra en una fase ya bastante desarrollada. Primeramente se recoge la colmena natural en el monte y se lleva cuidadosamente a la casa. Luego se construye un recipiente apropiado: un calabazo grande que tenga más o menos la forma de un botellón, se pone horizontalmente y se recorta en su parte abombada superior una abertura rectangular de cien centímetros cuadrados. Después de haber introducido por esta abertura el panal en el interior del calabazo, éste se tapa cuidadosamente, empleando la misma pieza recortada que se pega en sus márgenes con cera. Por el cuello del ca-

labazo se aplica asimismo un pedazo de cera, cerrando la abertura de tal manera que solo un pequeño agujero sirve de entrada y salida para las abejas (Fig. 3). Para extraer la cera o la miel, se destapa cada vez la abertura rectangular del lado. Estas colmenas se guardan amarradas horizontalmente en las paredes exteriores de las casas y a veces dentro de éstas. La cera es el producto más apreciado en este proceso y la miel juega un papel secundario, sin tener en ningún caso empleo ritual. La forma de estas colmenas es idéntica a la de los Paressi (117, 201; 177, 13, fig. 341).

Así como dijimos que la apicultura es un elemento cultural Mesoamericano que los Chimila adaptaron de tribus venidas del Norte, la cría de tortugas es indudablemente un elemento típico para las tribus de las riberas del Amazonas. Entre los Chimila esta forma de cría es común y se encuentra muy desarrollada y basada en su sistema fijo. Dentro de la población, al lado de las casas, se construye un corral de plano redondo cuyas paredes están formadas por fuertes maderos enterrados en el suelo, levantándose a una altura de alrededor de un metro. En el interior de esta cerca se ponen varias piedras que luego se cubren por una laja plana como para formar un abrigo para los animales. En el monte se recogen las tortugas (*Testudo tabulata*) y se encierran en el corral que contiene a veces unos cincuenta o sesenta animales. Cuando se busca una tortuga para la comida, el mismo cacique del poblado entra al corral y escoge cuidadosamente uno de los machos de cierta edad. Examinando la concha y las patas detalladamente, se eligen, consumiendo sólo un animal que para la reproducción ya no es indispensable. Esta forma de cría es, como ya dijimos, típica entre varias tribus de las riberas del Amazonas y se limita estrictamente a esta región de América. En varias ocasiones ha sido descrita por los antiguos autores; Acuña en su “Relación del Descubrimiento del Río de las Amazonas” dice: “...Hacen... unos corrales grandes, cercados de palos, cavados por dentro de suerte que como lagunas de poco fondo, conservan siempre en sí el agua llovediza... las tortugas... las llevan a remolque, sin ningún trabajo, hasta meterlas en los corrales que tienen dispuestos, donde sueltas todas, las dan prisión aquella estrecha cárcel, y sustentándolas con ramas y hojas de árboles, las tienen vivas todo el tiempo que las han menester... Cogen estas tortugas en tanta abundancia, que no hay corral de estos que no tenga de cien tortugas arriba;” (I, Cap. XXVI). En la “Jornada de Omagua y Dorado” relata el historiador: “Había en este pueblo, según a todos pareció, más de seis mil tortugas grandes,

que los indios tenían para comer; encerradas en unas lagunetas que tenían hechas de mano y cercadas a la redonda con un cerco de varas gruesas, porque no se pudiesen salir, y a la huerta de cada bohío había una o dos y tres lagunetas destas, llenas de dichas tortugas.” (183, 431).

Corrales para la cría de tortugas encontramos además entre los Omagua y Kokama, tribus Tupí del Alto Amazonas (59, 82; 52, 331), los Indios del río Uruba y de las bocas del río Tocantins (20, 27, 495), los Ararandevara (87, 240, 251), los Karaxá y Tapirapé (84, 119, fig. 6, 409, 269) y los indios del Amazonas en general (30, 33; 2, 53; 1, Cap. XXVI). Además de limitarse la cría de tortugas a las mismas riberas del río Amazonas, se nota que se practica allí sólo entre tribus de origen Tupi-Guaraní.

En muchas poblaciones de los Chimila se guardan papagayos y loros, con el único propósito de arrancarles anualmente las plumas que luego se emplean para la fabricación de adornos. Sobre todo son las especies de *Ara Ararauna* (Linné), *Ara Macao* (Linné) y *Ara chloroptera* G. R. Gray y *Amazona ochrocephala Panamensis* (Cabanis) que por su plumaje vistoso son altamente apreciados. Los mismos indios apicultores del Valle de la Caldera de Santa Marta tenían idénticas crías; “... criaban papagayos, guacamayos y tominejos para sólo la pluma, que les pelaban cada año.” (190, V, 191).

Micos, aunque abundan en la región, nunca vimos domesticados, así como tampoco venados u otros cuadrúpedos del monte. Entre los Chimila la cría sirve siempre a un propósito práctico y no se dan la pena de domesticar a un animal que después no se puede aprovechar de alguna manera útil.

Aunque menos importante que la horticultura y las crías la caza ocupa mucho tiempo en la vida diaria de los hombres (Lám IV-V). En varias ocasiones nos fue asegurado que las mujeres también tomaban parte activa en ella, manejando el arco y la flecha de su marido, pero pude comprobar esta actividad sólo en el caso de la cacería de tortugas. La abundancia de animales de presa es grande en la región de los Chimila; dantas (*Tapirus americanus*), zainos (*Dicotilus labiatus*) tatabros (*Dicotulus torquatus*), monos aulladores (*Mycetus seniculus*) se encuentran a cada paso, así como pavas (*Penelope cristata*) y (*Crax Alberti Frazer*) y guacharacas (*Ortalis garrula garrula Humboldt*).

La caza se efectúa sólo con arco y flecha y no vi en ningún caso emplear trampas.

Para la pesca se emplean además de éstos, un arpón largo de tres puntas, de sección redonda y bien afiladas pero carecen de garfios. Están siempre amarradas a la vara central quedando equidistantes entre sí en un plano triangular. (Fig. 10). Además la pesca se efectúa a veces con veneno, usando el jugo de la corteza de cierto árbol que no parece pertenecer a la clase de los venenos de barbasco. Sobre esta forma de pesca ya traté en otro trabajo anterior. (35).

La preparación de todos los alimentos que los Chimila obtienen de la agricultura, pesca, caza y crías para su almacenamiento o consumo inmediato, es una actividad exclusivamente femenina. La yuca no se ralla sino se consume siempre hervida en agua junto con la carne y otros vegetales. Para la preparación del maíz, los granos se pilan en el pilón. Este consiste en un tronco ahuecado, con forma de copa alta cilíndrica y se encuentra siempre enterrado con su pie en el suelo. La mano del pilón es relativamente larga y muestra generalmente dos puntas cilíndricas, ligeramente redondeadas en los extremos. Elemento cultural del Norte y Este, típico para el área del cultivo de la yuca, trazamos la distribución del pilón en un trabajo anterior (35). El hecho de que los Chimila entierren el pilón y usen una mano proporcionalmente demasiado larga nos hace relacionar éste con la forma común entre los Arawak y Karib de Guayanas.

Al lado del pilón se encuentra en casi todas las viviendas de los Chimila la piedra de moler de forma ovalada plana. En todos los casos observados los Chimila insistían en que estas piedras no eran “de ellos” sino encontradas en el terreno y fabricadas por “otros indios, talvez Aruacos”. La insistencia con la cual se declara este elemento cultural como extraño se torna en algunos casos en un ostensible desprecio. Varias veces me fue asegurado: “Los Antiguos no tenían piedra de moler pues no tenían maíz. Cuando recibieron el maíz fueron a buscar piedras y encontraron estas en la tierra”. En efecto, todas las piedras de moler de los Chimila tenían carácter arqueológico y personalmente pude observar fragmentos de piedras y manos de moler en sitios arqueológicos en el monte, que eran, como dijeron los Chimila, “de otros indios”.

Para ahumar la carne, se coloca sobre una troje rectangular compuesta de cuatro horquetas sobre las cuales se amarran varitas horizontales formando una reja. (35).

El fogón donde se preparan los alimentos se encuentra siempre fuera de la casa y cada familia tiene su propio hogar, formado por tres

piedras sobre las cuales se coloca el recipiente. La consecución de leña está a cargo de los hombres.

Hombres y mujeres comen siempre aparte y los primeros antes que las mujeres, las que dejan pasar por lo menos media hora después de terminar los hombres, antes de tocar su comida. Los hombres comen, además, siempre dentro de la casa mientras que las mujeres comen fuera de ella, cerca del fogón. Niños y niñas de 2 a 3 años ya observan esta costumbre. Se come a hojas fijas: la primera comida a las 10 de la mañana y la segunda a las 6 de la tarde. No obstante, en los intervalos hombres, mujeres y niños asan mazorcas de maíz inclinándolas contra una piedra del fogón cuyo fuego se mantiene continuamente.

En todas las comidas se usa ají (*Capsicum*) y a veces achiote (*Bixa orellana*) para dar color al alimento.

5. – *Recipientes y utensilios domésticos*

Entre los Chimila la cerámica ya es muy escasa y en muchas ocasiones los indios se sirven de vasijas de carácter arqueológico encontradas en sus labranzas. La falta de tierra gredosa y sobre todo la vida casi nómada a la cual les obliga la penetración blanca, hace que ese arte desaparezca lentamente y sólo raras veces las mujeres procedan a la manufactura de unas pocas piezas indispensables.

La fabricación de cerámica sigue el sistema de tiras superpuestas que se aplanan por el interior y exterior con ambas manos. La greda se mezcla para este proceso con la corteza molida de un árbol, técnica netamente amazónica (35). Las formas principales de la cerámica que pude observar son las siguientes: grandes recipientes globulares de un diámetro de unos 50 cms., sin pie ni cuello pero provistos de un pequeño reborde saliente hacia fuera, formado por una tira superpuesta; estos recipientes están colocados siempre fuera de la casa a lo largo de las paredes y sirven para guardar el agua potable (Fig. 4 k,m). Además de esta forma se manufacturan vasijas más pequeñas parecidas, que se emplean en la preparación de la comida y a veces tienen un corto cuello cilíndrico y reborde saliente modelado. La última forma es la de una copia de pie hueco en forma de cono truncado en el cual se encuentran dos rebordes opuestos (Fig. 4, 1). Esta forma es por cierto muy común entre las tribus Arawak. La decoración de la cerámica de los Chimila no es nunca pintada sino que consiste siempre en incisiones de forma semilunar, abiertas hacia abajo, en todos los casos que pude ob-

servar. Estas incisiones forman generalmente dos bandas alrededor de la periferia o de la parte superior del recipiente.

Además de la cerámica, encontramos entre los Chimila un sinnúmero de recipientes vegetales, de calabazos o de totumo. Formando copas, platos, cucharas o botellas, éstas están a veces decoradas por dibujos incisos de motivos geométricos. El pirograbado se ignora, así como el método de la impermeabilización del interior del recipiente vegetal. En muchas ocasiones pude observar en estos recipientes marcas de propiedad, grabadas en el exterior (Fig. 4, h, i, j). Estas marcas se heredan por línea materna entre los Chimila. Aunque las marcas de propiedad pueden ser un elemento indígena de distribución andina, en el caso de los Chimila me parecen más bien atestiguar una influencia europea.

El cernidor (Fig. 4, c) sirve para la preparación de la chicha. El achiote (*Bixa orellana*) para dar color a la comida se guarda dentro de un calabacillo cubierto de perforaciones y atravesado por una manija a la manera de una maraca (Fig. 4, e). El meneador (Fig. 4, f) nos muestra todavía la antigua forma indígena de este objeto y solo en raros casos aparece bajo la forma de una gran cuchara.

Para avivar el fuego los Chimila se sirven de una sopladera fabricada de plumas (Lam., XV). Unas diez o doce plumas grandes de *Penelope sp.* Se ajustan de tal manera que, formando un abanico bastante ancho, los extremos de los cañones se introducen en una pelota de cera negra; ablandando la cera sobre el fuego y modelándola con los dedos, se aplana esta bola hasta formar una corta manija de extremo redondeado de la cual salen las plumas. Este elemento cuya distribución y manufactura por cierto no depende de un material específico, tiene una distribución muy marcada al Occidente en América del Sur, siendo reemplazado en las regiones del Norte y Este, en las hoyas del Amazonas y Orinoco, por sopladeras tejidas de espartos o de hojas.

Sopladores de pluma encontramos entre las tribus siguientes; Nordeste peruano: Koto, Zaparo, Jívaro, Kondósi, Chebero, Chayahuita, Munitsi, Aguano, Omurana, Lamisto (198), en el Gran Chaco: Ashluslay, Choroti, Matakoto, Tapieté, Toba, Yuracare, Atsahuaca, Mbayá (118, 72; 184, II, 213); Alto Amazonas; Kampa, Tsantsamayo, Kokama, Omagua, Yagua (188, 1983; 131, IV, 550). En Colombia aparece sólo entre los antiguos indios del Valle de la Caldera de Santa Marta (190, V, 191), entre los Chimila y entre los Carare actuales según información del Sr. Lic. Roberto Pineda, quien en misión del Instituto Etnológico de Bogotá, logró encontrar los últimos representantes de es-

ta tribu. Este último dato es aquí el más importante. Los Carare, que se relacionan con los Motilones representan una migración Karib reciente que se dirigió sobre Guayana-Venezuela hacia el Oeste y luego subió el río Magdalena. Los Motilones usan una forma de sopladera de espartos bien típica y desarrollada y no conocen sopladeras de plumas. La existencia de la sopladera de plumas entre los antiguos indios de Santa Marta, que por su cultura material se relacionan estrechamente con los Chimila, es cierta y sólo estos dos grupos pueden haber introducido su uso entre los Carare que en su migración probablemente pasaron por la región de la Ciénaga de Zapatosa donde se encontraron en contacto con los Chimila. Que los Carare hayan recibido la sopladera de plumas del Sur parece muy improbable puesto que en toda la región entre el Alto Amazonas y el bajo Magdalena y Cauca ninguna tribu conocía este utensilio.

Los pequeños taburetes son muy comunes entre los Chimila pero son usados únicamente por los hombres. Están trabajados de un solo tronco de manera en forma de un cilindro aplanado por arriba y ahuecado longitudinalmente por debajo (Fig. 4, a). Este taburete es un elemento cultural del Norte y Este pero lo encontramos también, a veces aunque de forma algo variada, en algunas regiones andinas. En Colombia lo observamos entre los Chocó (117, 153. Fig. 67), los Guayabero cuya forma es idéntica a la de los Chimila, los Páez y Guambiano (según información del Dr. Henri Lehmann), los Guahibo y Piapoko (145) y los Tukano y Arawak de los ríos Tiquié, Vaupés e Isana (82, 193). Fuera de Colombia lo encontramos entre los Jívaro (198) así como entre los Kondosi, Andoa, Chebero, Chayahuita, Chamikuro, Kokama, Yameo, Koto, Panobo y Chama del Nordeste del Perú (198). La forma de los Chiriguano del Gran Chaco es la misma que la de los Chimila (120, 164, fig. 85). En Guayana, los taburetes son muy comunes (81, III, 80; 179, 273-276).

Un elemento netamente andino son los ganchos para colgar objetos (Fig. 5) que se encuentran a veces entre los Chimila. Sin embargo creemos que hayan sido introducidos por los colonos mestizos.

6. - *Cordelería y Espartería.*

El intenso cultivo del algodón que mencionamos más arriba, ya indica un adelanto apreciable en el arte de tejer telas y hamacas. En efecto, los tejidos manufacturados por los Chimila muestran una técnica bien desarrollada que se combina, con gusto refinado, con colores.

El proceso de estos trabajos es el siguiente: en los cultivos, las mujeres recogen el algodón y lo apalean con un largo y agudo bastón, que a veces tiene un extremo adornado y tallado con dibujos incisos. Después de limpiar y ablandar así la masa, se procede a la fabricación del hilo, que según la clase del tejido en que luego se emplee, es más o menos grueso. Guardando las motas de algodón en un pequeño canasto pando, la mujer se sienta y tuerce sobre el muslo derecho el hilo mientras que escarmena un poco la masa del algodón con la mano izquierda. El extremo del hilo se enrolla ahora en la varita del huso, al que se da vuelta en posición vertical apoyándolo en el suelo. El movimiento para torcer el hilo, lo hace la mano, de la rodilla hacia el cuerpo y sólo en raros casos el hilo está torcido con el movimiento contrario. La torción por movimiento de la mano hacia la rodilla se encuentra solamente en unas telas procedentes del alto río Ariguani y se debe talvez a contacto con los Köggaba; en ningún caso se observa en el hilo de las hamacas, que son evidentemente un elemento cultural más antiguo que las telas. (Lám. XIV-XV).

El huso empleado en estos trabajos representa el tipo “Bakai-rí” para cuya descripción me refiero a un trabajo anterior (145). El extremo superior no muestra ninguna incisión ni botón. Los torteros se fabrican de distintos materiales: para el hilo de las hamacas que es generalmente más fuerte y torcido de dos hebras se usa un gran tortero discoide tallado de concha de tortuga (*Testudo tabulata*), cuyo diámetro es suficientemente amplio para que el hilo enrollado no se deslice. Torteros más pequeños se tallan a veces de madera o constan de una fruta seca perforada. Muchas veces emplean también torteros de barro cocido que aparecen bajo la forma de una esfera algo achatada. Torteros, que aparentemente provienen de hallazgos arqueológicos superficiales, son también usados. Los torteros de concha y de barro están a veces decorados con dibujos incisos geométricos; en un ejemplar como decoración hay pintura roja (Fig. 6).

El telar sobre el cual se tejen las telas, es vertical y consiste en una sencilla armazón, relativamente alta y estrecha. Sobre dos horquetas que se entierran a una distancia adecuada en el piso, se amarra en el extremo alto una vara fuerte horizontal, bajo la cual se encuentra a una distancia que corresponde al largo del tejido, otra vara paralela. Sobre estas dos varas horizontales se enrolla el hilo de la urdimbre de manera que, empleando hilo de distintos colores, se forman anchas franjas en rojo, azul o carmelita. El hilo de la trama que se usa para entrete-

jer horizontalmente el pasado vertical, es siempre de color blanco. Para teñir el material se emplean tintas vegetales que se preparan cocinando cortezas o troncos de madera en agua.

Grandes agujas planas con dos puntas agudas cortas muy afiladas se emplean para separar los hilos y puestas atravesadas, abren campo para introducir la bobina que es una fina varita sobre la cual está enrollado el hilo de la trama. Al terminar el tejido, que generalmente alcanza un largo de algo más de un metro con ancho de 60 ctms. se reemplazan las varas horizontales, que hasta ahora sostenían el tejido en el telar, por un hilo fuerte.

Para juntar los hilos durante el trabajo, hacer nudos o separar la urdimbre, se usan cortas agujas muy afiladas de huesos o de madera (Fig. 6, a, b). Estas agujas están siempre muy bien labradas y pulidas y muestran en su extremo como un pequeño botón bien tallado. Agujas idénticas han sido descritas entre los Kaua del río Aiarí (82, I, 117), los Guayakí (118, 193), los Kobéua del río Cuduiary (82, II, 169), los Roucouyenne (41, 262), los Karaxá (84, 290), los Mehinakú (143, 932) y los indios del Xingú en general. Sin duda son un elemento cultural muy antiguo. Agujas planas de madera con un agujero redondo en el extremo, se emplean a veces entre los Chimila. Esta forma es naturalmente posterior y atestigua una influencia europea.

Los telares se encuentran siempre dentro de la casa, al contrario de las armazones que sirven para la fabricación de las hamacas y que se arman afuera. En los mismos telares se tejen también fajas y cintas, de unos 6 ctms. de ancho, que usan los hombres terciadas sobre el pecho o en la muñeca de la derecha. (Fig. 7, f).

La hamaca es parte esencial de la vivienda indígena. Fabricada lo mismo que todos los trabajos de hilandería, por las mujeres, muestra una técnica sólida y bien desarrollada (Fig. 7, a, d). Los Chimila usan sólo hamaca de algodón, tejidas con la técnica de urdimbre y trama y nunca en técnica de red con nudos en cada cruce. Sobre dos palos enterrados a una distancia de 1,20 mts. se enrolla la urdimbre, horizontalmente, y la trama, tiras cortas del mismo hilo, se entreteje verticalmente a una distancia de 7 ctms. la una de la otra. Sin formar nudos en ninguna parte, la trama entreteje siempre dos hilos de la urdimbre para hacerlo más resistente. Terminado el trabajo de poner las tramas, que en los extremos cuelgan libres, todo el tejido que alcanza un ancho de 60 ctms., se baja completamente hasta tocar el suelo y los extremos del lado interior de los dos palos, se amarran fuertemente. Sacando ahora estos

dos palos, queda formado un anillo en el cual se pone en cada extremo un corto palito bien tallado, del grueso de un dedo y que forma la cabecera (Fig. 7, b). Para colgar la hamaca se amarran en dos postes lazos que forman un sencillo gajo (Fig. 7, c); introduciendo las cabeceras de la hamaca y poniéndolos atravesados, la hamaca queda mejor asegurada que en el caso de emplear nudos (Fig. 7, e). Este sistema facilita además el proceso de armar o desarmar la "cama", que según la posición del sol se cambia varias veces por día de sitio para quedar siempre en la sombra. La manera de colgar la hamaca por medio de un palito atravesado en las cabeceras, ciertamente no es extraordinario pero sí muy escaso en Colombia. Aunque se trata de un elemento seguramente muy típico, carecemos de todo dato comparativo.

El hecho de que los Chimila usen hamacas tejidas de algodón es importante y merece nuestra atención. Parece que esta tribu sea la única entre los aborígenes colombianos que usa todavía este material, puesto que en su gran mayoría emplean hamacas hechas de fibras de palma. Sobre los distintos tipos de hamaca traté ya en un trabajo anterior (145) y nos queda ahora hablar más detalladamente sobre la hamaca de algodón.

Hamacas de algodón, como único material empleado, encontramos en América del Sur entre las tribus siguientes: Tupinamba (27, 166), Tupiniquin, Karib (134, 8; 188, 1070), Chiriguano (119; lám 3), Guarayú (119, lám. 3), Pauserna (119, lám. 3), Yaruma (119, lám. 3; 188, 1069), Chipayá (119, lám. 3), Ararandeüara (87, 231), Guajajara (136, 206), Tombé (16, 46), Tapirapé (119, lám. 33; 188, 1069), Mauhé (119, lám. 3), Parintintín (111, 257), Oyampi (119, lám. 3), Acipoya, Kuruahé (188, 1069), Mundurukú (188, 1069), Apiaká (188, 1069) Omagua (188, 1069), Yekuana (73, 14), Pimenteira (188, 1069), Purukutó (188, 1069), Makusí (119, 18; 188, 1069; 58, 29), Patamona (119, 18), Arekuna (119, 19), Toromona (73, 14), Guaná (37, 236), Arebato (188, 1069), Guayupe (7, I, 791), Wapisana (73, 14), Chacobo (119, 19), Kaxinaua (73, 14), Kumanagoto (188, 1069), según Ruiz Blanco (19, 10), Opone (7, I, 212), Karib de Guayana en general (118, 1069), Guayupe (7, I, 791), Wapisana (73, 14), Chacobo (103, 116; 70, 165), Baure (119, 19), Tauré (188, 1069); además los Chikito (119, 19), Itonama (188, 1069; 119, 20), Kamakan-Mon (119, 19), Kaxinaua (73, 14), Kumanagoto (188, 1069), según Ruiz Goya (188, 1069), Warrau (137, 591), Xarayes (123, I, 300), Guashingua (8, I, 242), los indios de Cartagena (150, IV, 26), los indios de Santa Marta (133, II, 354).

Según Im Thurn (76) y Steinen (193) la hamaca de algodón es un elemento cultural de los Karib. El Padre Schmidt (188), contrario a esta opinión anota que esta forma es general entre los Tupi-Guaraní y se encuentra por otra parte rectificado por Haebler (73) quien estudió el problema detalladamente, concluyendo que tampoco entre éstos la hamaca de algodón es típica, pues los dos materiales, algodón y fibras de palma, se encuentran mezclados y empleados juntos en el mismo tejido. Nordenskiöld (119) opina al respecto que originalmente todos los indios del trópico tenían hamacas sólo de fibras de palma. Cuando el cultivo del algodón se extendió desde el Oeste, muchas tribus adaptaron este nuevo material o por lo menos una técnica en la cual la urdimbre era de fibras y la trama de algodón. En las regiones donde quedó desconocido el cultivo del algodón, como entre los Arawak del Noroeste del Brasil o las tribus del Isana, las hamacas de fibras predominaron. Evidentemente, mientras que en una región muy extensa del Amazonas se usan hamacas de fibras de palma, este material subsiste en el resto de Suramérica sobre todo entre tribus poco avanzadas y en la costa del Brasil son precisamente los Tupi más avanzados, quienes usan hamacas de algodón, mientras que los menos adelantados culturalmente usan hamacas de fibras. Los Omagua, que viven en una región donde son al lado de los Kokama la única tribu de origen Tupi, tienen hamacas de fibras y de algodón también, mientras que todos sus vecinos usan sólo hamacas de fibras. Métraux, el excelente conocedor de los Tupi-Guaraní dice al respecto: "Toutes les indications que je viens de rassembler démontrent suffisamment que le coton a toujours été la matière la plus appréciée par les Tupi-Guaraní pour confectionner leurs hamacs. Même ceux d'entre eux qui de nos jours en ont en fibres végétales n'ont pas renoncé complètement au coton, ou de moins ne l'ont abandonné que fort récemment. C'est avec raison que Nordenskiöld considère les Tupi-Guaraní comme les propagateurs de la culture de coton en Amérique on du moins du hamac de coton, et ceci est d'autant plus probable que la limite méridionale du hamac correspond exactement au limite de l'extension des Tupi-Guaraní vers le Sud... l'hamac de coton se trouve surtout dans l'ouest, le nord et le centre de l'Amérique du Sud" (100, 62).

Es así evidente que la hamaca de algodón puede considerarse como un elemento esencialmente Tupi, adaptado por consiguiente por los Karib y llevado por éstos en sus migraciones bélicas a la costa norte y de allá hacia el Oeste, Los arawak parecen haber tenido un papel secundario en su propagación considerando que muchas tribus de este

grupo ni siquiera saben hilar. Además los Karib de Guayana emplean el algodón para sus hamacas con mucha más frecuencia que los Arawak de la misma región.

La procedencia de la hamaca de algodón entre los Chimila se aclara así. Probablemente ellos adoptaron este elemento cultural en regiones del Amazonas o de vecinos Karib. En Colombia la distribución de la hamaca de algodón se limita visiblemente a tribus que deben haber llegado desde el Este. Su existencia entre los Opone-Carare confirma esta teoría.

Las cuerdas y lazos que sirven para colgar las hamacas o que se emplean para múltiples usos en la casa, se tuercen de fibras de majagua (*Hibiscus sp.*). El procedimiento es el siguiente: las fibras se arrancan en largas tiras del tronco del árbol y se golpean con una piedra o un corto palo hasta ablandarlas; después se lavan y se secan al sol. Luego se parte este material de nuevo y se tuercen sobre el muslo. En un corto palito se hace una incisión en el extremo y en éste se introduce el extremo de la cuerda todavía mojada; esta misma se enrolla ahora alrededor del palito y se coloca en la paja del techo de la casa para secarse allí. Este pequeño artefacto es bien típico para las viviendas de los Chimila y en cada casa se encuentran muchos de estos palitos con cuerdas enrolladas para secar. (Fig. 7, g).

De las mismas cuerdas así manufacturadas se tejen grandes redes para carga (Lám. XVI), que sirven en el transporte de los frutos o para guardar múltiples objetos dentro de la casa. La técnica empleada es la siguiente: de un poste de la casa o de un árbol se amarra una corta cuerda en forma de anillo de uno a dos centímetros de diámetro, que luego formará la base del tejido. Insertando en este anillo la cuerda, se forma un tejido de guirnalda sencilla, torciendo las cuerdas dos veces después de cada cruce que se hace sin nudo, al progresar el tejido, cuatro o cinco veces. Al terminar el trabajo se dejan dos gajos dobles largos que luego sirven para cargar la mochila terciada al hombro. (Fig. 7, h).

Las redes reemplazan los canastos de carga que no se manufacturaron entre los Chimila. Según su distribución, estas redes son seguramente un elemento cultural del Oeste y Sur pero también frecuentes en las hoyas del Amazonas y Orinoco. Nordenskiöld opina que éstas pertenecen a una fase más antigua de la civilización que los canastos de carga. En efecto, están en uso entre casi todas las tribus Gé, aunque tienen abundancia de material para la espartería. (118, 145-146).

La espartería de los Chimila es pobre en formas aunque muestra una técnica bastante bien desarrollada. En la gran mayoría se emplea la técnica del escalonado en que los espartos de un grupo saltan siempre dos del otro grupo que están puestos en un ángulo de 90°, o tres en las cuatro esquinas del canasto. La base de estos canastos es siempre rectangular y se continúa en un cuerpo cilíndrico relativamente bajo. Alrededor de la abertura, los espartos dan sencillas vueltas sobre una varita fuerte que sostiene el borde. En esta forma de canastos, que es la más común se emplean siempre espartos de dos colores; blancos, de color natural, y negros, teñidos con la corteza de un árbol. El motivo formado por el escalonado de estos dos colores es siempre el mismo y consiste en una cruz que se extiende sobre el fondo del recipiente llegando con sus brazos hasta la boca de éste. En todo el tejido se emplean sólo seis espartos negros de manera que tres y tres se cruzan en el fondo.

A lattice-technic se encuentra representada sólo en una forma de canastos grandes, tejidos de bejucos y no de espartos propiamente dichos. En su aspecto estos canastos, que sirven sobre todo para el almacenamiento de alimentos dentro de la casa, se parecen mucho a los *mapire* de los Guahibo (145). Tal vez esta forma sea característica para las regiones de cultivo de la yuca amarga.

En técnica escalonada, pero saltando siempre un solo esparto, se tejen a veces pequeños canastos pandos de hojas de palma, sin emplear materiales teñidos.

Los dos tipos de canastos descritos representan con evidencia formas muy antiguas. Así como el canasto en lattice-technic hace pensar en el área de los cultivadores de la yuca amarga, el gran canasto en técnica escalonada, la base rectangular y cuerpo cilíndrico, se relaciona seguramente con la espartería arawak que desde luego fue adaptada y propagada por los Karib. Formas muy semejantes se encuentran entre las tribus de Guayana y de Venezuela. El canasto estandarizado de los Motilonos, que perteneciendo a la misma migración Karib se encuentra hasta la boca del río Carare (según información del Sr. Lic. Pineda), falta entre los Chimila.

7. – *Armas*

Las armas tradicionales de los Chimila son el arco (Fig. 8, a), la flecha (Fig. 8, l) y la macana de guerra. Todas estas armas muestran un tipo inconfundible, característico para la tribu y de un desarrollo apreciable.

El arco, tallado de una pieza de madera de palma (*Iriarteia*), a veces de color rojizo claro, alcanza una longitud de 1.20, 1,30 mts.; es decir, corresponde al arco de los Motilones y otras tribus selváticas (146). El corte transversal es perfectamente rectangular (Fig. 8, d). Esta característica, que según nuestros conocimientos es única entre las tribus de Colombia, y por cierto muy raro en el resto de América, se encuentra entre algunos grupos Tupi-Guaraní, como los Chiriguano, Guarayú y Yurana (100, 71-72). Los extremos del arco muestran incisiones muy marcadas y talladas de tal manera que representan la parte más importante en la fabricación de esta arma. La madera no va adelgazándose hacia los extremos sino que guarda un mismo grueso, a veces hasta ensanchándose un poco hacia la parte donde se fija la cuerda. Esta consiste en una fuerte cuerda de *Astrocaryum* retorcida y formada de tres hebras con torción izquierda. Primeramente la cuerda se amarra con un nudo sencillo en un extremo del arco y se pone luego sobre la madera en la cara exterior. A unos 20 cms. del extremo, la cuerda da algunas vueltas alrededor del cuerpo del arco para seguir luego, otra vez por la cara exterior, hasta a una distancia de 20 cms. del otro extremo. Dando otra vez algunas vueltas, la cuerda sigue y se enlaza en el extremo del arco para seguir ahora, templando ligeramente el arma, por el lado interior de la madera hacia el extremo opuesto donde se amarra, fuertemente. Aunque el arco no esté en uso, siempre se le deja templado. La cuerda enrollada alrededor del arco sirve de repuesto (146) (Fig. 8, c).

Las flechas presentan tres formas diferentes; flechas de punta lanzoide con cortas filas de garfios en la parte baja (Fig. 8, i); flechas con una sola fila de garfios (Fig. 8, h) que distan entre si unos 10 cmts. y flechas de punta roma formada por un cuerpo de cono truncado (Fig. 8, f). Mientras que las dos primeras formas se emplean en la caza mayor y en la guerra, la última nos es conocida ya como flecha para cacería de pájaros y tiene por objeto no dañar las plumas (145). Todas las flechas están formadas únicamente de dos partes: la verada y la punta (Fig. 8, e). En ningún caso las flechas tienen emplumado ni incisiones en el extremo inferior, que sólo muestra unas vueltas de hilo de algodón (Fig. 8, g). Toda la flecha alcanza un largo de 1,50 ctms. correspondiendo a la parte de la punta como una tercera parte. Sobre las flechas de punta roma ya tratamos en otro trabajo (145).

Para disparar las flechas, los Chimila se sirven de un pequeño ins-

trumento muy ingenioso, que creemos no ha sido descrito todavía por los etnólogos. Se trata de un pequeño anillo de madera dura de unos 15 cms. de largo y 11 de ancho, que termina en un extremo en una punta bien tallada (Fig. 9. c,d,e). Este anillo ha sido recortado de una plancha de madera y el espacio central tiene forma ovalada, de unos 9 cms. de largo por 4 de ancho, tamaño que corresponde más o menos al espacio necesario para introducir en él los cuatro dedos de la mano derecha (Láms. XII y XIV). Al disparar, el indio toma el arco en la izquierda y coloca el extremo bajo de la flecha sobre la cuerda; poniendo luego una esquina del anillo delante de la cuerda necesita solo el dedo pulgar de la derecha para tener la flecha en posición, empujando el extremo de ésta hacia la plancha con el pulgar. Halando por medio de este tensor; la cuerda del arco, se puede templar fuertemente sin que la mano se canse. Al momento del tiro, un ligero movimiento del tensor hacia el lado derecho basta para soltar la cuerda y disparar la flecha. En las láminas Nos. XII-XIII se puede apreciar perfectamente el uso del tensor durante el tiro.

En los cronistas de la Conquista que hablan de las tribus de la región de Santa Marta, se encuentran menciones de este tensor, sin que hubiera sido posible, talvez, reconocerlo en la descripción sin haberlo previamente visto. El texto de Aguado, sobre los indios de Bonda dice: "...se les ponían delante en cerrados escuadrones con sus muy crecidos arcos hechos conforme a la estatura de cada uno, con los cuales y con cierto artificio que para tender la cuerda que usaban traer en la mano derecha, arrojaban una innumerable lluvia de flechas con que hacían harto daño en los españoles;" (9, 69). De los Betoma, vecinos de los Pocigüeica de Santa Marta, dice Fr. Pedro Simón, relatando el encuentro de Juan de Rojas con los indígenas: "...doce valientes indios con sus arcos y flechas venenosas en las manos y aun puestas en la pulguera amenazando dispararlas;" (190, IV, 368). La "pulguera" de nuestro cronista es sin duda el tensor que acabamos de describir.

Un rasgo interesante que se nota al observar este objeto es el siguiente: todos los tensores observados y adquiridos por mí entre los Chimila se caracterizan por una punta saliente en un extremo que, al hacer el tiro, se encuentra por el lado de afuera. Esta saliente que siempre está bien marcada no tiene ninguna utilidad y los mismos indios no sabían explicármelo. Este rasgo hace pensar que el tensor descrito había sido anteriormente empleado también como arma propia, como manopla. Nordenskiöld (118, 53) quien estudió la manopla entre las

tribus del Gran Chaco trae una ilustración que muestra una manopla de los indios Matakó que se asemeja mucho al tensor de los Chimila (118, 53, fig.10). El mismo autor anota que la manopla (“*knuckleduster*”) es indudablemente un elemento andino y cita varios objetos de esta clase manufacturados de bronce y encontrados en excavaciones. En el Gran Chaco la manopla se fabrica generalmente de madera o de cuero y la encontramos entre los Choroti, Matakó, Tapieté y Ashlulay (118, 33), pero sólo como arma de las mujeres. El mismo autor menciona manoplas de hallazgos arqueológicos de la Puna de Jujuy, Santa María, Taltal (Chile) y como objeto ritual entre los Inca del Perú (118, 53-54).

Los Chimila envenenaban y todavía envenenan sus flechas aunque hoy en día la fabricación del veneno ya es muy rara. Sobre el veneno en sí, hablaremos en un capítulo especial y trataremos aquí sólo de su empleo. Los guerreros tienen generalmente una faja tejida que corre sobre el pecho y la espalda, puesta sobre el hombro derecho y bajo la axila izquierda. En esta cavidad bajo del brazo la faja tiene la parte más ancha formando una especie de pequeña bolsa en la cual se guarda el veneno. Mojando la punta de la flecha con saliva, se unta un poco del veneno a ésta antes del tiro. En tiempos de la Conquista las flechas envenenadas de los Chimila eran el terror de los españoles pero hoy en día se usan sólo raras veces en peleas que se presentan entre poblaciones vecinas. En la caza nunca se emplean flechas envenenadas puesto que se trata de un tóxico que acciona lentamente, acarreado la muerte de la víctima sólo después de horas o días.

Arma pecta de los Chimila es la macana. Cuidadosamente tallada de madera dura y pesada de palma, aparece siempre bajo una misma forma aunque el tamaño varía a veces (Fig. 9. a, b). Típica para los Chimila es la macana provista de una punta aguada en el extremo, formando así un arma combinada punzante y de golpe al mismo tiempo. Las macanas de guerra miden alrededor de 1,10 mts. teniendo dos filos bien cortantes y una manija tallada. Esta lleva un gajo tejido de hilos de algodón para asegurar el arma en la muñeca de la mano. De la misma forma pero más pequeñas (Fig. 9. f, g), de manera que alcanzan apenas unos 50 cts. se hacen macanas que sirven de machete. Mientras que la gran macana es atributo exclusivo de los guerreros, las pequeñas son llevadas por todos los miembros de la tribu en sus excursiones al monte, donde se sirven de ella para abrir camino en el rastrojo, matar cule-

bras o excavar raíces comestibles. Hasta las mujeres y los niños se sirven de este utensilio que apenas guarda su carácter de arma.

El cacique de la tribu tiene además de la macana de guerra otra de carácter ceremonial, de forma distinta a la anteriormente descrita. El extremo carece de punta y está tallado más bien en forma de hacha (Lám., I, XXIX). En la parte más ancha muestra, además, dibujos geométricos tallados en la madera, así como pintura roja de achiote y pintura blanca, obtenida de pequeñas conchas fósiles que se muelen y mezclan con agua. Es interesante anotar que si el cacique asume una posición ceremonial, la macana se lleva sobre el hombro izquierdo cogiendo la manija con la derecha (Lám. I).

Al tratar de macanas y mazas en lo general en Suramérica, hay que distinguir sobre todo dos tipos: macanas con cabeza de piedra en el extremo o macanas de un solo pedazo de madera. La primera forma ya no se encuentra hoy entre los indios americanos pero se conocen en culturas arqueológicas. En el tipo de las macanas que hoy se usan habrá que distinguir además dos clases: la una en la cual el extremo es visiblemente abombado y la otra que aparece más bien bajo la forma de una espada como la de los Chimila. La distribución de la maza y la macana, sobre cuyos detalles faltan desgraciadamente datos precisos en lo general, corresponde primeramente a la extensión de las tribus Tupi-Guaraní entre las cuales fue siempre el arma predilecta, luego a Guayana y también a la región del Sureste colombiano es decir a las hoyas del Vaupés y Caquetá.

Aunque este cuadro tiene que quedar forzosamente muy incompleto, considerando la falta de descripciones de formas locales, podemos trazar la distribución siguiente: Kaingua (149, II, fig. 5), Guarayú (128, Atlas, No. 9), Tapirapé (119, fig. 9), Kamayura (75, 195; 187, 35, fig. 14), Karaxá (187, 35, fig. 14, No. 3), Chipaxa (110, 1024; 80, 632), Apiaka (100, 83), Mundúruku (100, 83; 95, 338; 75, 195), Imagua (198), Hianakoto (82, 301-302), Arekuna (75, 195), Karib de Guayana (75, 195; 179, 172), Panche (9, 303), Kampa (198), Omurana (198), Chama (198) Wapisana (75, 195), Arawak de Guayana (75, 195), Kobeua (82, 319), tribus del Vaupés (82, 301), Nokaman (198), Amahuaca (198), Pano de Bolivia (75, 195) Chibcha de Cundinamarca y Boyacá (colección I, Borda, Bogotá), Kuna (75, 195), Páez (190, IV, 153), Guahibo (145), Huari (116, 103), Huanyam (116, 103), Indios del Orinoco (72, II, 122), indios de Cumaná (34, 83), Guayupe (9, 443), Pijao (190).

Conclusiones positivas acerca de la distribución de esta arma se podrán sacar naturalmente, sólo por un estudio detallado de ciertas formas. Según nuestros conocimientos, la forma de la macana de los Chimila difiere mucho de las hasta ahora conocidas en el resto de Sur América.

8.— *Vestidos y Adornos*

Las telas de algodón, cuya fabricación describí en un capítulo anterior, son usadas por hombres y mujeres como vestido. Los hombres llevan una falda corta enrollada sobre el cuerpo, que les cubre de la cintura, hacia las rodillas, y que se fija con un hilo fuerte de algodón. Los guerreros, es decir los hombres jóvenes iniciados, llevan además una ancha faja tejida sobre el pecho que corre sobre el hombro derecho y bajo la axila izquierda. Las mujeres usan una falda idéntica a la de los hombres y se cubren además, de la cintura para arriba, con un corte rectangular que deja los brazos libres sin estar cosido por los lados. En las horas más calientes del día enrollan a veces esta parte de su indumentaria en la cintura para sufrir menos del calor intenso. En una población observamos un hombre que usaba también un corte para cubrirse el torso (Lám. XII).

Cada persona lleva, de esta vestimenta, una fuerte cuerda de algodón alrededor de la cintura, objeto que no se quita nunca y sin el cual el individuo se sentiría completamente “desnudo”. La minuciosa representación de este cordón en el muñeco (Fig. 11, f) muestra su importancia, probablemente mágica.

Es evidente que a primera vista esta vestimenta no parece corresponder a la región tan sumamente cálida que ocupan los Chimila. Indudablemente se atestigua con esta clase de vestido una fuerte influencia de las tribus de la zona de la Sierra Nevada.

En la demás indumentaria de los Chimila aparecen al lado de estas faldas, tres rasgos que merecen nuestro interés: el estuche pénico, el cinturón tejido y las sandalias de cuero.

Los hombres usan un porta pene constituido por un pedazo cilíndrico de corteza o a veces por una hoja plegada. Este elemento, que es bastante común entre muchas tribus americanas, se limita sin embargo a la región al Norte del Amazonas, donde aparece sobre todo entre las tribus Karib del litoral de Venezuela y Colombia. En lo general todas estas tribus usaron un estuche formado por una concha ma-

rina o por un pequeño calabacillo sostenido por una cuerda alrededor de la cintura.

Estuches de caracol o de calabazo se conocen de las tribus siguientes: Coriana de Venezuela (190, I, 35), Kumanagoto (131, II, 254), Indios del Darién (190, II, 271; 67, 198), Indios entre la Sierra de Babures y el Lago de Maracaibo (131, II, 271), e Indios de la región de Santa Marta. Sobre estos últimos dice Oviedo y Valdés: "... andan desnudos, y las bragas que ellos y ellas traen son como en la Gobernación de Venezuela, de aquellos canutos o sendos caracoles en que los hombres ponen el miembro..." (131, II, 356). Además de estas tribus el estuche pénico se conoce entre los indios del río Apure (31), los Kuika (190, I, 240), los Tunebo (175, 515), Aruako (108, 224; 131, II, 266), Huitoto (140), y hacia el Sur entre los Tapuya (135, 270), los Yuruna (194, 239), Bororó (193, 192, fig. 17), Botokudo (211, 10), Cayapó (84, 376, fig. 217), Tupinambia (89, I, 24), Tapirapé (204, 84, 404), Mundurukú (96, III, 1312), y Apiaka (60, 275).

Aunque la distribución muestra que este elemento se encuentra entre varias tribus Tupi-Guaraní y Chibcha, estamos más bien inclinados a tomarlo como característica Karib.

El cinturón tejido que es bastante común entre los Chimila, es en cambio un elemento cultural netamente andino. Lo encontramos en Colombia entre los Ijca-Köggaba (21, 60), Guajiro (138, 245), y los indios de Popayán (202, II, pl. II-12), y además entre los indios de Quito, Riobamba, Angamarca, Chachapoya (202, II, pl. 11-12), los Araucanos (130, fig. 98), los Abipone (54, II, 129), Lengua (199, 283) y según Nordenskiöld entre los Chiriguano, Chané, Matakó, Chorotí, Ashluslay, Toba, Tapieté, Ayamará y Kichua (118, 114).

En algunas ocasiones vimos entre los Chimila sandalias con una suela de cuero de venado o danta, amarradas con fuertes hilos al pie. Sandalias de esta forma se encuentran entre los Köggaba y Busintana de la Sierra Nevada (21, 64), Indios de Guayana (76; de hojas de *Mauritia flexuosa*), Lengua (199, 282), Chamacoco (86, 34), Kaingang (12, 332), indios de la boca del Amazonas (24, 373), Tapuya (135, 271), Patagone (134, 12), y según Nordenskiöld entre los Chiriguano, Chané, Marako, Chorotí, Ashluslay, Aymara, Kichua, Tapieté, Toba, Tsirakua (118, 109-110; 119, 69, Fig. 23). De excavaciones arqueológicas se conocen sandalias de las regiones siguientes: Ancón, Arica (202, I, lám. 25, fig. 26), Puna de Jujuy (22, 593; 88, lám. V, B, 11), Diaguíta (22, 141), Pacaje (99, 59).

Aunque en el Imperio Incaico las sandalias parecen haber sido muy comunes, su ocurrencia en Colombia en épocas de la Conquista parece muy rara y sólo se encontraron entre tribus de la costa pacífica (180, 194), hechas de corteza. Nordenskiöld opina que, en lo general, las sandalias pueden ser: o un elemento reciente europeo o talvez un elemento muy antiguo, traído desde América del Norte (115, 12); que en su distribución evidentemente se limita a regiones montañosas.

Entre los adornos propiamente dichos pudimos observar entre los Chimila, sobre todo adornos de plumas o collares. Como ya dijimos anteriormente tratando de la cría de papagayos, los Chimila guardan estas aves con el sólo propósito de arrancarles de vez en cuando las plumas para emplearlas en sus adornos. Estos adornos de plumas se llevan únicamente con ocasión de ceremonias de la vida mágica y sólo por los hombres iniciados. En el cuento de “La Mala Mujer” que para nosotros es de tanta importancia, por dar la descripción detallada de un hombre adornado para una fiesta (véase “Boletín de Arqueología No. 1), se habla de plumas pegadas en el cuerpo. En efecto, para ciertas ceremonias, los hombres se cubren los antebrazos con pequeñas plumas rojas y verdes de varias clases de *Psittacus* que se adhieren sobre el cutis con cera. Respecto a esta costumbre hay un dato de Gumilla sobre los indios del Orinoco: “...los músicos de flautas, fotutos y tamboriles, y todos los que están señalados para formar las danzas, salen mucho más lucidos, porque sobre los dibujos, que deja en sus cuerpos la caraña pegajosa, van pegando variedad de plumas exquisitas en filas, que a la verdad hacen juego curioso, y espectáculo vistoso.” (72, I, 123). La insignia del cacique consiste en una corona en forma de diadema (Lám. I, Fig. 10, b). La base es una tira de madera flexible cuya parte posterior tiene varios pequeños tubos de caña adheridos con hilos y cera. Vueltas de hilo de algodón en varios colores adornan estos tubitos, en cuya médula se colocan largas plumas de *Arara Chloroptera G. R. Grey*. Alrededor de la parte de madera se encuentran dibujos pintados con *achiote* (*Bixa orellana*), que se ejecutan con un pequeño esparto. Las plumas largas de los adornos se guardan siempre después de su uso en tubos de madera (Fig. 10, a).

El arco del cacique está siempre adornado con un penacho de plumas (Fig. 10, c). Para este adorno se usan sólo plumas de *Cacicus cristatus*, pájaro que para los indios es sumamente difícil de cazar. Como de cada ave se pueden usar sólo unas pocas plumas de la cola, este penacho representa un objeto de gran valor. El penacho consta de un hilo

de algodón sobre el cual se enlazan unos diez o quince hilos dobles, en cuyos extremos se fijan las plumas con un pequeño pedazo de cera. El adorno se amarra en un extremo del arco durante las ceremonias especiales.

Las mujeres, pero nunca los hombres, usan collares de pequeñas pepas negras que, ensartadas en un largo hilo muy fino, dan diez o doce vueltas alrededor del cuello. Las frutas usadas son idénticas a las que observamos entre los Motilones (146), pero se encuentran entre los Chimila a veces combinadas con dientes de pequeños roedores o conchas fósiles (Fig. 10, d). Una forma particular de collar consta de pequeñas cuentas de barro cocido que tienen forma de cono truncado (Fig. 10, f).

La pintura con achiote (*Bixa orellana*) facial o corporal se usa entre los Chimila sólo con ocasión de ceremonias y entonces para ambos sexos. No se ejecutan dibujos lineares sino que se pintan la cara, el pecho y los brazos con grandes manchas. Varias veces nos fue asegurado que en tiempos anteriores las mujeres estaban excluidas de usar esta pintura.

Aunque no se trata de un adorno propiamente dicho debemos tratar aquí de un rasgo muy característico: la deformación de la pantorrilla por ligaduras. En la lámina VIII, se ven las piernas de una mujer Chimila, de una población del alto río Ariguaní, mostrando fuertes ligaduras bien apretadas, colocadas bajo la rodilla y sobre el tobillo. Entre los Chimila se ve esta costumbre sobre todo entre los ancianos, es decir una generación que todavía conserva costumbres tradicionales que los más jóvenes a veces ya no siguen.

La deformación artificial de la pantorrilla entre los indígenas de América, ha sido objeto de varios estudios entre los cuales Rivet (157, 55-58), basándose tanto en investigaciones personales como en trabajos de Roth (179, sec. 552) en Guayana y Métraux (100, 195-196) entre los Tupi-Guaraní, viene a la conclusión de que se trata talvez de una característica de tribus de origen Karib.

En efecto, ya durante el primer viaje de Colón, esta costumbre llamó la atención de los Españoles y Chanca la describe como un signo definitivo de las mujeres Karib en las Antillas. (51, I, 353). Sabemos que los Karib habían llevado su conquista a las Antillas en tiempos relativamente recientes que se calculan como en una época de alrededor de 50 años antes de la llegada de los españoles. Las islas habían sido ocupadas antes por los Arawak que, oprimidos y vencidos, tenían que

resignarse a un papel de esclavos. Como ha pasado en todas las regiones donde llegaron los Karib como conquistadores, éstos adaptaron muchos de los elementos culturales de los vencidos y además tenían por costumbre casarse con las mujeres de las naciones subyugadas. Cuando los españoles desembarcaron en las Antillas, encontraron en efecto que las mujeres de los Karib, que eran de origen Arawak, todavía hablaban su propio idioma. El historiador menciona por eso mismo la deformación de la pantorrilla como “signo distintivo” de las mujeres de origen Karib.

De los historiadores primitivos de Indias tenemos varios relatos que se refieren a esta extraña costumbre. Aguado la observó entre los indios de la región de Santa Marta y el Río de El hacha (9, 72), Robledo entre los indios de Ancerma y Gumila entre los del Orinoco (72, I, 122).

Reuniendo todos los datos acerca de la deformación de la pantorrilla practicada entre las tribus de Suramérica, se nos presenta un cuadro bastante completo. La deformación de la pantorrilla se encuentra entre las siguientes tribus: Karib de las Antillas (170, 391), Galibí (53, I, 133), indios de Surinam (179, sec. 552), Roucouyenne (179, sec. 552), Arekuna (179, sec. 552), Makusi (179, sec. 552), Taulipang (81, III, 34), Mayongkong (179, sec. 552), Huitoto (210, pl. LIV), indios de Cumaná (68, 206), Andoke, Muinane (210, pl. VII-XII), Piapoko (35), Baniva (35), Tikuna (96, III, 1196), Koreguaxe (11, 10), Tukano (según información del Dr. L. Petersen), Tukano del bajo Apaporis (82, 380), Miranya (179, pl. XXXIX), Tupinamba (100, 196), indios de Maynas (147, IV, cap. CXIV), indios del Orinoco (179, sec. 552; 72, 122, 124-125), Guahibo (35), Tumbira (96, III, 1196). De excavaciones arqueológicas se conoce esta deformación en cerámicas antropomorfas procedentes de las regiones siguientes: alto río Napo (201, pl. I, 2), Isla de Marajo (109, 313); en Colombia en el río Ranchería (124), cuenca del río Magdalena (144), Quindío (157), río Lebrija (157), Montenegro, Riosucio, Manizales, Finlandia, Anserma Viejo, Miranda (157).

A primera vista anotamos que la deformación de la pantorrilla se limita a la región del Norte del Amazonas (100, 196). Los Tupi, con excepción de las tribus que atraviesan este límite, están fuera de esta costumbre así como los Karib del Sur (100, 196). La propagación de la costumbre debe haber sido efectuada sobre todo por tribus de origen Karib y Arawak puesto que los pueblos andinos no presentan este rasgo.

Generalmente la deformación de las pantorrillas ha sido considerada como un adorno, suponiendo que el crecimiento anormal de las extremidades fuera un “ideal de belleza”. Bien puede ser que este crecimiento fuera considerado y se considere aún como “bonito” entre los indígenas, pero según algunas observaciones creemos poder suponer que en estos casos se trata ya, de la degeneración de una práctica, originalmente de significado puramente médico-mágico. Entre varias tribus de la región oriental de Colombia pudimos observar que las madres se preocupaban mucho en ceñir las ligaduras a niños que acababan de nacer. Tratándose de un adorno simplemente, este afán no existiría. Además, en muchos casos que observamos tanto entre los Guahibo como entre los Piapoko, las ligaduras se limitan a una sola pierna, generalmente a la izquierda. Entre los Chimila notamos las ligaduras sólo en personas que padecían de carate u otras enfermedades cutáneas en las piernas. Un pequeño incidente puede ilustrar esto: un indio Chimila se había lastimado un dedo, y le aplicamos un pedazo de esparadrapo sobre la pequeña herida. Después de un rato vimos que el hombre se aplicaba una fuerte ligadura de hilos en la muñeca de esa mano y más tarde todavía, otra en la parte superior del brazo. A mi pregunta el hombre contestó que él hacía estas ligaduras “para que el mal no siga al corazón”. Preguntándole además cuál remedio aplicaría en el caso de lastimarse una pierna, contestó sorprendido que naturalmente ligaduras, primero en el tobillo y luego bajo la rodilla.

La idea de “amarrar el mal” es aquí evidente, por lo menos en estos casos determinados. Si esta interpretación de la deformación como práctica médico-mágica, se debe generalizar, no es imposible.

Las ligaduras de anchas fajas tejidas que se ven de vez en cuando entre los Chimila colocadas en las muñecas representan talvez una degeneración de las ligaduras en los brazos que son tan frecuentes entre otras tribus. Naturalmente estas fajas no se deben confundir con las de la muñeca izquierda que se encuentran entre otros grupos indígenas y que tienen por objeto la protección de la mano al disparar el arco. Estas fajas tejidas como las que se usan entre los Chimila, son también comunes entre los Omagua del alto Amazonas (198).

En ningún caso, observamos adornos entre los niños, o niñas. Probablemente se usan sólo después de la iniciación así como la pintura facial con achiote.

Varias mujeres tenían las orejas perforadas pero sin llevar zarcillos; en el caso de los Chimila nos parece que se trata de una imitación de las mujeres mulatas de la región.

9.- Instrumentos musicales y juguetes

Hoy en día los instrumentos musicales son sumamente escasos entre los Chimila, y los pocos que se encuentran sirven sobre todo para los ritos funerarios.

Un papel importante parece haber desempeñado hasta hace poco el tambor de señales. En varias poblaciones nos fue asegurado por los hombres que antes los Chimila tenían grandes tambores de un tronco ahuecado por fuego. En una población al Sur de la región de El Difícil, los indios dijeron que hasta hace pocos años existía un gran tambor de señal en su pueblo pero que lo quemaron porque “ya no sirvió”. El objeto de estos tambores más fue explicado invariablemente diciendo que “se oye lejos”.

El hecho de que los Chimila tengan una propia palabra para designar este tambor que llaman *mbrí-úca* atestigua existencia entre ellos, y aunque está en una región tan alejada del centro de su dispersión, no hay duda de que los Chimila lo empleaban.

Los indios de la región de Santa Marta, tenían tambores de señales y Oviedo nos dice de éstos: “...halláronse atambores grandes de seys y siete palmos de luengo, hechos de un tronco vacuo de árboles gruesos y encorados, colgados en el ayre dentro de los buhios, que sonaban mucho.” (131, II, 354). Aguado lo describe de los Bonda con estas palabras: “...velábanse estos bárbaros de noche por sus cuartos al son de un atambor grande que bien lejos oían, el cual tocaban al tiempo del rendir del cuarto, para que las demás gente que en el pueblo había estuviesen sobre el aviso y con cuidado para cuando se les hiciese señal de guerra, la cual así mismo se les había de hacer con aquel crecido tambor”. (9, 70).

El tambor de señales es un elemento cultural amazónico y ocurre sobre todo en los afluentes izquierdos de este río y partes del Orinoco. Lo encontramos entre, los indios antiguos del Orinoco (72, II, 101), los indios Tariana del Vaupés (38, II, 162), los Tukano del río Tiquié (82, I, 254, 278; II, 291), los Huitoto del Caquetá y Putumayo (82, II, 302-303) y los Andoke (198).

En nuestra colección tenemos un pequeño tambor de membrana que usan los Chimila en ceremonias funerarias. El instrumento es un tronco cilíndrico de manera ahuecado que alcanza una altura de 26 ctms., y un diámetro de 22 ctms. La parte superior está cerrada por una piel de guatinaja (*Dycotilus torquatus*) amarrada con cuerdas de fibras.

Este tambor que es un instrumento estrictamente ritual, implica un tabú pues ninguna persona excepto el mismo cacique de una población, debe tocarlo. Por otra parte, el cacique debe matar o comer la guatinaja, animal que es un apreciado alimento para los otros miembros del grupo. Es difícil decir si una idea totémica es la base de este tabú pues carecemos de otras pruebas.

La forma del tambor de membrana de los Chimila es indudablemente la antigua indígena debido sobre todo al hecho de que posee una sola membrana que se toca con las manos y no con la ayuda de baquetas. Muchos tambores de membrana, aunque hayan sido observados ya durante los primeros tiempos de la Conquista entre los indígenas americanos, no son un elemento cultural de ellos sino que fueron introducidos por los Blancos y los Negros y rápidamente propagados. Koch-Grünberg opina que el tambor de dos membranas ha sido adaptado por los Karib de las islas y propagado por ellos hacia el continente (82, II, 123). En efecto, la gran mayoría de las tribus que lo emplean lo denominan con una palabra derivada de su nombre español; los Katapolitani dicen *tamborino*, los Siusí *tamorino*, los Hianákoto-Umáua *tabulu* (82, II, 123), los Makusí *Zambola* (66, 45; 202, 467), los Karib de Pomeroon *sambura* (202, 467), los Wapisana *samur* (202, 467), los Karib y Arawak de Surinam *sambula* o *samulam* respectivamente (202, 467). Roth piensa; contrariamente a Koch-Grünberg, que el uso de la palabra española no implica necesariamente un origen europeo del tambor y hace la comparación con la palabra española perro que se usa generalmente entre los indígenas aunque el perro ya se conocía en América antes de la Conquista. Por esta misma razón supone más bien que el tambor haya sido introducido en Suramérica por los Karib y Arawak desde Norteamérica en tiempos posteriores a la Conquista (179, 467).

No obstante, creemos que los tambores de dos membranas son siempre de origen europeo, así como la manera de tocarlos con baquetas. Los tambores de membrana de origen africano aparecen en cambio siempre bajo la forma de cono truncado más bien alargado, y muestran la típica templanza por cuñas (Keilspannung). Esta forma se puede observar en todas las riberas del río Magdalena entre Honda y Barranquilla, especialmente en tiempos de los carnavales y es además típico para los Coclé de Panamá (75, 219) y los Bribri y Talamanca de Costa Rica (75, 219). El tambor de membrana de los Ijca-Köggaba atestigua también influencia africana (21, 268) así como el tambor de las membranas de los Guajiro y Pijao actuales muestra un origen europeo.

Sobre la forma del tambor de membrana entre las tribus del Caquetá y Putumayo no estamos enterados pero en lo general parecen ser de origen europeo (210, 216). El tambor de dos membranas de los Tikuna ayuda a esta suposición (198).

Tambores de membrana sin que podamos dar la descripción más detallada de ellos, se encuentran además entre las tribus siguientes: Pausiana (188, 107), Karipuna (188, 1071), Omagua (52, 74), Bororó (193, 496), Tupinamba (191, 300), Tupinae (191, 312), Amoipira (191, 314), Lengua (71, 75), Payagua (14, 364), Araucanos (98, 301), Peguenche (47, 65), Mbaya (184, I, 309), Abipone (54, II, 2006), Kampa (129, 281), Chebero, Chayahuita, Ssimaku, Kokama (198), los indios del río Napo (158, 53) y los indios del bajo Amazonas (30, 64). Entre las tribus del alto río Xingú no existe el tambor de membrana. En el caso de los Chimila, quienes viven en una región donde una fuerte influencia negroide es natural, la forma antigua del tambor es muy significativa y corresponde naturalmente a la tendencia de la tribu de no aculturizarse.

En varias ocasiones pudimos observar flautas verticales entre los Chimila (Fig. 11, d). En un tallo de bambú que se cierra por debajo por el septum, se cortan cinco pequeños huecos circulares cuya tonalidad difiere en un tono. La distribución de este instrumento musical es muy poco conocida pero se trata seguramente de un elemento cultural muy antiguo. Es común en la región del Gran Chaco (119, 118) y en la costa del Perú (119, 118) lo cual podría talvez indicar un origen andino.

La carrasca (Fig. 11, b) puede ser de origen amazónico. Este instrumento primitivo que se toca como acompañamiento del tambor de membrana, consta de un tallo largo ahuecado en cuya superficie se han cortado muescas transversales; sobre éstas se raspa con un palito pequeño o con un hueso. El mismo instrumento es bastante común entre los Pijao actuales del Tolima.

Silbatos de semillas secas se encuentran frecuentemente entre los Chimila (Fig. 11, g, h). Su distribución y forma, sin embargo, no han sido estudiadas suficientemente. El zumbador discoide (buzz-disc) no es un juguete de niños sino usado solamente por los hombres.

La pequeña plancha de madera que a veces está tallada o decorada con motivos incisos, se ensarta por dos agujeros con un hilo de algodón; dando vueltas al disco, éste produce un sonido fuerte. Muy poco

observado por los etnólogos (Fig. 11, c), este instrumento se encuentra entre las tribus siguientes: citados en gran parte por Nordenskiöld: Chiriguano, Chané, Cavina, Itonama (119, 114-115), Karaxa (84, 311, fig. 176), Yuracare (119, 115), Makusi, Wapisana (81, 80).

La maraca de los Chimila parece haber perdido mucho de su sentido mágico y se usa actualmente sobre todo para arrullar a los niños y, a veces, como instrumento musical durante las ceremonias. En la curación de los enfermos no juega ningún papel. Manufacturada de la misma manera como la que describimos entre los Guahibo (145), la totuma esférica atravesada por un palillo que sirve de manija, muestra varias incisiones. En el interior se encuentran además semillas secas y alas de *Buprestis* que producen el tintineo. Este instrumento, entre los Chimila, nunca se adorna con penachos de pluma como lo que conocemos de las tribus de los Llanos Orientales, pero muestra a veces pintura roja de achiote (Fig. 11, a).

Un objeto de gran interés es el bastón de ritmo de los Chimila. Único instrumento que encontramos en la casa funeraria, que por lo demás está siempre vacía, este bastón se usa por el cacique mismo durante las ceremonias funerarias para marcar el compás de las canciones y del baile fúnebre (Fig. 13). El bastón alcanza un largo de 1,22 m. Y un diámetro de 5 ctms. trabajado en madera blanda de color claro. Esta ha sido tallada de tal manera, que en secciones el bastón es rectangular y en otras intermedias cilíndrico. Dibujos incisos representan líneas cruzadas y triángulos que adornan las partes planas. El bastón era evidentemente de hechura reciente y quedó en la casa-cementerio después del último entierro que se había efectuado en ella.

Aunque carecemos de todos los datos acerca del uso de bastones de ritmo, entre tribus tan septentrionales de Colombia, visto en el conjunto de la civilización material de los Chimila, no nos sorprende su presencia en esta tribu. Tratándose de un objeto que hoy en día ya es muy raro entre los indígenas, tenemos pocos datos acerca de su distribución que, sin embargo, indica el área de las hoyas del Amazonas y Orinoco. El bastón de ritmo se conoce entre las tribus siguientes: Tupinamba (191, 345), Apapocuva (112, 342), Kainguá (13, 670), Botokudo (93, 349), Tereno (93, 328), Krisana, Patamona, Arekuna (179, sec. 576), Yuri-Taboca (96, Atlas, pl. XXVI, fig. 30, 32), y en Colombia entre los Sáliva (72, I, 218), Miránaya (189, 89), y los indios del Vaupés (82, I, fig. 39, 120, 213; II, fig. 34, 57).

Los juguetes propiamente dichos son muy escasos; en la figura 11, f. está representado un muñeco, juguete de un niño de un poblado

del alto Arguaní. Además del vestido de tela, es bien típica la minuciosa representación de la cuerda alrededor de la cintura. Los brazos están apenas indicados por unos pequeños salientes, las partes genitales faltan. Nordenskiöld menciona muñecos parecidos entre las tribus del Gran Chaco (119, 114), generalmente trabajados de barro cocido, a veces de hueso o de tela; entre los Chimane y Guarayú también de madera. Los muñecos que describe Roth de los indios de Guayana son casi idénticos al descrito de los Chimila (179, 496, pl. 174). El Museo Nacional de Bogotá, conserva varios muñecos indígenas fabricados de tela de corteza (*Antiaris saccidora*) pero su procedencia se ignora.

El mismo autor (119, 112) citando a Bolinder, trae una ilustración de un dardo de juego, que este último dice haber encontrado entre los Chimila y anota su ocurrencia entre los Chané del Gran Chaco. Personalmente no pudimos observar este objeto que consiste en una tuza de maíz en cuyo extremo se han puesto unas plumas largas, mientras que el otro lleva una punta aguda de madera.

El juego de hilos es desconocido entre los Chimila así como el trompo y los juegos de pelota.

10. – Venenos y Tóxicos

Según los relatos de los historiadores de la época de la Conquista, casi todas las tribus que habitaban en el Norte de Colombia, usaban flechas envenenadas. Entre otras, los cronistas citan a las tribus siguientes: Buriticá y Pocigüeica (190, IV, 367; 9, 43), los Tairona (190, II, 46), los Bonda (190, V, 39), los indios entre Santa Marta y Riohacha (9, 68, 73), los indios de la región de Santa Marta en general (131, II, 353; 9, 45-46, 65, 68; 190, II, 7), los indios del río Magdalena (9, 73), los Chimila (9, 78; 78, 184, 190), los indios de Tamalameque (190, II, 112) los Pantágora (9, 327), los indios de Pamplona (9, 327), los indios de Antioquia, los Muzo y Colima (9, 78).

En algunos casos, estos relatos están seguidos por descripciones más o menos detalladas de los síntomas causados por estos venenos en el cuerpo de la víctima y las condiciones en las cuales ocurrió la muerte de ésta. Estos datos son de un interés extraordinario, puesto que sirven en ocasiones para determinar la clase de veneno empleado y su distribución en cierta área.

En lo general, tenemos que distinguir, en América del Sur sobre todo, cuatro clases de veneno empleado por los indios para envenenar

las flechas de arco o de cerbatana; curare, *Ptomaina*, la secreción de algunos *Phyllobates* y el veneno *Pakuru*.

El curare se extrae, por un proceso que ha sido estudiado por varios etnólogos, de la corteza de una *Strycnos sp.* que contiene alcaloides. Por introducción en la sangre, el veneno paraliza en seguida la función de los nervios motores y una muerte casi instantánea, sin visibles convulsiones, es la consecuencia. El curare parece tener un centro de dispersión en la hoya del Orinoco, donde, en efecto, algunas tribus son maestras en su preparación. Entre los Piaroa, que lo preparan con habilidad, representa un artículo de intercambio muy apreciado por otras tribus, así como entre los Hianakoto del Apaporis quienes trajeron el conocimiento de su preparación de la región Guayana.

Los otros tres venenos se limitan casi únicamente a la región de Colombia. En una clase de veneno, el agente efectivo es *Ptomaina*. Para su extracción se prepara una mezcla de varios animales muertos, untando las flechas con el líquido de la putrefacción. El hecho de que se usen en estas mezclas a veces animales venenosos como arañas, alacranes o culebras, en ocasiones hasta sangre menstrual, no tiene conexión con el veneno en sí sino un carácter puramente mágico. La muerte ocurre después de tres o cuatro días, acompañada por violentos síntomas de *Tétanus*. Este veneno se conoce sobre todo en las tribus de la hoya del Magdalena y entre los Guajiro (200). En varias regiones de Colombia se usaba y todavía se usa un veneno que consiste en la secreción cutánea de una pequeña rana de la familia de los *Phyllobates*. El veneno se extrae colgando la rana viva sobre un fuego abierto haciéndola “sudar” profusamente. La secreción así producida se recoge en pequeños recipientes y se unta luego a las puntas de la flecha. Este veneno causa fuertes irritaciones locales y tiene además un efecto parecido al de la curarina (91, 426-233; 181, 159). La muerte de la víctima se produce después de varios días. Este veneno lo observamos entre los Chimila y es usado también por los Chokó y los indios de Antioquia y Bolívar. Aguado nos da la descripción de su preparación entre los Pantagora “...toman algunos sapos y tiénenlos algunos días en una vasija sin que coman cosa alguna; después de los cuales los sacan, y uno a uno los ponen encima de una cazuela o tiesto atado con cuatro cordeles de cada pierna el suyo, tirantes o cuatro estacas, de suerte que el sapo quede en medio de la cazuela tirante sin que se pueda menear de una parte a otra, y allí una vasija le azota con unas varillas hasta que le hace sudar, de suerte que el sudor caiga en la cazuela..” (7, II, 342).

El último veneno fue encontrado recientemente por Nordenskiöld en la costa pacífica del Chocó ente la tribu Empera del río Huruvidá, cerca de Puerto Utría. El veneno consiste en el jugo de un árbol y se prepara de la manera siguiente: en la corteza de la planta se hacen incisiones en forma espiral que luego se llenan con pequeños trozos de tela de corteza, que absorba el líquido. Estos trozos se secan luego y el veneno se puede conservar así durante mucho tiempo. En el dialecto local chocó este veneno se llama *pakuru-neara* =veneno de árbol, y se emplean sobre todo, en la cacería, para las flechas de cerbatana. La clasificación botánica del árbol en cuestión no ha sido posible. El veneno *pakuru* causa la muerte casi instantáneamente (181).

Veamos ahora algunas citas sobre el uso de venenos y los síntomas causados por ellos: de los indios de la región de Santa Marta dice Aguado “Todos estos indios de estas provincias referidas y generalmente todos los comarcanos a Santa Marta y a sus serranías y provincias, son gente que usan y acostumbran poner en las flechas yerba pestilencial y ponçoñosa, con que matan a la gente, de suerte que de los a quien hieren con las flechas que están untadas de esta yerba, muy pocos o ninguno escapan, y por la mayor parte mueren rabiando y envarados, yertos y pasmados” (9, 45-46). De los Chimila dice el mismo autor: “...la yerba de que usan es de la propia operación que la demás de la provincia de Santa Marta (9, 78). La acción de este veneno es descrita también por Aguado: “...solamente que la flecha hiciese un pequeño rasguño en la carne, de que tocase o saliese sangre, era irremediable el mal y herida, porque cundiendo la ponzoña por la sangre adelante, les llegaba dentro de veinticuatro horas al corazón, donde reinando con más fuerza la ponzoña de la yerba, causaba en los hombres unos temblores, y alborotamiento de cuerpo y privación de juicio que les hacia decir cosas temerarias y espantosas y de fé dudosas para hombres que se estaban muriendo, y al fin morían con una manera de desesperación que incitaba a los vivos a darse ellos propios la muerte que esperarla de aquella suerte”. (9, 73). Las flechas de los Bonda causaron la misma muerte: “...por no haber hecho caso de un pequeño rasguño que le hizo una flecha en la coyuntura de un dedo.. murió rabiando” (190, V, 39). Oviedo describe otro caso de un español herido por los indios de Santa Marta quien después de tres días se murió “rabiando” (131, II, 353).

Estas citas y en general todas las referencias a las muertes causadas por flechas envenenadas en el Norte de Colombia, muestran clara-

mente dos puntos: la víctima no muere instantáneamente, sino después de un día o más y, además, la persona muere “rabiando”, es decir, con terribles convulsiones y fuertes dolores. Estos síntomas excluyen por completo el uso de venenos del tipo de *curare* y podemos concluir que esta clase de venenos no fue conocida en los valles del Magdalena y Cauca, en el Norte de Colombia en general. Los síntomas descritos, indican más bien venenos a base de *Ptomaína*.

Los Chokó parecen haber empleado venenos vegetales; Fr. Pedro Simón dice que ellos envenenaban sus flechas “con alguna hierba de manzanillo poco fuerte...” (190, I, 149). Los indios de Antioquia asimismo empleaban el juego de un árbol el cual Uribe Angel supone que pertenezca a las *uráceas* (203, 513). Entre los indios de Pamplona se empleaba también un veneno poco fuerte: “...las flechas estaban untadas con yerba de poco vigor y fuerza y su ponzoña era poca.” (9, 327).

Un veneno empleado por algunas tribus del Magdalena, probablemente los Muzo, Colima y Carare, parece causar lentas y dolorosas infecciones; el historiador describe su acción así: “...es cierto que algunos de estos malvados bárbaros han usado e inventado otro género de yerba que con el vigor de su ponzoña causa que las carnes del propio herido en vida se le van cayendo a pedazos, dejando los huesos descarnados de todo punto, y perdiendo la humana carne su propio color, se convierte en otro como azul y morado que casi no se deja entender (9, 73).

Entre los Chimila adquirimos dos clases diferentes de veneno vegetales; el uno lo tenía un shamán en su bolsa, junto con sus cristales mágicos, y el otro lo guardaba un hombre quien se separó difícilmente de su propiedad, puesto que a su muerte el veneno se debía enterrar con él para servirle en la otra vida. Ambas materias consisten en un fino polvo parecido a café molido que deja notar que está fabricado a base de hojas. Cuidadosamente empacado en ameros de maíz y amarrado con hilos de algodón, no parece de preparación reciente y, en efecto, un detenido examen mostró que ya habían perdido toda fuerza activa. El Dr. Mezey, toxicólogo del Gobierno Nacional, quien amablemente se encargó del análisis, inyectó el veneno a varios animales, pero salvo una excitación nerviosa y una abundante secreción de saliva, no produjo ninguna otra reacción.

En todo caso, pudimos constatar entre los Chimila el uso de dos clases de veneno; uno vegetal y otro que se prepara de la secreción de

la rana como está descrito más arriba. Hoy día la preparación del veneno ya parece muy escasa y ha desaparecido casi completamente.

Es natural que venenos de reacción lenta, como los descritos, no tengan empleo en la caza, puesto que la muerte del animal herido ocurre sólo muchas horas o días después de herirse. El veneno de cacería por excelencia es el *curare* que mata casi al instante y sin impedir que la presa se pueda comer puesto que por vía estomacal no tiene ningún efecto. Los venenos de reacción lenta fueron empleados para la guerra y según las descripciones anteriores resultaron temibles en alto grado.

Es verdaderamente sorprendente que un problema tan interesante como el que presenta las distintas clases de venenos empleados por los indios americanos para sus flechas, haya sido tan deficientemente estudiado. Con excepción de unos pocos trabajos que además se refieren a una región demasiado limitada o venenos determinados, no tenemos todavía ningún estudio profundo al respecto, aunque la importancia de tal investigación detallada es evidente.

Unas palabras sobre el uso del tabaco entre los Chimila caben aquí. Aunque a veces se ven gruesos cigarros enrollados de hojas secas de tabaco que se cultiva en pequeños sembrados, éste se consume generalmente masticándolo. Para este fin los Chimila muelen las hojas secas entre dos piedras y mezclan este polvo con un poco de ceniza y miel, formando con esta masa pequeños trozos de unos 10 cms. de largo de color negruzco. Los hombres muerden pequeñas cantidades de este tabaco que guardan en la boca masticándolo continuamente.

Sobre el veneno empleado en la pesca hablamos en el capítulo referente a ésta.

11.— Nacimiento, pubertad, matrimonio y muerte.

El estudio de la cultura espiritual de una tribu indígena, de su vida religiosa y mágica, sus creencias y ritos, es un trabajo que requiere tiempo. Una estadía de pocas semanas o meses es siempre insuficiente para esto y debería pasarse por lo menos un año con un determinado grupo indígena para poder darse cuenta del ciclo de manifestaciones de su vida durante este espacio.

No obstante pocos conocimientos sobre la vida religiosa y mágica de los Chimila, que por falta de tiempo no pudimos profundizar, queremos dar a conocer aquí los pocos datos que pudimos recoger acerca

de este campo. Lejos de ser completos forman, sin embargo, cierta base y nos dan una idea aproximada de sus principales manifestaciones.

Con ocasión del nacimiento de un niño se observan las costumbres siguientes: la madre se retira fuera de la casa y da a luz en posición arrodillada y con la ayuda de sus hermanas o de las demás mujeres de su esposo. La hermana de la madre corta la cuerda umbilical con un esparto de bambú (nunca con un instrumento de metal) y luego entierra la placenta cerca del lugar del parto, junto con el instrumento cortante. Inmediatamente después del parto, la madre, acompañada por las otras mujeres, que llevan el niño, se dirige a un arroyo donde se bañan ella y el niño. Después vuelve a casa. Antes y después del parto no se observa ninguna prescripción dietética ni por parte de la madre ni el padre, quien sigue como siempre sus quehaceres. Tres días después del parto, la hermana de la madre, a veces también el tío materno, da al niño un nombre de animal o de flor. Con ocasión de esto se celebra una pequeña fiesta durante la cual la madre del niño ofrece a los parientes invitados la chicha que se ha preparado para este acontecimiento.

Este nombre que se le da al niño tres días después de nacer, lo conserva hasta que llega a la pubertad; ningún tabú ni totem parece relacionarse con él. Cuando los niños y niñas llegan a la pubertad, se prepara una fiesta de más importancia para la cual los padres siempre esperan hasta que se hayan reunido varias familias cuyos hijos ya deben ser iniciados. Con cantos tristes las familias se reúnen fuera de la casa y ahora la hermana de la madre de las niñas o el hermano del padre de los niños, procede al corte del cabello de los novicios, quemándolo con un esparto de manera que desprendan largos mechones. Estos se distribuyen entre los familiares quienes los guardan bajo el techo de sus casas. Luego la hermana o el hermano de la madre da un nombre al niño. Este nombre es secreto y ni los familiares, ni el iniciado mismo debe pronunciarlo. Al mismo tiempo cada miembro de la familia o de la tribu, sea emparentado con el iniciado o no, le da un nombre público asimismo como el iniciado a su vez pronuncia los distintos nombres bajo los cuales denominará desde entonces a cada una de las demás personas. La cantidad de nombres de un individuo depende así del número de familiares, amigos y conocidos. El nombre público puede ser pronunciado por cada miembro del grupo excepto por su propio dueño, quien nunca debe pronunciarlo. Para saber por ejemplo el nombre de una mujer bajo el cual la conoce su marido, hay que preguntar a éste pero

para saber el nombre de un niño no iniciado si se le puede preguntar a él personalmente. La lista de nombres que da Roth para los Arawak de Guayana, se parece en mucho a esta forma de denominación (179, 673-675).

Todos los nombres que se dan con ocasión de la iniciación, se heredan por línea materna y es la madre quien escoge el nombre de antemano, usando uno que sea común en su familia.

Algunos ejemplos de nombres de personas iniciadas y sin iniciar son los siguientes:

Nombres de niños antes de la iniciación: mana: ko, cu: lu, ori: sinteri: kra.

Nombres de niñas antes de la iniciación: kong: anye, hama: cu, li: ce.

Nombres de hombres iniciados: uatuli, heuri, si:lu, mut: su.

Nombres de mujeres iniciadas: gvaka:kra, hatari:kra, no-oaxan, mbre, cokoro.

El matrimonio es matrilocal. El novio se dirige a la casa del hermano de la muchacha y exige a éste pedirla en su nombre. El hermano llama inmediatamente a la muchacha, quien debe rechazar al pretendiente en seguida. El novio se retira luego y vuelve después de tres días a la casa del hermano de la muchacha sin haber visto mientras tanto a ésta; ahora el hermano le comunica la decisión de su hermana que es generalmente afirmativa. El novio a su vez enumera ahora sus múltiples facultades y bienes, sus éxitos en la caza, su labor en los cultivos y siendo aceptado por el hermano, el matrimonio está hecho. La familia de la madre prepara una pequeña fiesta y la pareja se queda a vivir en la casa materna de la mujer por algún tiempo pero sin estar obligado a efectuar trabajos para ésta. Luego se construyen una pequeña casa al lado, donde permanecen.

Aunque no pudimos observar manifestaciones de totemismo, hexogamia local es observada en muchas poblaciones. Matrimonio por raptó es común; también fue asegurado repetidas veces que éste causaba sangrientas vendettas entre poblaciones vecinas.

La educación de los niños y el cuidado de ellos está casi exclusivamente a cargo del padre. A él le toca sobre todo el cuidado de los pequeños entre 2 y 5 años y mientras que no esté fuera de la población, está encargado de lavarlos, darles comida y arrullarlos. Estoicamente los hombres desempeñan este oficio mientras que las mujeres en alegre tertulia se ocupan de la preparación de los alimentos o de la ma-

nufactura de sus múltiples utensilios. Típica es la escena siguiente, observada muchas veces: estando sentados frente a una casa charlando y fumando, mientras que en el interior los niños dormían en sus hamacas, alguno de ellos se despertaba y empezaba a llorar. Con agudo: *Kiii-ri* que quiere decir: ¿qué pasa?, la madre se dirigía inmediatamente al marido, quien al instante se levanta a calmar la criatura. Del interior de la casa se oía entonces el canto arrullador del padre, quien meciendo la hamaca del niño, cascabeleaba con la mataka.

Datos sobre ceremonias funerarias son muy escasos. A la muerte de un individuo se observan varios ritos que ya no son conocidos de otras tribus. El cuerpo se lleva fuera de la casa y la familia lo pinta enteramente de rojo con achiote. Luego se le pone en cuclillas y se envuelve en su hamaca. En la casa-cementerio se cava entonces la fosa en la cual se entierra el cadáver, poniendo a los hombres con la cara hacia el Oriente y a las mujeres hacia el Poniente, “porque es gente de noche”.

Con los muertos se entierran además los objetos personales tales como armas, veneno para las flechas, recipientes y utensilios de hilandería. Con cada muerto se entierra un pequeño remo que se ha fabricado los últimos días de su enfermedad. Este remo es una diminuta reproducción de un canaleta, con punta saliente en el extremo de la hoja y una manija sin mango transversal. El objeto está además adornado con dibujos pintados en color negro. En una población al Sur de El Difícil, el cacique había estado muy enfermo y así la familia ya había preparado este remo que nos fue posible adquirir puesto que el hombre se mejoró. El objeto mide 1,20 m. de largo; la hoja tiene un largo de 25 ctms. con un ancho de 13 ctms. (Fig. 13, c). Considerando que los Chimila no tienen canoas ni canaletes, ni parecen haber tenido éstos en tiempo de la Conquista, se debe tratar de una tradición muy antigua que talvez data de épocas cuando la tribu vivía todavía cerca de grandes ríos y practicaba la navegación. En efecto, ningún dato de los historiadores habla de que los Chimila hayan tenido embarcaciones mientras que las tribus vecinas como los indios de la ribera izquierda del Magdalena eran diestrísimos en la navegación (9, 50, 52, 87-88). El entierro acompañado por un remo corresponde naturalmente al entierro en canoa que encontramos entre los Chama, Panobo, Omagua, Kokama, Aguano, Chebero, Kandosi, Kico del Noreste del Perú (198), entre los Kobéua del Vaupés (82, 314) y que se observó también en el Valle del Cauca en una tumba que se excavó hace pocos años (según

información del Lic. Luis Duque, Jefe del Servicio Arqueológico Nacional). El entierro en cuclillas fue practicado también por las antiguas tribus de Santa Marta (190, V. 218) y por los Guajiro y Motilones (26, 216; 146).

Además del pequeño remo descrito, se ponen dentro de la tumba dos pequeños objetos de madera (Fig. 13, b) de los cuales el uno se coloca al lado de la cabeza del cadáver, el otro a los pies. El que se pone cerca de la cabeza está adornado con pintura roja y azulada; sobre el significado de estas planchitas que miden 14 ctms. de largo por 5 ctms. en su parte más ancha, no nos fue posible averiguar más.

El entierro secundario no se conoce entre los Chimila; una vez enterrado el cadáver en la casa común de los muertos, la ceremonia fúnebre ha terminado por completo. La piedra de moler del difunto se coloca al lado de la casa cementerio y no se debe usar más. En el caso de pequeños rancheríos, como los del alto río Ariguaní, en los cuales no se ha construido una casa cementerio, el cadáver se entierra dentro de la casa de habitación, precisamente bajo el lugar en el cual el muerto solía colgar su hamaca. La casa se abandona en seguida y la familia procede a construir una nueva al lado de la abandonada.

Después de la muerte, dicen los Chimila que el difunto vaga cuatro días buscando el camino hacia otro mundo. La ruta lo lleva hacia el Sur, “porque por allá están los antiguos”, sobre el río Magdalena, y se dirige lejos siguiendo la margen derecha hasta encontrar un país “donde le va muy bien”.

No obstante la falta del entierro secundario, la base de éste existe puesto que después de la muerte propiamente dicha hasta la llegada a otro mundo, pasa siempre un tiempo definido.

Aunque estos datos acerca de la vida religiosa y mágica de los Chimila están dispersos e incompletos, hay un hecho de interés extraordinario que representa un punto merecedor de estudio detallado. Toda la vida mágica de los Chimila se desarrolla sobre una gran piedra redonda y plana que se encuentra detrás de la casa común de los muertos. A esta piedra se retiran las mujeres cuando dan a luz; sobre ella cortan la cuerda umbilical y a su lado se entierra la placenta; sobre esta piedra se celebran los ritos de iniciación y se quita el cabello de los novicios; se coloca el cadáver antes del entierro, se llora y se le pinta de rojo. La importancia de la piedra se manifiesta en prácticas triviales: un cacique que nos regaló su corona de plumas insistió en mejorar la pintura roja que adornaba la parte de madera; cuando fuimos a obser-

varlo en este trabajo, no lo pudimos encontrar y nadie nos dio razón de él; después de alguna búsqueda lo encontramos sentado sobre la piedra detrás de la casa cementerio, pintando el adorno. Creemos que acerca de esta costumbre se deberán buscar paralelos en Oceanía y Malaya.

En todos los ritos de los Chimila existe una clara diferenciación entre ceremonias de carácter religioso y ceremonias mágicas. El cacique del grupo local desempeña las funciones sacerdotales en ritos determinados que se relacionan con siembra y cosecha durante los cuales dirige cantos a las fuerzas benignas para que el crecimiento de las plantas sea bueno y la cosecha abundante. En las ceremonias de iniciación y de entierro también el cacique dirige el rito así como el baile que le sigue. Durante el día que antecede a una ceremonia de carácter religioso, el cacique es intocable y observa ayunos. Ningún hombre o mujer debe tocarlo ni hablarle y él mismo se queda retirado en un rincón de la casa hasta que empiece la función.

Las actividades del shamán, en cambio, se desarrollan en ocasiones cuando se trata del mundo mágico con sus innumerables fuerzas malévolas sobre las cuales éste debe imponerse y tratar de hacer de ellas sus instrumentos. En tiempos de sequía el shamán llama la lluvia, en las tempestades conversa con el trueno que es la voz de un poderoso ser; a él le corresponde ahuyentar las enfermedades, conjurar maldiciones y toda clase de desgracias sobre enemigos.

Un cuento de los Chimila dice así: “Hay buenos brujos y hay malos”. Esta diferenciación no es rara y la encontramos entre muchas tribus indígenas. A la región amazónica pertenece la creencia de los Chimila de que los Shamanes pueden llevar una doble vida convirtiéndose en tigres, y que ellos después de su muerte se manifiestan en forma de estos animales. En muchos idiomas del Amazonas la palabra para designar el shamán o el tigre son idénticas y encontramos la creencia del shamán convertido en tigre entre: los Kobeua (82, 317), los Tukano del Vaupés en general (82, 337), los Guayupe (9, 443), los Koreguaxe y Tama (169, 75), los Huitoto (140) y los Roucouyenne (42, 114). El pánico que inspira a veces este shamán-tigre da por resultado en ocasiones el asesinato de éste, cometido por parte de la tribu, hecho bien conocido entre los indios del Caquetá y Putumayo (169, 76) y los de Antioquia (203, 514).

En un rancherío Chimila del alto río Ariguaní encontramos una anciana septuagenaria quien desempeñó este oficio y la cual, después de largas negociaciones consintió en vendernos su equipo mágico a pesar

de la oposición del resto de la población. Enterrados en una mochila tejida de algodón y provista de un cabrestillo, se encuentran más de dos docenas de cristales de roca de forma irregular, mezclados con fragmentos de vidrio y cuentas de origen europeo. En la unión de cabrestillo con la mochila, está amarrado el cascabel de *un Crótalus horridus* (fig. 13, e). La importancia mágica de los cristales de roca parece asimismo un rasgo típico para las tribus amazónicas, especialmente en la región del alto río Negro y sus afluentes. Los Arawak del río Isana, y los Guahibo, pertenecen a esta misma zona (82, 97; 145).

Distribución de actividades.

	Hombres	Mujeres
Construcción de vivienda.....	+	+
Horticultura: roza.....	+	+
siembra.....	+	-
cosecha.....	+	+
Apicultura.....	+	+
Cría de tortugas.....	+	-
aves monteses.....	+	-
aves de corral.....	-	+
Pesca.....	+	-
Caza.....	+	-
Cuidado de los niños.....	+	+
Manufactura de: armas.....	+	-
espartería.....	+	-
hamacas.....	-	+
telas.....	-	+
cerámica.....	-	+
adornos.....	+	-
cordelería.....	+	-
Producción de fuego.....	+	-
Preparación de comida.....	-	+
Preparación de bebida.....	-	+
Consecución de leña.....	+	-
Consecución de agua.....	-	+
Transporte de cargas.....	+	+
Instrumentos musicales.....	+	-
Pintura roja facial.....	+	+
Bailes y cantos.....	+	+

CONCLUSION

El conjunto de la civilización material y espiritual de los Chimila ofrece un cuadro bastante claro y homogéneo. Un corto resumen de la procedencia de sus elementos culturales nos muestra la clasificación siguiente:

ELEMENTOS CULTURALES	Orinoco Amazonas	Andino	Meso Amér.	Europeos	No. clasif.
Casa redonda	+	-	-	-	-
Palizadas	+	-	-	-	-
Granero de estacas	+	-	-	-	-
Apicultura	-	-	-	-	-
Cría de tortugas	+	-	+	-	-
Hamaca como cama	+	-	-	-	-
Telar vertical	-	-	-	-	-
Cinturón tejido	-	-	-	-	+
Sandalias	-	+	-	+?	-
Huso tipo «Bakairí»	-	+?	-	-	-
Cerámica (técnica)	+	-	-	-	-
Pilón	+	-	-	-	-
Meneador	+	-	-	-	-
Taburete	+	-	-	-	-
Sopladera de plumas	-	-	-	-	-
Forma del arco	-	+	-	-	-
Tensor del arco	-	-	-	-	+
Forma de macana	-	-	-	-	+
Flecha de punta roma	+	-	-	-	+
Flechas envenenadas	+	-	-	-	-
Flechas sin plumas	-	-	-	-	-
Tridente	+	-	-	-	+
Macana de guerra	+	-	-	-	-
Pesca con veneno	+	-	-	-	-
Tambor de señal	+	-	-	-	-
Tambor de una membrana	+	-	-	-	-
Maraca	+	-	-	-	-
Flauta vertical	-	-	-	-	-
Zumbador (buzz-disc)	-	-	-	-	+
Bastón de ritmo	+	-	-	-	+
Red de cargas	+	-	-	-	-
Estuche pénico	+	+?	-	-	-
Deformación pantorrilla	+	-	-	-	-
Pintura con achiote	+	-	-	-	-
Marcas de propiedad	-	-	-	+?	-
Gancho para colgar	-	+?	-	-	-
Entierro en hamaca	-	+	-	-	-
Entierro en cuclillas	-	-	-	-	+
Entierro en canoa	+	-	-	-	+
Pintura del cadáver	+	-	-	-	-
Ritos de iniciación	+	-	-	-	-
Cristales mágicos	+	-	-	-	-
Shamán-tigre	+	-	-	-	-
«Árbol de la Vida»	+	-	-	-	-

Claramente podemos observar que la gran mayoría de los elementos culturales básicos de los Chimila pertenecen al área cultural de la región Amazonas-Orinoco. La influencia andina se extiende forzosamente a la vestimenta y la centroamericana se encuentra sólo en la apicultura.

Es interesante trazar un cuadro de elementos culturales ausentes entre los Chimila:

Cerbatana	cernidor tejido de espartos
Flechas emplumadas	faja para cargar los niños
Flechas con múltiples puntas	flauta de Pan
Trampas para cazar	flauta horizontal
Animales domésticos europeos	arco musical
Cerámica pintada	juego de pelota
Cerámica con asas	juego de hilos
Totuma de red	tabaco para fumar
Canasco de carga	peine de palillos
Canasco con tapa	couvade

En esta lista no está incluida la canoa; a pesar de que los Chimila no parecen haber tenido embarcaciones en los último cinco siglos, la existencia del remo ritual que se entierra con los muertos, comprueba suficientemente su uso en épocas anteriores. La cerbatana fue conocida por las tribus antiguas de la región de Santa Marta en tiempos de la Conquista y es posible que los Chimila también la tuvieran. Sin embargo las flechas de punta roma que emplean los Chimila para la caza de pájaros y que en cierto grado reemplaza la cerbatana, indican más bien que ésta no fue usada. El hecho de que los Chimila no emplumen sus flechas no es raro para una tribu de la selva donde el tiro se efectúa a corta distancia; tampoco la ausencia de flechas con múltiples puntas, puesto que su principal empleo, la pesca, está tan poco desarrollada. La ausencia de trampas es mucho más extraña. Cerámica pintada y provista de asas, dos elementos que representan características de culturas andinas, faltan también, como se nota además en los hallazgos arqueológicos de la región. La totuma encerrada en una red y con cabrestrillo, otro elemento andino, tampoco fue adaptada. El canasto de carga del tipo “guarayú”, parece representar como dijimos anteriormente, un desarrollo de la red de carga que encontramos entre los Chimila. Lo mismo se puede opinar de canastos con tapa. Cernidores y sopladeras tejidos de espartos tampoco existen y están reemplazados por un primitivo co-

lador de una totuma perforada y por la sopladera de plumas. La ausencia de la faja para cargar los niños se explica difícilmente pero corresponde, sin embargo, al tipo de la cultura de los Chimila. La ausencia de la flauta de Pan, sobre cuya distribución sabemos poco por su ocurrencia esporádica en la zona andina, Guayana y Amazonas, podría indicar tal vez que este elemento no es tan antiguo en esta última zona como se había pensado. La ausencia del arco musical, confirmará la opinión de algunos etnólogos de que éste sea un elemento africano más bien reciente, pero puede indicar también un origen netamente Karib. Juegos de pelota, de hilos, etc., son también desconocidos. La ausencia de cigarros y pipas no es sorprendente puesto que en lo general en América, el tabaco fumado era sobre todo privilegio de los shamanes, teniendo un marcado sentido mágico. La falta de la couvade podría indicar el origen Karib de la costumbre.

Claramente se observa que la cultura material de los Chimila representan un tipo muy antiguo primitivo, mientras que los elementos ausentes no son rasgos básicos fundamentales de una cultura, sino más bien modificaciones de una base ya existente, desarrollo de objetos primitivos o en otras palabras: elementos recientes. Para Colombia, podrán así tener los Chimila el mismo significado como los grupos del alto Xingú para la región amazónica.

Lingüísticamente los Chimila son un grupo Arawak y como tales pertenecen indudablemente a una migración muy antigua. Es posible que ellos formen hoy día el único núcleo sobreviviente de una extensa capa cultural de este grupo en Colombia, sobre la cual se extendieron luego en sucesivas migraciones los Chibcha y los Karib. Desde la llegada de esta tribu a las tierras bajas del Ariguaní, su cultura, debido a las condiciones de vida en esta región, debe haber avanzado muy poco y el conjunto que hoy se nos presenta parece ser el mismo que trajo la tribu de su antiguo centro amazónico. Las diferencias culturales entre los Chimila y los grupos Arawak de Guayana y del Alto Orinoco se explican así, puesto que éstos se desarrollaron en condiciones favorables mientras que la cultura de los Chimila se estancó.

Los únicos Arawak actuales vecinos de los Chimila son los Guajiro, quienes deben haber llegado en épocas posteriores que los primeros. Aunque manifiestan los Chimila mayor amistad hacia los Guajiro que hacia los Chibcha de la Sierra Nevada o los Karib, los consideran, sin embargo, como "forasteros" (Cf. Vocabulario) e intrusos recién llegados. Los cuentos anteriormente citados que tratan de guerras y ene-

mistades, hablan por sí mismos en lo que se refiere a los Karib de las riberas del Magdalena y las tribus de la Sierra. Considerando las tribus de la región de Santa Marta, que por cierto muestran un desarrollo cultural muy avanzado y además fuertes afinidades culturales con los Chimila, es posible que hayan llegado también posteriormente a éstos últimos. Que las tribus Chibcha de la Sierra Nevada, que evidentemente representa un refugio, ocupaban antes un terreno mucho más extenso ejerciendo marcada influencia sobre tribus de otras naciones, no se puede dudar. Los Chimila fueron conquistados por ellos durante algún tiempo o de otra manera estuvieron directamente influenciados por la cultura de este grupo. La tradición de que su territorio estaba antes habitado por los Aruacos, los cuales fueron vencidos y desalojados por ellos, puede también corresponder a la realidad histórica.

El propio significado de la existencia de este grupo Arawak primitivo en esta región de Colombia y de Suramérica en general, no puede ser debidamente apreciado en una monografía como la presente. Los trabajos futuros lo harán.

BIBLIOGRAFIA

- 1.- Acuña (Cristóbal) y Maldonado (José de). Relaciones del descubrimiento del Río de las Amazonas. Reimpresión de la edición de 1642. Bogotá, 1942.
- 2.- Acuña (Christoval de). Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas. Colección de libros que tratan de América, raros o curiosos. Tomo II. Madrid, 1891.
- 7.- Aguado (Pedro de). Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada. (Escrito en 1575). Madrid, 1916-1917.
- 8.- Aguado (Pedro de). Historia de Venezuela. Madrid, 1918-1919.
- 9.- Aguado (Pedro de). Recopilación historial. Biblioteca de historia nacional; tomo V. Bogotá, 1906.
- 11.- Albis (P. Manuel María). Los Indios del Andaquí. Memorias de un viajero. Popayán, 1855. Reimpresión en: "Boletín de Estudios Históricos" vol. VI. No. 61-62. Pasto, 1934.
- 12.- Ambrosetti (J. B.). Los Indios Kaingangues. "Revista del Jardín Zoológico"; vol. 2. Buenos Aires, 1894.
- 13.- Ambrosetti (J. B.). Los Indios Caingú del Alto Paraná (Misiones). "Boletín del Instituto Geográfico Argentino"; tomo 15. Buenos Aires, 1895.
- 14.- Azara (Félix de). Geografía física y esférica de las Provincias del Paraguay y misiones Guaraníes. "Anales del Museo Nacional de Montevideo"; Sección Histórico-Filosófica; tomo I. Montevideo, 1904.
- 16.- Barbosa Rodríguez (João). Relatorio sobre o Rio Capim. Rio de Janeiro. 1875.
- 19.- Benzoni (Girolamo). History of the World. (Hakluyt Society No. 21. London, 1857).
- 20.- Betendorf (João Felipe). Chronica da Missão dos Padres da Companhia de Jesus no Estado do Maranhão. "Revista do Instituto historico e geographico brasileiro"; tomo LXXII, parte I. Rio de Janeiro, 1910.
- 21.- Bolinder (Gustaf). Ijca-indianernas kultur. Alingsas, 1918.
- 22.- Boman (Eric). Antiquités de la region andine de la République Argentine et du Désert d'Atacama". París, 1908.
- 24.- Cabrera (Gerónimo Luis de). Relación en suma de la tierra y poblaciones que don Gerónimo Luis de Cabrera gobernador de las provincias de los Juris, ha descubierto, donde va a poblar en nom-

- bre de su Magestad una ciudad. “Relaciones geográficas de Indias”; tomo II. Madrid, 1885.
- 26.– Candelier (H.). Rio-Hacha et les Indies Guajires. París, 1893.
- 27.– Cardim (Fernão). Tratados da terra e gente do Brasil. Rio de Janeiro, 1925.
- 30.– Carvajal (Gaspar de). Descubrimiento del río de las Amazonas. Sevilla, 1894.
- 31.– Carvajal (Fr. Jacinto de). Relación del Descubrimiento del Río Apure, hasta su ingreso en el Orinoco. León, 1684.
- 34.– Caulin (P. Antonio). Historia corográfica, natural y evangélica en la Nueva Andalucía, Provincias de Cumaná, Nueva Barcelona, Guayanas y vertientes del río Orinoco. Caracas, 1779. Reimpresión de George Corser en 1841.
- 35.– Celedón (P. Rafael). Gramática, Catecismo i Vocabulario de la lengua Goajira. Collécti3n Linguistique Américaine; tomo V. París, 1878.
- 38.– Coudreau (Henri A.). La France Equinoxiale. París, 1887.
- 42.– Crévaux (Jules). En busca del Amazonas. Buenos Aires (sin fecha).
- 47.– Cruz (Luis de la). Descripción de la Naturaleza de los terrenos que se comprenden en los Andes poseídos por los Peguenches. Colección Pedro de Angelis: tomo I. Buenos Aires, 1835.
- 51.– Chanca. Segundo viaje de Colón en: Navarrete (Martín Fernández de). Colección de los viages y descubrimientos, que hicieron por mar los Españoles desde fines del siglo XV. Tomo I. Madrid 1825.
- 52.– Chantre y Herrera (P. José de). Historia de las Misiones de la Compañía de Jesús en el Mara3n3n espa3ol (1637-1767). Madrid, 1901.
- 53.– Denis (Ferdinand). La Guyane ou histoire, moeurs, usages et coutumes des habitants de centre partie de l’Amérique. París, 1823.
- 54.– Dobritzhoffer (Martin). An account of the Abipones. London, 1822.
- 58.– Farabee (William Curtis). The Central Arawaks. Philadelphia, 1918.
- 59.– Figueroa (Francisco). Relaci3n de las misiones de la Compañía de Jesús en el pa3s de los Mainas. Colecci3n de libros o documentos referentes a la historia de América; tomo I. Madrid, 1904.
- 60.– Florence (Hércules). Esboço da viagem feita pelo Sr. de Langsdorff no interior do Brasil, desde Setembro de 1835 até Marco de 1839. “Revista do Instituto Histórico e geographico brasileiro”; tomos XXXVIII y XXXIX. Rio de Janeiro, 1875-1876.
- 66.– Goeje (C. H. de). Bijdrage tot de Ethnographie der Surinaamsche Indianen. Suplemento de: “Internationales Archiv für Ethnographie”; tomo 17. Leiden, 1906.
- 67.– Gómara (Francisco López de). Historia general de las Indias. Biblioteca de autores espa3oles; tomo 22. Madrid, 1877.

- 68.– Gómara, (Francisco López de). Primera parte de la historia general de las Indias. Biblioteca de autores españoles; tomo XXII; Historiadores primitivos de Indias; tomo I. Madrid, 1852.
- 70.– Grillet (Jean). y Bechamel (François). Journal de voyage. Traducción de Gomberville. Dos tomos. París, 1782.
- 71.– Grubb (Barbrooke W.). An unknown people in an unknown land. London, 1911.
- 72.– Gumila (P. Joseph). El Orinoco ilustrado, y defendido, Historia natural, civil y geográfica de este gran río y de sus caudalosas vertientes. Edición de Manuel Fernández, Madrid, 1745; edición de Bogotá, 1944.
- 73.– Haebler (Ruth). Die geflochtenen Hängematten der Naturvölker Südamerikas. Zeitschrift für Ethnologie; tomo LI. Berlín, 1919.
- 74.– Hartman (C. V.) Etnografiska undersökningar över aztekernai Salvador. Ymer, 1901. Stockholm, 1902.
- 75.– Hyatt (Verril A.). The American Indian. New York, 1927.
- 76.– Im Thurn (Everard F.). Among the Indians of Guaiana. Londres, 1878.
- 78.– Julián (P. Antonio). La Perla de la América, Provincia de Santa Marta, reconocida, observada y expuesta a discursos históricos. Madrid, 1837.
- 80.– Kletke (H.). Reise Seiner Königlichen Hoheis des Prinzen Adalbert von Preussen nach Brasilien. Berlín, 1857.
- 81.– Koch-Grünberg (Theodor). Von Roroima zum Orinoco. Cuatro tomos, Stuttgart, 1928.
- 82.– Koch-Grünberg (Theodor). Zwei Jahre bei den Indianer Nord-west-Brasiliens. Stuttgart, 1923.
- 84.– Krause (Fritz). In den Wildnissen Brasiliens. Leipzig. 1911.
- 86.– Kunike (Hugo). Ethnographisches und Archäologisches aus der Guayaqui-Region. Amtliche Berchte aus den königlichen Kunst-sammlungen. Año de XXXII. Berlín, 1911.
- 87.– Lange (Algot). The lower Amazon. New York, Londres, 1914.
- 88.– Lehmann-Nitsche (Robert). Catálogo de las antigüedades de la Provincia de Jujuy, conservadas en el Museo de La Plata. "Revista del Museo de La Plata"; tomo XI. La Plata, 1904.
- 89.– Léry (Jean de). Histoire d'un voyage fait en la terre de Brésil. París, 1880.
- 91.– Lewin (L.). Die Pfeilgifte. Leipzig, 1923.
- 93.– Manizer (G.G.). Música e instrumentos musicales de algunas tribus del Brasil. (En ruso). Leningrado, 1918.
- 96.– Martius (C. Fv.) y Spix (J. B. v.). Reise in Brasilien. Munich, 1823-1831.
- 98.– Medina (José Toribio). Los aborígenes de Chile. Santiago de Chile, 1882.
- 99.– Mercado de Peñalosa (Pedro de). Relación de la provincia de los Pacajes. Relaciones geográficas de Indias. Madrid, 1885.

- 100.– Métraux (Alfred). La civilisation matérielle des tribus Tupi-Guaraní. París, 1928.
- 103.– Mocquet (Jean). Voyages en Afrique, Asie, Indes Orientales & Occidentales faits par...; Rouen, 1645.
- 108.– Navarrete (Rodrigo de). Relación de las provincias y naciones de los yndios llamados Aruacas. Colección de Documentos inéditos; vol. 21. Madrid, 1874.
- 109.– Nieto (Ladislau). Investigações sobre a archeologia brazileira. Archivos do Museu nacional do Río de Janeiro. Tomo VI, Río de Janeiro, 1885.
- 110.– Nimuendajú (Curt). Bruchstücke aus Religion und Ueberlieferung der Sipaya-Indianer. Anthropos; tomo XVI-XVII. Viena, 1921-1922.
- 111.– Nimuendajú (Curt). Os Índios Parintintín. Journal de la Société des Américanistes; Nouvelle série; tomo XVI. pp. 267-274. París, 1927.
- 112.– Nimuendajú (Curt). Die Sagen von der Erschaffung und Vernichtung der Welt als Grundlagen der Religion der Apapocuva-Guaraní. Zeitschrift für Ethnologie. Berlín, 1914.
- 115.– Nordenskiöld (Erland). Origin of the Indian Civilizations in South America Comparative Ethnographical Studies; tomo IX, Göteborg, 1931.
- 116.– Nordenskiöld (Erland). The Ethnographical of South America seen from Major in Bolivia. Comparative Ethnographical Studies; tomo III. Göteborg, 1924.
- 117.– Nordenskiöld (Erland). Modifications in indian culture through inventions and loans. Comparative Ethnographical Studies; tomo VIII. Göteborg, 1930.
- 118.– Nordenskiöld (Erland). An Ethnographical Analysis of the material culture of two indian tribes in the Gran Chaco. Comparative Ethnographical Studies; tomo I. Göteborg, 1919.
- 119.– Nordenskiöld (Erland). The changes in the material culture of two indian tribes under influence of new surroundings. Comparative Ethnographical Studies; tomo II. Göteborg, 1920.
- 120.– Nordenskiöld (Erland). Indianerlif i El Gran Chaco. Stockholm, 1910.
- 121.– Nordenskiöld (Erland). L'apiculture indienne. Journal de la Société des Américanistes; Nouvelle série; tomo XXI. pp. 169-182. París, 1929.
- 123.– Nuñez Cabeza de Vaca (Alvaro). Relación de los naufragios y comentarios de...; Colección de libros y documentos referentes a la historia de América; tomo V-VI. Madrid, 1906.
- 124.– Oppenheim (Victor). Nueva cultura arqueológica en Colombia. Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia; vol. VII, No. 1. Julio de 1941. pp. 89-95, Bogotá 1941.
- 128.– D'Orbigny (Alcide). Voyage dans l'Amérique méridionale. Vol. 3. París, 1844; (1835-1846). Atlas, vol.8, París, 1847.

- 129.–Ordinaire (Oliver). Los sauvages du Pérou. Revue d´Ethnographie; tomo VI. París, 1887.
- 130.–Outes (Félix) y Bruch (Carlos). Los aborígenes de la República Argentina. Buenos Aires, 1910.
- 131.–Oviedo y Valdés (Gonzalo Fernández de). Historia general y natural de las Indias. Madrid, 1851-1855.
- 133.–Piedrahita (Lucas Fernández de). Historia general de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada. Bogotá, 1942.
- 134.–Pigafetta (Antonio). Primo viaggio intorno al globo terracueo. Milano, 1800.
- 135.–Piso (Guillermo) y Liebstadt (Georg Marcgrav de). Historia naturalis Brasiliae. Lugdun. Batavorum et Amstelodami, 1648.
- 136.–Plagge (C.). Reise in das Gebiet der Guajajara-Indianer in der Brasilia-nischen. Provinz Maranhao. (Petermanns´ Mitteilungen; tomo III. Gotha, 1857.
- 137.–Plassard (Louis). Les Guaraunos et le delta de l´Orénoque. Bulletin de la Societé de Geographie; tomo 15. París, 1868.
- 138.–Pleyte (M. C. M.). Die Bekleidung eines reichen Guajiro-Indianers. Comptendu du Congres Internationale des Américanistes. Berlín, 1888.
- 140.–Preuss (Konrad Theodor). Religion and Mythologie der Uitoto. Quellen der Religionsgeschichte; tomo X. Göttingen und Leipzig, 1921-1923.
- 143.–Radin (Paul). Zur Netztechnik der südamerikanischen Indianer. Zeitschrift für Ethnologie. Ano 38. Berlín, 1906.
- 144.–Reichel-Dolmatoff (Gérard y Alicia). Las urnas funerarias de la cuenca del río Magdalena. “Revista del Instituto Etnológico Nacional”; fasc. 1. Bogotá, 1943.
- 145.–Reichel-Domatoff (Gérard). La cultura material de los indios Guahibo. “Revista del Instituto Etnológico Nacional”; fasc. 2. Bogotá, 1944.
- 146.–Reichel-Dolmatoff (Gérard). Los Indios Motilones. “Revista del Instituto Etnológico Nacional”; fasc. 2. Bogotá, 1944.
- 147.–Relaciones geográficas de Indias. Redactado por Jiménez de la Espada. Tomo 1-4, Madrid, 1881-1897.
- 149.–Rengger (J. R.). Reise nach Paraguay in den Jahren 1818 bis 1826. A arau, 1835.
- 157.–Rivet (Paul). La influencia karib en Colombia. “Revista del Instituto Etnológico Nacional”; fasc. 1, Bogotá, 1943.
- 158.–Rivet (Paul). Les Indiens Jibaros. L´Anthropologie; tomo XVIII-XIX. París, 1907-1908.
- 169.–Rocha (Joaquín). Memorandum de viaje (Regiones amazónicas). Con Apéndice sobre los idiomas del Caquetá. Bogotá, 1905.
- 170.–Rochefort (César de). Historische Beschreibung der Antillen-Inseln. Francfort, 1668.
- 175.–Rochereau (P. Henri). Les Indiens Tunebos et Pedrazas. Journal de la Societé des Américanistes; nouvelle série; París, 1919.

- 177.–Roquette-Pinto (E.). Rondonia. Archivos do Museo Nacional. Río de Janeiro, 1917.
- 179.–Roth (Walter Edmund). An Introductory Study of the Arts, Crafts and Customs of the Guiana Indians. 38th. Annual Report of the Bureau of American Ethnology. 1916-1917. Washington, 1924.
- 180.–Samanos (Juan de). Relación de los primeros descubrimientos de Francisco Pizarro y Diego de Almagro, sacada del código número CXX de la Biblioteca Imperial de Viena. Colección de documentos inéditos para la Historia de España. Tomo V. Madrid, 1844.
- 181.–Santesson (C.G.). An arrow poison with cardiac effect from the New Worlds. Comparative Ethnographical Studies; tomo IX. pp. 157-187. Göteborg, 1931.
- 182.–Sapper (Carl). Das Nördliche Mittel-America. Braunschweig, 1897.
- 183.–S. José (Joáo de). Jornada de Omagua y Dorado. Nueva Biblioteca de autores españoles; tomo XV. Historiadores primitivos de Indias; tomo II. Madrid, 1909.
- 184.–Sánchez Labrador (José). El Paraguay católico. Buenos Aires; 1910.
- 187.–Schmidt (Max). Verhältniss zwischen Form und Gebrauchszweck bei südamerikanischen Sachgütern, besonders den keulenförmigen Hausgeräten. Zeitschrift für Ethnologie; tomo 1. Berlín, 1918.
- 188.–Schmidt (P. Wilhelm). Kulturkreise und Kulturschichten in Südamerika. Zeitschrift für Ethnologie; Ano 45; vol. VI. Pp. 1014-1124. Berlín. 1913.
- 189.–Seminario (Aug. Jiménez). Bemerkungen über den Stamm der Bora oder Meamuya am Putumayo, Amazonas. Zeitschrift für Ethnologie: tomo LV. Berlín, 1924.
- 190.–Simón (Fr. Padro). Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra firma en las Indias Occidentales. Edición hecha sobre la de Cuenca. Bogotá, 1882.
- 191.–Suarez de Souza (Gabriel). Tratado descriptivo do Brazil en 1587. "Revista do Instituto Histórico e Geográfico do Brazil". Vol. 14. Río de Janeiro, 1879.
- 192.–Starr (Frederick). Notes upon Ethnography of Southern México. Proceeding of the Davenport Academy of Sciences; vol. VIII-IX. Washington, 1900-1904.
- 193.–Steinen (Carl von den). Unter den Naturvölkern Zentral-Brasiliens. Berlín, 1894.
- 194.–Steinen (Carl von den). Durch Central Brasilien. Leipzig, 1885.
- 198.–Tessmann (Günther). Die Indianer. Nordost-Perus. Hamburg, 1930.
- 199.–Therese (Princesa de Baviera). Reisestudien aus dem westlichen Südamerika. Berlín, 1908.

- 200.–Thorell (G.) y Santesson (C. G.). Ein eigentümliches Pfeilgift aus Goajiro, Columbien, Südamerika. Ymer; Zeitschrift der Schwedischen Gesellschaft für Anthropologie und Geographie. Año 1924. Parte II. pp. 192-199. Stockholm, 1924.
- 201.–Uhle (Max). Los principios de la Civilización en la sierra peruana. “Boletín de la Academia Nacional de Historia”. Vol. I, No. 1, Quito, 1920.
- 202.–Uhle (Max). Kultur und Industrie südamerikanischer Völker. Berlín, 1889-1890.
- 203.–Uribe Angel (Manuel). Geografía general y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia. Imprenta de Víctor Goupy y Jourdan. París, 1885.
- 204.–Wagley (Charles). Xamanismo Tapirapé. “Boletín do Museu Nacional”; nova serie; Antropologia, No. 3 sept. 1943. Río de Janeiro, 1943.
- 210.–Whiffen (Thomas). The Nord-West Amazon. London, 1915.
- 211.–Wied-Neuwied (Maximilian) Reise nach Brasilien in den Jahren. 1815-bis. 1817. Francfort, 1820-1821.



Fig. 2



Fig. 10



Fig. 13



Fig. 5

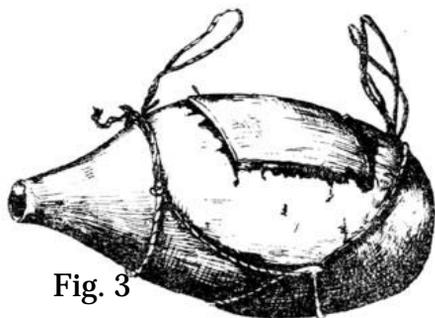


Fig. 3

Figura. 2- Granero en estacas- Fig. 3.- Colmenar. Fig. 5.- Gancho para colgar.
Fig.10.- Tridente. Fig. 13.- Bastón de mando.



Figura 4.- RECIPIENTES Y UTENSILIOS.- a, taburete; b, c, d, g, recipientes vegetales; e, achiotero; f, meneador; h, i, j, recipientes con marcas de propiedad; k, l, m, tipos de cerámica.

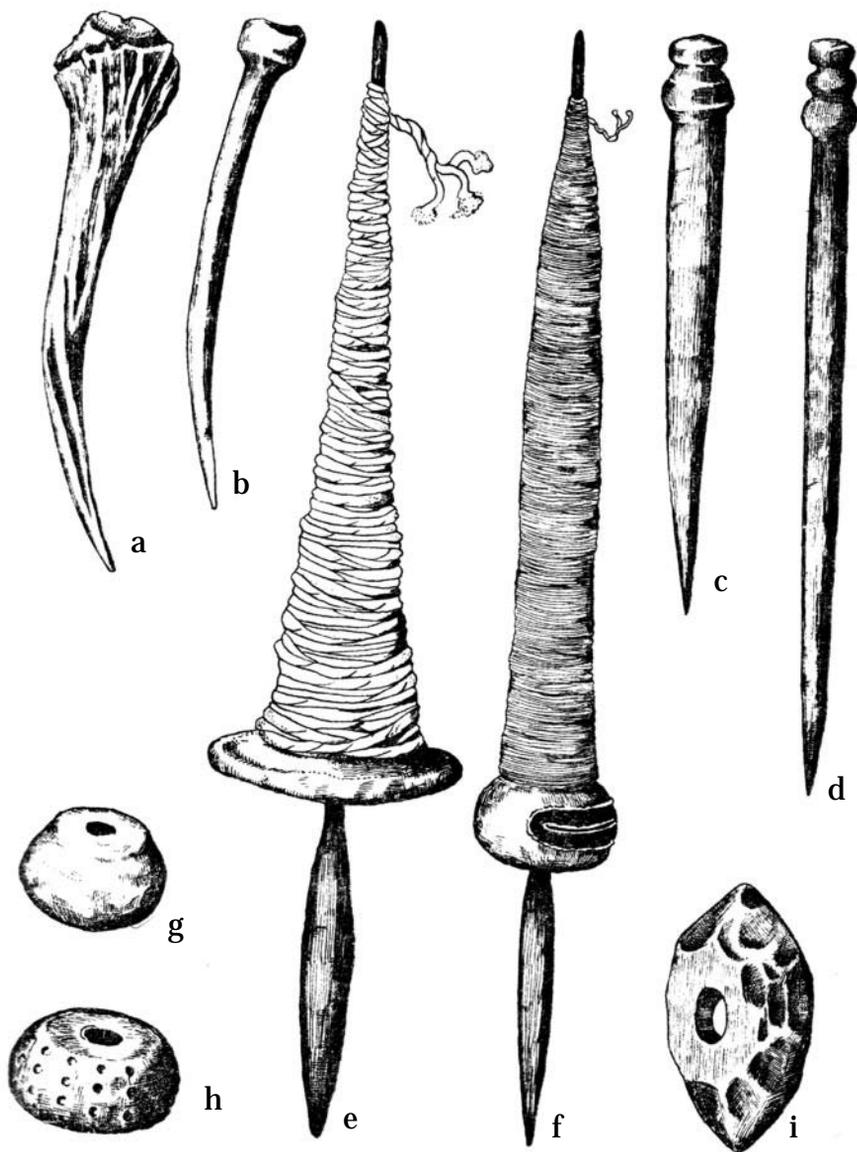


Figura 6.- UTENSILIOS DE HILANDERIA- a, b, agujas de hueso; c, d, agujas de manera; e, f, husos con hilo de algodón; g, h, torteros de barro cocido; i, tortero de madera.

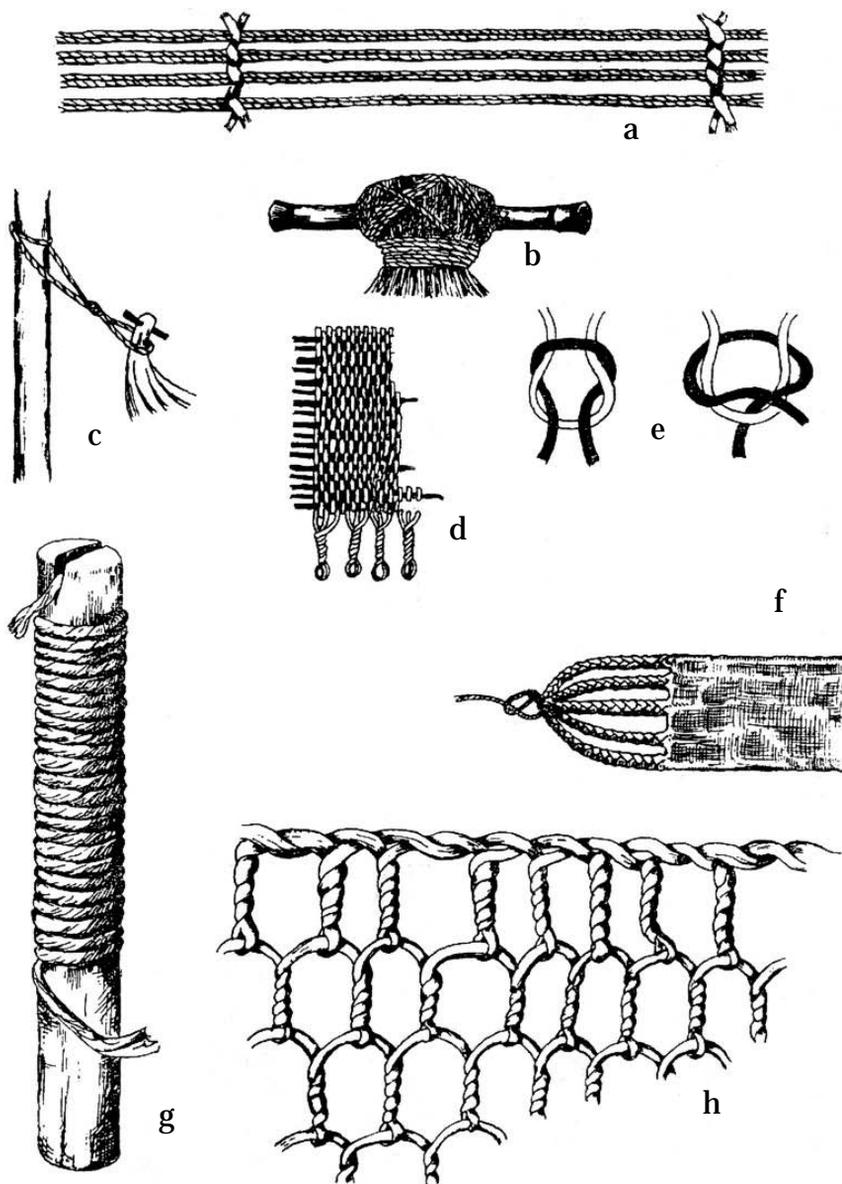


Figura 7. —TECNOLOGÍA. —a, técnica de tejido de hamaca; b, cabecera de hamaca; c, manera de colgar la hamaca; d, técnica de telas; e, nudos; f, extremo de un cinturón tejido; g, fabricación de cuerdas de fibra; h, técnica de tejido de una red para carga.

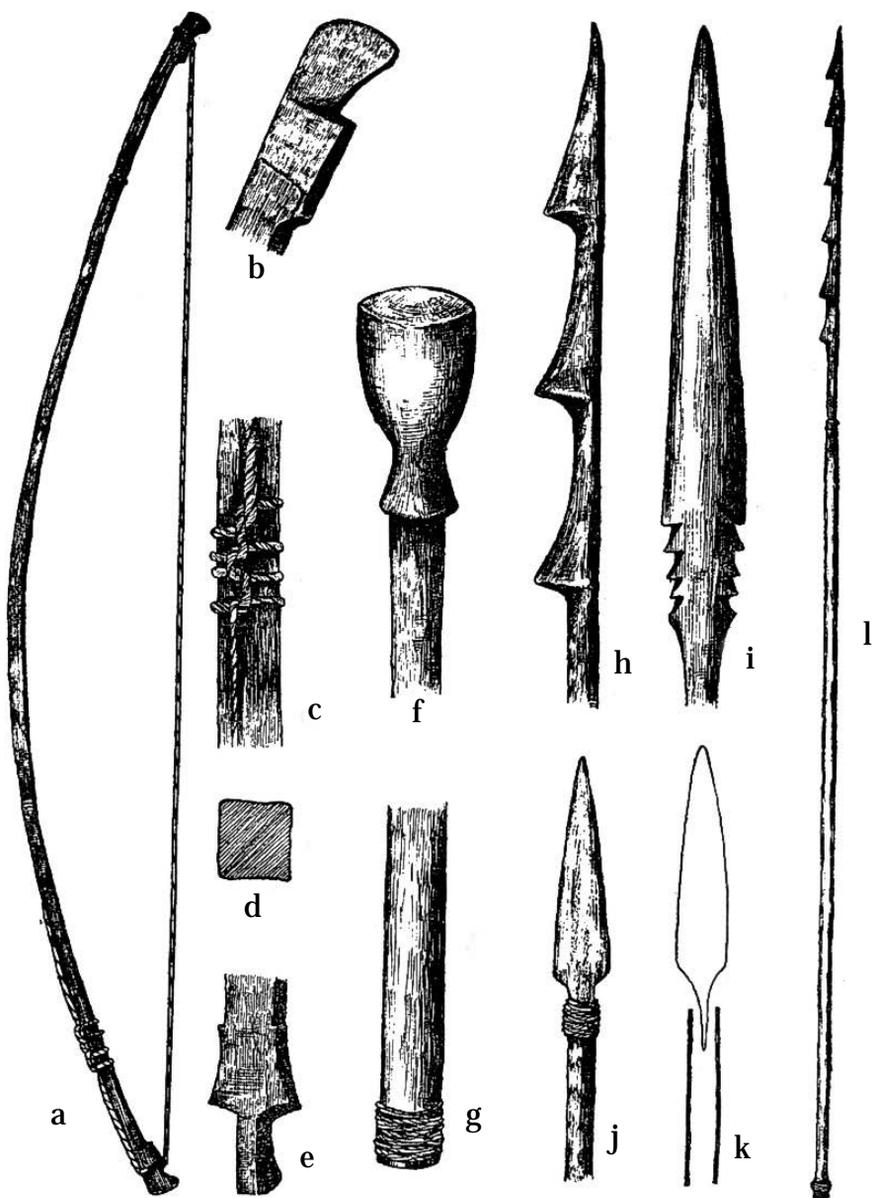


Figura 8. -ARMAS. - a, arco; b, c, d, e, detalles del arco; f, flecha de punta roma; g, extremo inferior de flecha; h, i, tipos de puntas de flecha de madera; j, k, manera de fijar la punta metálica de una flecha; l, flecha.

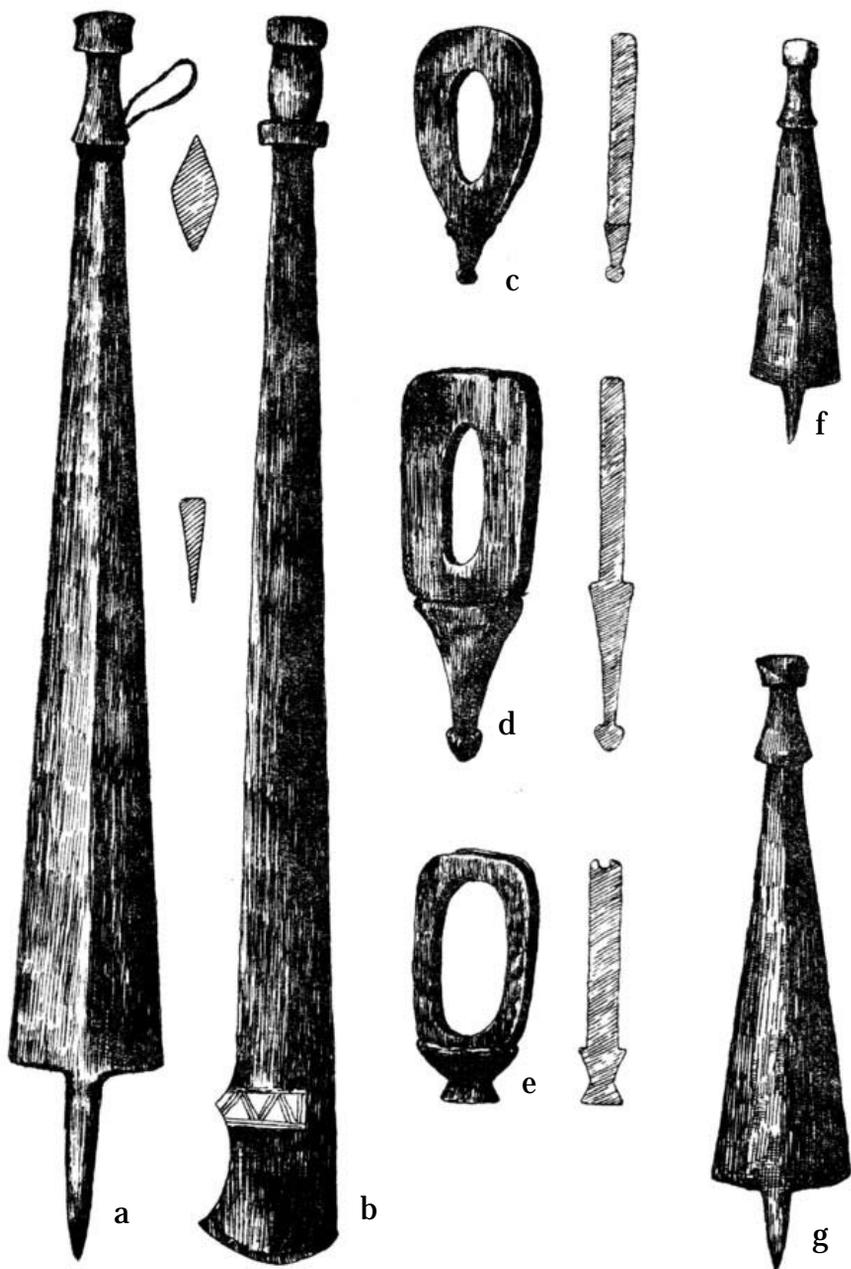


Figura 9.- ARMAS.- a, macana de guerra; b, macana ceremonial; c, d, e, tensores; f, g, macanas pequeñas.

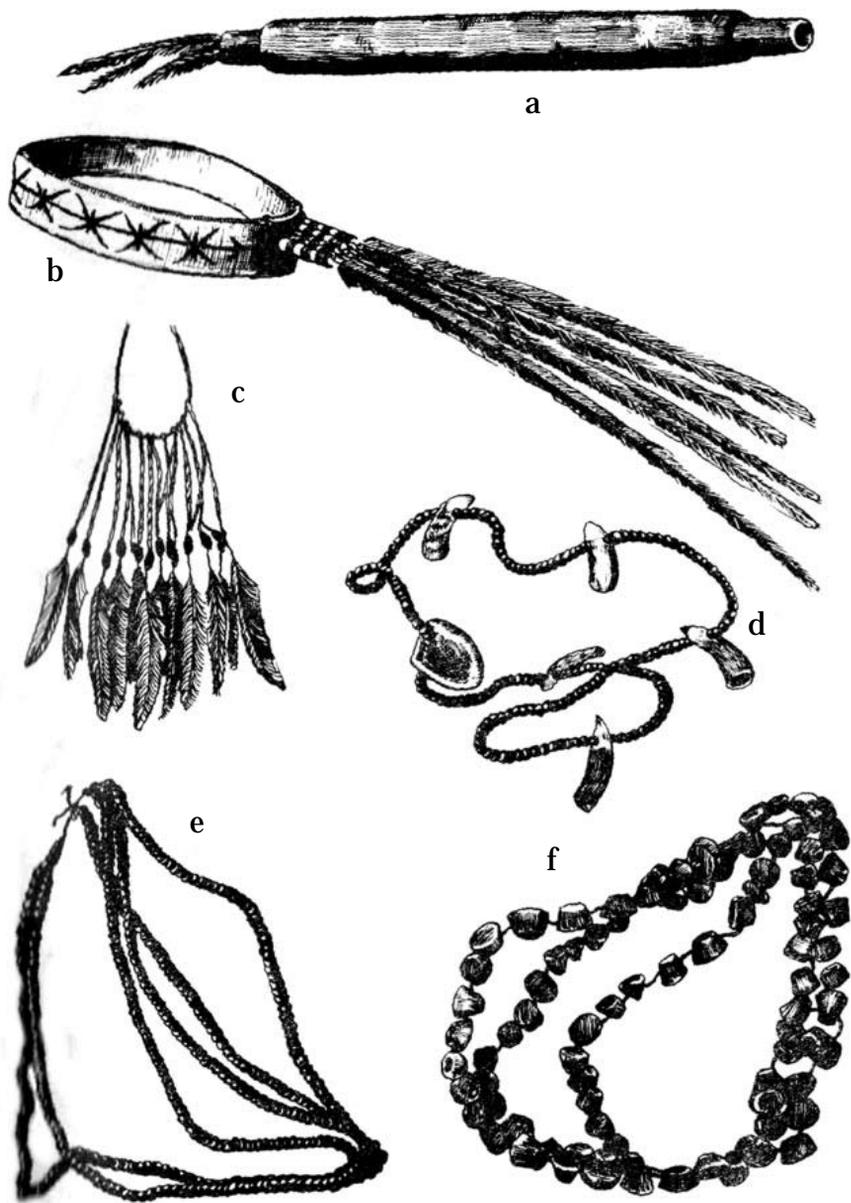


Figura 10.— ADORNOS.— a, estuche de madera para plumas; b, corona del cacique; c, penacho del arco el cacique; d, e, f, collares.

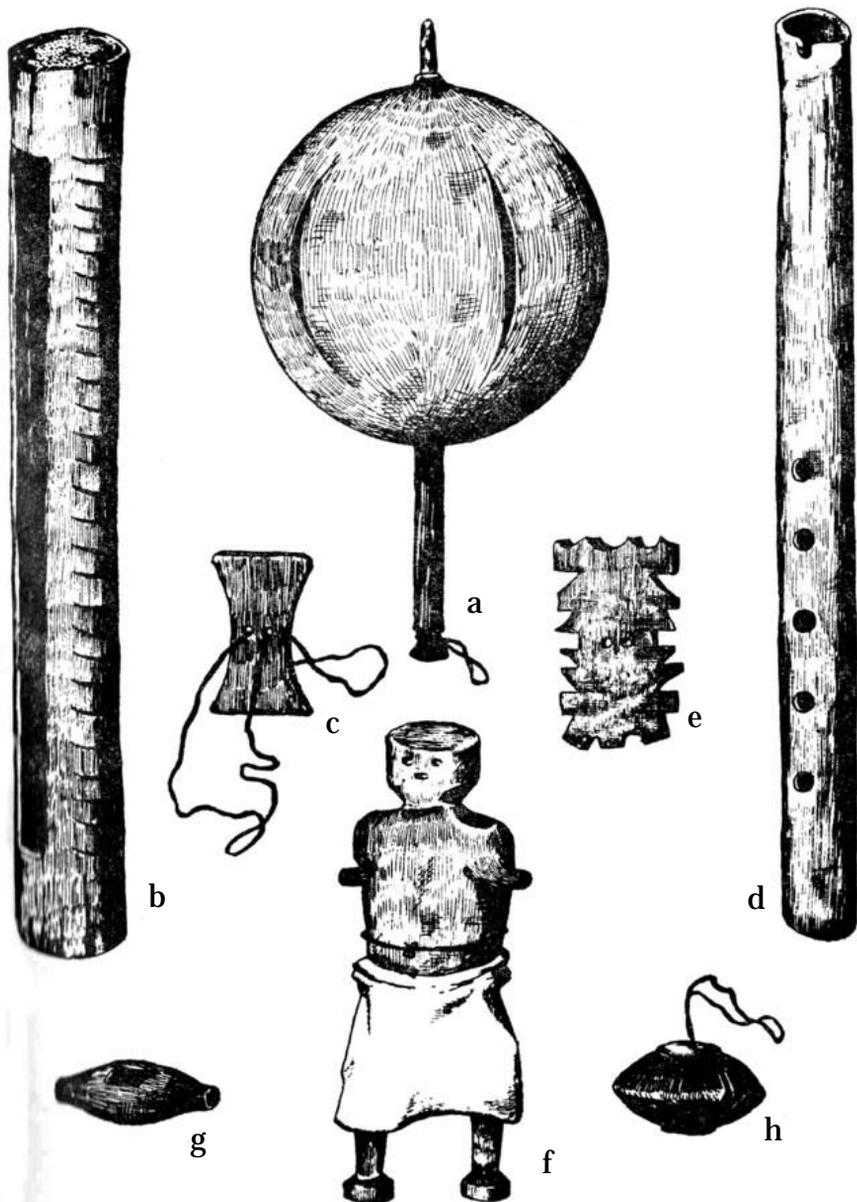


Figura 11.- INSTRUMENTOS MUSICALES Y JUGUETES.- a, maraca; b, carrasca; c, e, zumbador; d, flauta vertical; g, h, silbatos. f, muñeco.

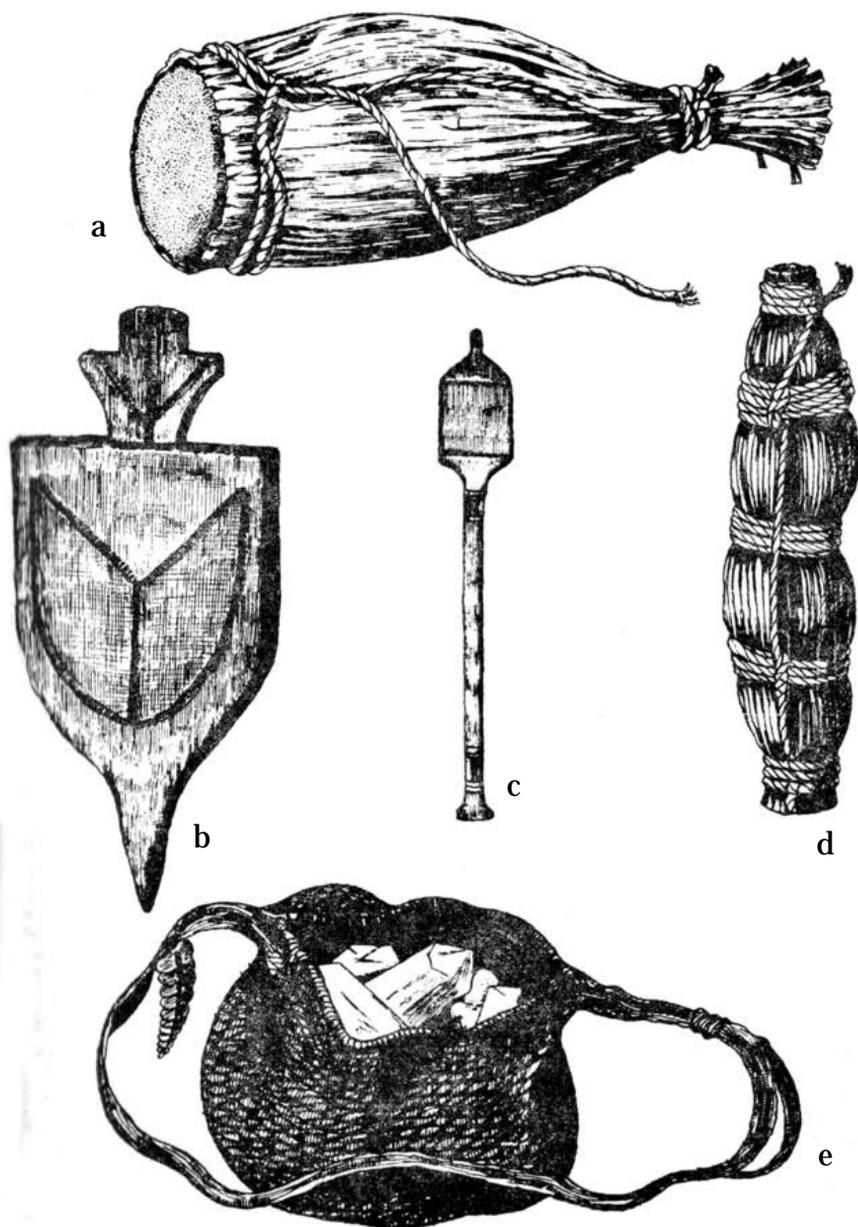
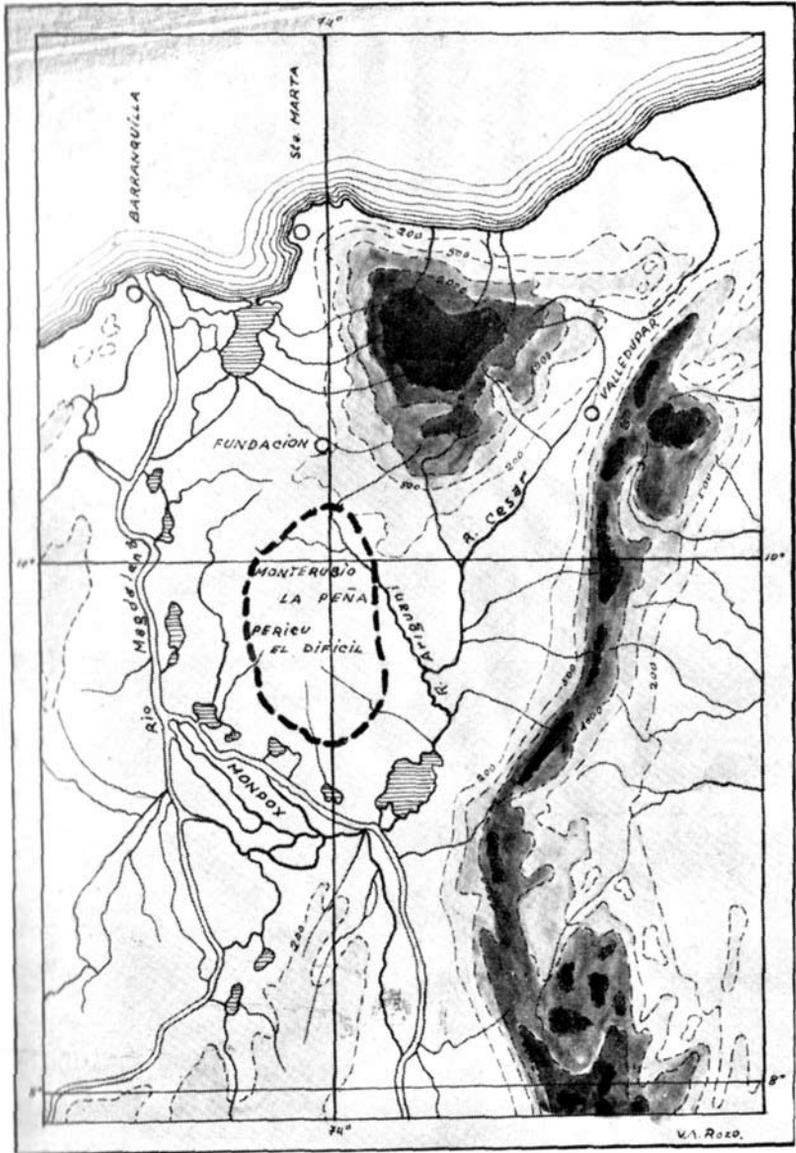


Figura 13.- a, achiote (*Bixa orellana*); b, objeto ritual mortuario; c, remo ritual mortuario; d, atado de veneno para flechas; e, mochila del shaman con cristales mágicos.



Cartograma que muestra la situación actual de los Chimila.

Volver al llamado



ALTO ARIGUANI.- Hombre con arco y flechas.



REGION DE PERICU.— Hombre con arco y flechas.

Volver al llamado



REGION DE PERICU.- Mujer con niño.

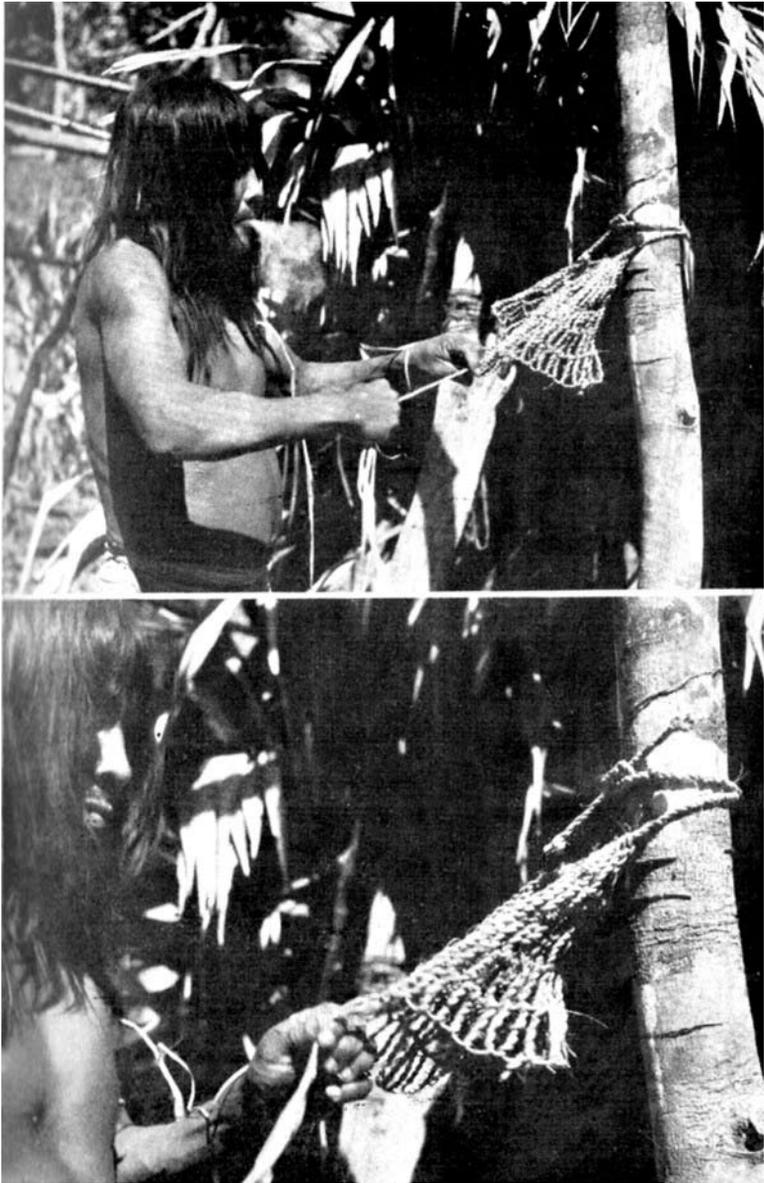


ALTO ARIGUANI.- Mujer shamán.



ALTO ARIGUANI.- Empleo del tensor.

Volver al llamado



ALTO ARIGUANI.- Hombre tejiendo una red para carga

Volver al llamado



ALTO ARIGUANI.- Ligaduras en la pierna de una mujer enferma de carate.



LAMINA XIII:— Alto Ariguani.— Empleo del tensor.



LAMINA II.
Región de Pericú.— Jefe local



LAMINA I.— Bajo Ariguani.
El Cacique Tangrútaya Mútsu.



LAMINA IX.— Región de Pericú.— Familia.



LAMINA XVII. Alto Ariguaní.—
Vivienda en el monte: niño dibujando.



LAMINA XI. Alto Ariguaní.—
Niño trepando en un árbol.



LAMINA X.
Región de Pericú – Niño



LAMINA VII.
Región de Pericú.— Mujer con niño.



LAMINA XV.- Alto Ariguani.- Hombre fabricando un abanico de plumas; mujer hilando algodón.



LAMINA XIV.- Mujer hilando algodón.



LAMINA III.- Región de Pericú.-
Hombre tocando flauta

CONTRIBUCION A LA ANTROPOLOGIA FISICA DE LOS CHIMILA

MILCIADES CHAVES CH.

En el mes de julio de 1944, el Instituto Etnológico Nacional, por decisión del profesor Paul Rivet, quien recibió noticia de la supervivencia de los Chimila en el Departamento del Magdalena, comisionó al señor Reichel y a quien esto escribe, para comprobar la noticia y realizar el estudio correspondiente. El señor Reichel estudió la lengua y la cultura, y yo realicé el estudio de antropología física.

El Departamento del Magdalena, en los estudios etnológicos de Colombia, reviste especial interés ya que en esta región de la costa atlántica se encuentran representantes de tres grandes familias lingüísticas con posibles agrupaciones raciales y de cultura material propia a cada una de ellas. La familia lingüística Chibcha está representada por los aruaco de la Sierra Nevada de Santa Marta; la familia Karib, por los Motilones de las sierras de Perijá y Motilones, y la familia Arawak representada por los Guajiro que habitan la península de la Guajira y posiblemente, según concepto del señor Reichel, por los Chimila, que son objeto de este estudio.

Localización de los Chimila.

Los Chimila debieron ser más numerosos, y su territorio más amplio que el actual, ya que esta tribu, lo mismo que la mayoría de las que poblaron el territorio colombiano, corrieron igual suerte; con la conquista y el trabajo forzado a que quiso someterlos el español, obligó a muchos de ellos a abandonar el primer sitio de residencia, migración que ha continuado en nuestro tiempo debido a la colonización blanca y

mestiza. Hoy no pasan de unos centenares dispersos en la llanura del Magdalena. Los pocos que visitamos, dan la impresión de haber permanecido puros en su raza aunque se note una fuerte influencia extraña en su lengua y cultura.

Los Chimila se localizan aproximadamente, medio grado al norte y sur del paralelo 10 l.n. del meridiano 74 l.w a unas ocho décimas de grado; entre el río Ariguaní por el E. y el arroyuelo Chimiquica por el occidente, las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta por el norte y la región pantanosa del río Magdalena por el sur.

Esta región forma parte de una gran depresión donde el río Magdalena forma pantanos y ciénagas, debido a la poca altura de ella, a lo que se suman las abundantes lluvias periódicas. Esta gran depresión resguardada de los vientos del Norte, es una selva húmeda, con alta temperatura (30 grados centígrados en promedio), que da un clima bochornoso en la mayor parte del año, lluviosidad abundante y vegetación frondosa. Debido a estas condiciones los terrenos son fértiles y los cultivos requieren poco cuidado para esperar la cosecha; el clima facilita el género de vida primitiva donde el abrigo es poco urgente y el aprovisionamiento para la alimentación es fácil.

Los cronistas mencionan la tribu Chimila; Fray Pedro de Aguado en su "Recopilación Historial", después de narrar cómo ocupamos la población de Sevilla, dice: "y de allí pasó al pueblo llamado Chimila, donde no hubo ninguna resistencia ni pendencia con los naturales; y después de haber el capitán Lerma descubierto la Provincia de los Caribes y la de gente blanca y río grande y parecerle que toda era gente pobre y de poco oro ni provecho y que de andar entre ellos no se podría adquirir sino la muerte de algunos soldados, dio la vuelta a Santa Marta, y este fue el primer descubrimiento Chimila y Gente Blanca y por tierra el río grande de la Magdalena" (1º. I. IX, 45).

Fray Pedro Simón al referirse a los mismos dice: "Sabido, pues el ejército de Santa Marta, comenzó a marchar la vuelta de la Provincia de Chimila, que está apartada de Santa Marta 40 leguas a las faldas de la Provincia de los Caribes. Es tierra algo falta de agua, pobladas de Gente Desnuda, corpulenta, belicosa y bien experta en manejar arco y flecha; usan de yerba brava en ellas como en las demás Provincias, sus vecinos es gente atraidorada, y que nunca pelea sino en emboscadas y muy a salvo y en prevenidas ocasiones de hacer asaltos, con las cuales ardiles han recibido siempre menos daños de los españoles las veces que se les ha hecho entradas, que los nuestros de ellos de donde

se ha sucedido que hoy están por conquistar, después de haberse intentado por muchas veces, en especial por don Lope de Orozco, que envió muy de propósito a poblar por el capitán Antonio Cordero, muy después de esto. Apenas hubo entrado el ejercito en esta provincia, cuando por ser poca la comida que llevaban, comenzaron a sentir su falta, para cuyo reparo los capitanes Maldonado y Gonzalo Suárez Lebrija, con la gente que se le señaló, salieron a correr la comarca y buscar comida, de que juntaron muy buena copia, y con indios que cogieron, la trajeron al ejército donde se repartió por el general con alguna carne de venados que se habían cazado, con los caballos y perros, de que se sustentaron los soldados algunos días, y sucedió allí que luego al primero que llegaron los Capitanes de la salida, llegó una india a ellos, despavorida, suelto el cabello y haciendo mil extremos con lágrimas y acciones y yéndose derecha a uno de los muchachos que habían traído cautivo, se abrazó al él, y con tiernísimas lágrimas le dijo que pues él, siendo su hijo, iba cautivo, que también ella lo quería ser en su compañía, cuyo efecto y lágrimas ablandaron tanto el pecho del General, que no sólo le dio a su hijo, sino a todos los indios que se habían traído presos, reservando sólo a un viejo que los guiase por aquella provincia, por lo cual le fue forzoso caminar a paso largo por la entrada del invierno con que iba ya llenando ya el río grande de las ciénagas de sus lados, y así arrimaron a la Provincia de los Caribes, por ser tierra más alta, con que se dejó de rodearse algo para llegarse al Río Grande y dificultarse más el camino, pues, para hacer lo que se pudiera pasar se fue rompiendo de nuevo y abriéndolo entre arcabucos por ásperas sierras y montañas; a mayor estorbo se añadió un caudaloso río llamado Argón, que está al remate de la Provincia de Achimila, al cual después de habersele tomado bado y no haberlo hallado, por sus muchas crecientes, fue necesario pasar por cabuyas o zogas que se hicieron de las hamacas y otros cordeles que algunos llevaban, no muy apropósito todo para aquello...” (13-XVIII-60-61).

Todas estas noticias prueban que la región ocupada por los Chimila comprendía la llanura del Magdalena entre el río de este nombre y el Ariguaní, como también que se trataba de un grupo numeroso.

Condiciones actuales.

Visitamos tres grupos de familias, cada uno de ellos con un género de vida diferente, unos y otros apenas tienen noticia de su existencia y recuerdan cuando peleaban entre sí para robarse sus mujeres.

Encontramos dos familias en la cabecera izquierda del río Ariguání, al NW. de la población de Caracolicito a unos 15 kilómetros de la carretera Fundación-Valle-Dupar. Doce personas, entre niños y adultos, en dos casas; en una, un hombre con sus dos mujeres y cuatro niños. Y en la otra, marido, mujer, dos niños y la mamá del marido. La primera casa no era más que un cobertizo con hojas de palma en forma más o menos redonda donde no había paredes ni techo propiamente dicho. La habitación de la otra familia, la formaban tres pequeñas ramadas hechas de hoja de palma para defenderse del sol y la lluvia; al lado de éstas, había un cobertizo herméticamente cerrado, que servía de casa-mosquitero.

Estos indios van de un lugar a otro, bien porque los colonos les estorban su vida, bien para buscar mejor sitio. La base de su alimentación la constituyen el maíz, la yuca y algo de caza y recolección; los hombres trabajan como jornaleros en las fincas vecinas, y con su salario contribuyen a la subsistencia; las mujeres les ayudan en la agricultura y la recolección; en sus casas hilan algodón con el que tejen mantas para ellas, sus maridos e hijos. En este lugar se recogieron seis fichas antropométricas de dos hombres y cuatro mujeres.

En la vereda Cacahuero, situada entre las poblaciones de Monteb Rubio y San Angel, existe otro grupo de familias Chimilas, que suma aproximadamente un centenar de individuos, todos bajo la dirección de un jefe de nombre Moisés. No nos fue posible obtener la medida de todos y solamente se obtuvieron cinco fichas de hombres y tres de mujeres. Las habitaciones son simples cobertizos, mientras que en otros son casas construidas al estilo de la de los colonos de la región; todos se encuentran en continuo contacto con los campesinos, de manera que el mestizaje se acentúa día a día; la alimentación es más variada y su principal fuente de aprovisionamiento la constituye la agricultura.

El tercer grupo de familias se encuentra al S.W. de la población de "El Difícil", a una distancia de unos 20 kilómetros; encontramos una casa donde habitan 12 personas; tres hombres, cuatro mujeres y cinco niños. La casa de habitación es amplia y construida con todas las comodidades que tienen las de los colonos; cada persona tiene una hamaca donde duerme y descansa. Los cultivos de maíz, yuca y plátano son la principal fuente de abastecimiento; la caza, realizada por los hombres, es abundante, de manera que la alimentación es suficiente y variada.

Caracteres descriptivos.

Las observaciones de Antropología Física en los Chimila se hicieron sobre un total de veintidós personas adultas, doce hombres y diez mujeres, comprendidos entre los veinte y sesenta años. Entre los indígenas visitados no encontramos casos que presentaran gigantismo o enanismo, la constitución es normal, no encontrándose deformaciones especiales.

Coloración.

En nuestras observaciones utilizamos la tabla de Schultz con el siguiente resultado:

<i>Nº. de color en la tabla</i>	<i>Nº. de casos observados</i>
<i>Cromática</i>	
13.....	3
14.....	3
15.....	2
18.....	1
19.....	12
20.....	1

Como se ve, el mayor porcentaje se agrupa alrededor del tono N°. 19 que tiene el 54,54%. Luego siguen en importancia los números 13 y 14 con el 14% cada uno. De manera que la coloración pigmentaria de los Chimila podemos clasificarla entre los de piel carmelita oscuro.

Forma y color de los cabellos.

Aplicando la tabla de Schultz se obtuvo el siguiente resultado:

<i>Nº. de la tabla</i>	<i>Nº. de casos</i>
8.....	1
9.....	4
10.....	17

El cuadro anterior demuestra que el color predominante es el señalado con el No. 10, que corresponde al más oscuro, anotándose un

porcentaje de 74,70%. Esto permite afirmar que la forma predominante es liso y su color negro.

La mayoría de los Chimila presentan escasa pilosidad facial y el cuerpo carece de vello; los hombres acostumbran llevar el cabello recortado; sólo se observaron tres con cabellera larga, como lo usan todas las mujeres.

Color y forma de los ojos.

Según la tabla de Schultz, tenemos:

<i>Nº. de la tabla</i>	<i>Nº. de casos</i>
13.....	1
14.....	5
15.....	13
16.....	3

Como se ve el color predominante de los ojos se agrupa alrededor del tono número 15, con trece casos observados y un porcentaje de 59%.

En los ojos también se nota la forma que da la hendidura parpapebral, ya sea que presente la forma horizontal u oblicua, en que presenta un repliegue que recubre la caúncula lacrimonal, siendo el ángulo externo del ojo más alto que el ángulo interno. En nuestras observaciones, encontramos 19 casos de ojo mongoloide y 4 de pliegue recto, de manera que el ojo mongoloide alcanza un porcentaje del 87,25% y el ojo recto 22,75%.

Forma de las orejas.

En nuestras observaciones obtuvimos el siguiente resultado: 15 casos de lóbulo adherente, que arrojan un porcentaje de 68%, y 7 casos de lóbulo desprendido, con un porcentaje del 32%.

Boca y labios.

En los 22 casos examinados la conformación de la boca resulto bien proporcionada, los labios no se presentaron ni demasiado gruesos ni demasiado finos; 16 casos fueron clasificados como de tipo medio, que abarca un porcentaje de 71,81% y sólo seis como de boca grande y un solo caso presentó labios gruesos.

Resumiendo, diremos que el tipo Chimila presenta la piel de color carmelita oscuro y cabellos lisos, lacios, bien negros; ojos pardos oscuros que acusan una forma mongoloide; boca y labios bien proporcionados y el lóbulo de la oreja adherente.

CUADRO SINTÉTICO – CARACTERES DESCRIPTIVOS

NOMBRES	Color Cutis	Color Cabello	Forma cabello	Forma boca	Forma Ojos	Color Ojos	Forma Lóbulo
Sabilita	20	10	liso	mediana	oblicuos	15	desprendido
Tifía	19	10	liso	mediana	oblicuos	15	adherente
Manuela Ríos	15	10	liso	mediana	oblicuos	15	adherente
Rosita Vega	13	8	liso	grande	oblicuos	15	desprendido
Elena Nuñez	13	10	liso	mediana	oblicuos	15	adherente
Mamerta Tórriz	14	10	liso	mediana	oblicuos	14	adherente
Matilde Chaves	14	9	liso	mediana	oblicuos	14	adherente
Francisca Martínez	19	10	liso	mediana	oblicuos	15	adherente
María Ríos	19	10	liso	grande	oblicuos	15	adherente
María Peñaranda	19	10	liso	grande	oblicuos	14	adherente
José García	15	10	liso	mediana	oblicuos	16	adherente
Eugenio Baena	14	10	liso	mediana	rectos	16	desprendido
Manuel Chaves	19	10	liso	mediana	rectos	14	adherente
Héctor Gamarra	13	10	liso	mediana	oblicuos	15	desprendido
Gilberto Granados	19	10	liso	grande	oblicuos	15	adherente
Carlos Germán	19	16	liso	grande	oblicuos	16	adherente
Bernardo López	19	9	liso	mediana	oblicuos	13	adherente
José Martínez	18	9	liso	mediana	oblicuos	15	adherente
Bernabé Cortina	19	10	ensort.	mediana	oblicuos	15	desprendido
Aquileo Fornacelli	19	10	liso	mediana	oblicuos	15	adherente
Adolfo Granados	19	10	ensort.	grande	oblicuos	15	desprendido
Juanito Gamarra	19	10	liso	mediana	rectos	14	desprendido

Caracteres antropológicos mensurables

Los instrumentos utilizados en el presente estudio fueron: la toesa de Martín, compás de espesor, compás de puntas y una cinta de tela métrica. Todos los datos fueron tomados en milímetros.

INDICES.- a) Índice cefálico horizontal

El resultado obtenido fue el siguiente:

<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
79,89	80,57
81,21	80,81
82,44	82,08
83,42	82,95
83,89	83,51
84,06	83,93
84,09	84,53
84,15	84,53
85,24	84,88
85,39	85,39
85,71	_____
88,83	_____

INDICE CEFALICO HORIZONTAL

	EXTREMOS				Dolicocéfalos menor de 76,0		Mesocéfalos 76.0-80.9		Braquicéfalos 81.0 y más	
	Media	Máxima	Mínima	Variación	No. de casos	%	No. de casos	%	No. de casos	%
Hombres	84.03	88.83	79.89	8.94			1	4.5	11	50
Mujeres	84.42	85.54	80.57	4.97			3	13,6	7	31,7
								18.1		81.7

El cuadro anterior demuestra que la media acusa braquicefalia tanto en los hombres como en las mujeres, siendo entre éstas la homogeneidad más fuerte que entre los primeros. También se nota la ausencia de tipos dolicocéfalos y los cuatro casos de mesocefalia están ubicados en el límite de la braquicefalia. Todo esto viene a demostrar que el grupo Chimila examinado acusa una braquicefalia predominante.

b) *Índice cefálico vértico-transversal*

En los casos analizados los resultados anotaron esta distribución:

<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
72,95	72,60
75,80	79,58
79,74	81,04
80,00	81,58
81,46	82,43
81,81	85,58
83,33	87,05
86,70	89,72
87,07	91,49
102,07	_____
103,33	_____

INDICE CEFALICO VERTICO-TRANSVERSAL

	EXTREMOS				Tapeinocéfalos menor de 91,9		Metriocéfalos 92,0-97,9		Acrocéfalos 98,0 y más	
	Media	Máxima	Mínima	Variación	No. de casos	%	No. de casos	%	No. de casos	%
Hombres	85,04	103,33	72,95	30,38	10	45,45			2	9,00
Mujeres	83,04	91,49	72,60	18,88	10	45,45				
				TOTAL	-----	90,90	-----	-----	-----	9,00

El cuadro anterior demuestra la predominancia de los tipos tapeinocéfalos –91% – tanto entre los hombres como en las mujeres.

c) *Índice facial total*

La distribución de los casos examinados fue la siguiente:

<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
69,81	75,55
86,30	87,05
87,32	87,21
87,50	87,78
88,73	88,89
93,15	_____
95,77	_____
95,80	_____
98,52	_____

Este índice permite agrupar los tipos humanos en euriprosopos cuando el índice es menor de 83,9, en mesoprosopos cuando el índice se encuentra ubicado entre 84,00 a 87,99 y leptoprosopos cuando el índice es superior a 88,00.

INDICE FACIAL TOTAL

	E X T R E M O S				Euriprosopos menor de 83,9		Mesoprosopos 84,0-87,99		Leptoprosopos 88,00 y más	
	Media	Máxima	Mínima	Variación	No. de casos	%	No. de casos	%	No. de casos	%
Hombres	89,21	98,52	69,81	28,71	1	6,66	3	20	5	33,1
Mujeres	85,84	88,89	75,55	13,34	1	6,66	3	20	2	13,33

El escaso número de observaciones anota una repartición regular que no da una idea global de la forma de la cara de los Chimila

d).- *Índice Fronto-parietal.*

La distribución anotada fue la siguiente:

Hombres

66,88
67,55
67,97
68,15
69,87
70,32
70,44
70,75
72,18
74,83
77,63
83,78

Mujeres

67,56
69,73
70,42
71,63
71,92
73,02
73,20
73,29
75,88
80,16

Estas cifras demuestran la ausencia de los tipos stenometros, mientras la mayor frecuencia se acumula en los aurimetros.

INDICE FRONTO-PARIETAL

	EXTREMOS				stenometros Menor de 65,9		Metropos 66,0-68,9		Eurimetropos 69,00 y más	
	Media	Máxima	Mínima	Variación	No. de casos	%	No. de casos	%	No. de casos	%
Hombres	71,69	83,78	66,88	16,9			4	18,18	8	36,36
Mujeres	72,68	80,16	67,56	12,60			1	4,5	9	40,90
								22,68		77,26

El cuadro anterior muestra la predominancia de los tipos eurimetropos con un porcentaje de 77,26, mientras que los tipos metropos apenas alcanzan a 22,68. Nótese la ausencia de tipos stenometros.

e). – *Índice cefálico-vertico-longitudinal.*

La distribución fue la siguiente:

Hombres

64,80
65,03
65,95
67,03
67,96
68,85
70,72
71,04
72,78
73,60
86,36

Mujeres

61,63
65,32
68,51
69,64
69,66
70,35
70,52
71,43
73,71
89,73

INDICE VERTICO-LONGITUDINAL

	EXTREMOS				Platicéfalos menor de 57,9		Ortocéfalos 58,0-62,9		Hypsicéfalos 63,0 y más	
	Media	Máxima	Mínima	Variación	No. de casos	%	No. de casos	%	No. de casos	%
Hombres	70,37	86,36	64,80	21,56					11	52,38
Mujeres	71,05	89,73	61,63	28,10			1	4,7	9	42,85
								4,7		95,23

El cuadro anterior demuestra que hay una predominancia de los hipsicéfalos, encontrándose un solo caso de ortocefalia.

La distribución fue la siguiente:

f) *Índice nasal:*

<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
53,33	55,74
60,00	55,74
60,70	55,74
63,33	60,01
64,52	62,74
65,45	64,70
66,13	65,45
66,67	72,55
66,67	79,54
69,81	79,54
72,22	—
77,36	—

INDICE NASAL

	EXTREMOS				Leptorrinos 55,9 – 69,99		Mesorrinos 70,00–84,99		Platirrinos 85,00 – 99,99	
	Media	Máxima	Míni- ma	Vari- ción	No. de casos	%	No. de casos	%	No. de casos	%
Hombres	65,51	77,36	53,33	24,03	10	45,45	2	9,0		
Mujeres	65,17	79,54	55,74	23,80	7	31,81	3	13,63		
						77,26		22,63		

Puede verse en este cuadro una predominancia del tipo leptorrino, con 77,26 por ciento. Hay que anotar que un caso de hiperleptorrinia fue asimilado a leptorrino; el porcentaje de mesorrinia apenas llega a un 22,63% y se nota la ausencia de platirrinia.

g) *Índice auricular*

La distribución anotada fue:

<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
40,91	33,90
46,97	45,90
47,62	46,29
49,18	46,65
50,00	49,18
50,00	49,18
50,00	50,00
50,79	50,00
53,57	51,66
54,10	54,84
55,17	—
65,41	—

INDICE AURICULAR

	E X T R E M O S			
	Media	Máxima	Mínima	Variación
Hombres	50,39	56,41	40,91	15,50
Mujeres	47,76	54,90	33,90	20,94

h) Índice Braza

La distribución entre los Chimila fue:

<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
99,64	100,35
100,77	101,08
102,71	102,19
103,80	103,92
105,67	104,95
107,64	105,93
107,76	106,14
108,69	107,24
108,95	107,38
109,11	107,69
109,92	—
109,94	—

INDICE BRAZA

	EXTREMOS			
	Media	Máxima	Mínima	Variación
Hombres	106,21	109,94	99,64	10,30
Mujeres	104,68	107,60	100,35	7,34

i) Índice estatura esencial.

La distribución anotada fue la siguiente:

<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
47,75	46,68
48,38	48,74
48,79	48,93
49,25	49,13
49,31	49,32
49,48	49,36
49,68	51,06
50,35	51,71
50,81	52,25
51,26	—
51,55	—
52,62	—

INDICE DE LA ESTATURA ESENCIAL

	EXTREMOS				Macrosquelos menor de 50,99		Meatisquelos 51,00-52,99		Braquisquelos 53,00 y más	
	Media	Máxima	Mínima	Variación	No. de casos	%	No. de casos	%	No. de casos	%
Hombres	49,93	52,62	47,75	4,97	9	40,95	3	14,28		
Mujeres	49,75	52,95	46,68	6,27	6	28,57	3	14,28		
						69,52		28,56		

Puede verse la predominancia de los macrosquelos con un porcentaje de 69,52; los tipos mesatisquelos con 28,56 y la ausencia de los braquisquelos.

j) Talla o estatura total.

La estatura en los casos examinados dio el siguiente resultado:

Hombres

Mts.

1,542

1,548

1,558

1,580

1,584

1,589

1,592

1,604

1,610

1,623

1,623

1,660

Mujeres

Mts.

1,392

1,377

1,402

1,432

1,435

1,436

1,456

1,459

1,491

1,501

—

—

ESTATURA TOTAL

	EXTREMOS				T. Pequeña		T. Media		T. Grande	
	Media	Máxima	Mínima	Variación	No. de casos	%	No. de casos	%	No. de casos	%
Hombres	1,591	1,660	1,542	118	7	31,81	5	22,70		
Mujeres	1,438	1,501	1,392	109	8	36,36	2	9,00		
						68,17		31,70		

Estos datos muestran que las estaturas tienden a agruparse en la pequeña, con un porcentaje de 68,17, mientras que las de talla media apenas llegan al 31,70%. Además se presentan dos casos de mujeres de estatura muy pequeña, que, para facilidad del cálculo, fueron asimiladas a las de talla pequeña.

k) *Capacidad de la cabeza.*

En los casos observados obtuvimos el siguiente resultado:

<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
<i>cc</i>	<i>cc</i>
1.285,823	1.032,530
1.314,327	1.071,458
1.317,608	1.071,884
1.358,250	1.192,013
1.362,300	1.212,804
1.368,482	1.270,920
1.376,619	1.275,400
1.400,672	1.286,459
1.480,132	1.297,728
1.512,334	1.354,284
1.591,084	_____
1.936,245	_____

El número reducido de observaciones, no permite sacar una conclusión general.

CAPACIDAD DE LA CABEZA EN CENTIMETROS CUBICOS

	EXTREMOS				Oligocéfalos		Enencéfalos		Aristoncéfalos	
	Mínima	Máxima	Media	Variación	No. de casos	%	No. de casos	%	No. de casos	%
Hom- bres	1.285,823	1.936,245	1.441,988	650,422	1	4,50	7	31,81	4	18,18
Mujeres	1.032,530	1.354,284	1.206,548	321,934	3	13,63	6	27,27	1	4,50
						18,13		59,08		22,68

El mayor porcentaje se agrupa en los tipos enencéfalos.

l) Prognatismo.

En los pocos casos que nos fue posible establecer esta medida dio la siguiente distribución

59° 34´
65° 27´
65° 27´
65° 27´
66° 01´
68° 31´
68° 46´
69° 01´
69° 29´
69° 33´
70° 34´
71° 34´

Como se ve, casi el ciento por ciento de los casos examinados se encuentra dentro de la clasificación de prognatos.

m) Índice de Brugsch.

Los resultados fueron los siguientes:

<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
51,77	50,03
52,41	52,26
53,49	55,32
53,60	55,67
55,60	55,96
56,42	56,41
56,53	56,64
56,99	57,69
57,12	58,49
57,36	59,36
57,45	—
60,87	—

INDICE DE BRUGSCH

	E X T R E M O S				Tórax estrecho menor de 59,99		Tórax medio 51,00-55,99		Tórax ancho 56,00 y más	
	Media	Máxima	Mínima	Varia- ción	No. de casos	%	No. de casos	%	No. de casos	%
Hombres	51,81	60,87	51,77	9,10			5	22,72	7	31,81
Mujeres	55,78	59,36	50,03	9,33			5	22,72	5	22,72
								45,44		54,53

Los Chimila son de tórax más bien ancho, notándose la ausencia del tórax estrecho.

n) Índice antibraquial.

La distribución anotada fue la siguiente:

<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
65,00	69,35
66,87	69,56
70,21	72,26
70,74	72,26
71,78	75,01
73,68	76,36
75,15	77,62
77,08	82,64
77,24	85,38
81,57	88,45
98,13	_____
102,47	_____

Se nota que la dispersión es bastante grande, de 32,47 en los hombres y 19,10 en las mujeres, con un promedio de 77,49 en los primeros y 76,88 en las segundas. Pero se advierte que sólo se presenta un caso en el que la longitud del antebrazo es mayor que la del brazo.

INDICE ANTI-BRAQUIAL

	E X T R E M O S			
	Media	Máxima	Mínima	Varia- ción
Hombres	77,49	102,47	65,00	32,47
Mujeres	76,88	88,45	69,35	19,10

ñ) *Índice tibio-femoral.*

En los casos examinados la dispersión fue la siguiente:

<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
79,00	87,53
85,10	88,17
89,00	88,80
89,16	92,89
90,49	99,17
93,45	101,73
94,67	105,47
95,67	119,68
104,46	121,03
105,79	121,12
107,06	-----
124,76	-----

INDICE TIBIO-FEMORAL

	EXTREMOS			
	Media	Máxima	Mínima	Variación
Hombres	96,55	124,76	79,00	45,76
Mujeres	102,55	121,12	87,53	33,59

Puede observarse la heterogeneidad en los casos examinados, que posiblemente obedece al poco número de observaciones, notándose mayor amplitud en los hombres que en las mujeres; en los primeros encontramos cuatro casos en que la pierna es mayor que el fémur y en las mujeres cinco casos con esta característica.

o) *Índice del pie.*

La dispersión anotada fue la siguiente:

<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
35,25	32,27
39,22	37,28
39,45	38,97
39,67	39,25
40,65	39,37
41,91	39,74
42,42	40,55
42,68	40,91
43,21	41,59
43,44	42,16
43,95	—
45,56	—

INDICE DEL PIE

	EXTREMOS			
	Media	Máxima	Mínima	Variación
Hombres	41,46	45,56	35,25	8,70
Mujeres	39,20	42,16	32,27	9,89

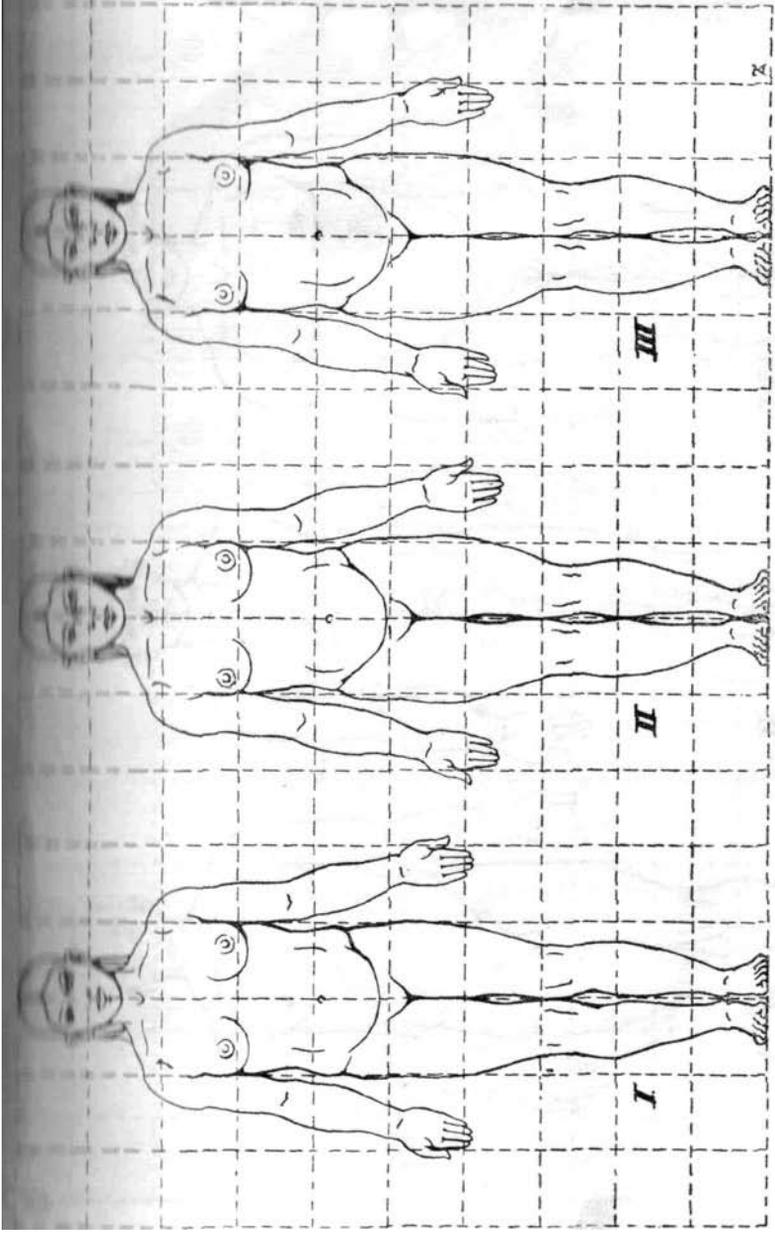
El pie, como puede verse, es bien proporcionado y en todos ellos se nota bastante homogeneidad.

Sintetizando el presente trabajo diremos: los Chimila son de estatura pequeña, con predominancia de los miembros inferiores sobre el tronco; de braza mayor que la estatura total; de tórax ancho, braquicéfalos, tapeinocéfalos, con prognatismo subnasal; de piel carmelita oscuro; cabellos lisos, lacios y negros; de ojos pardos oscuros que acusan una forma mongoloide; boca y labios bien proporcionados y lóbulos de la oreja adherente.

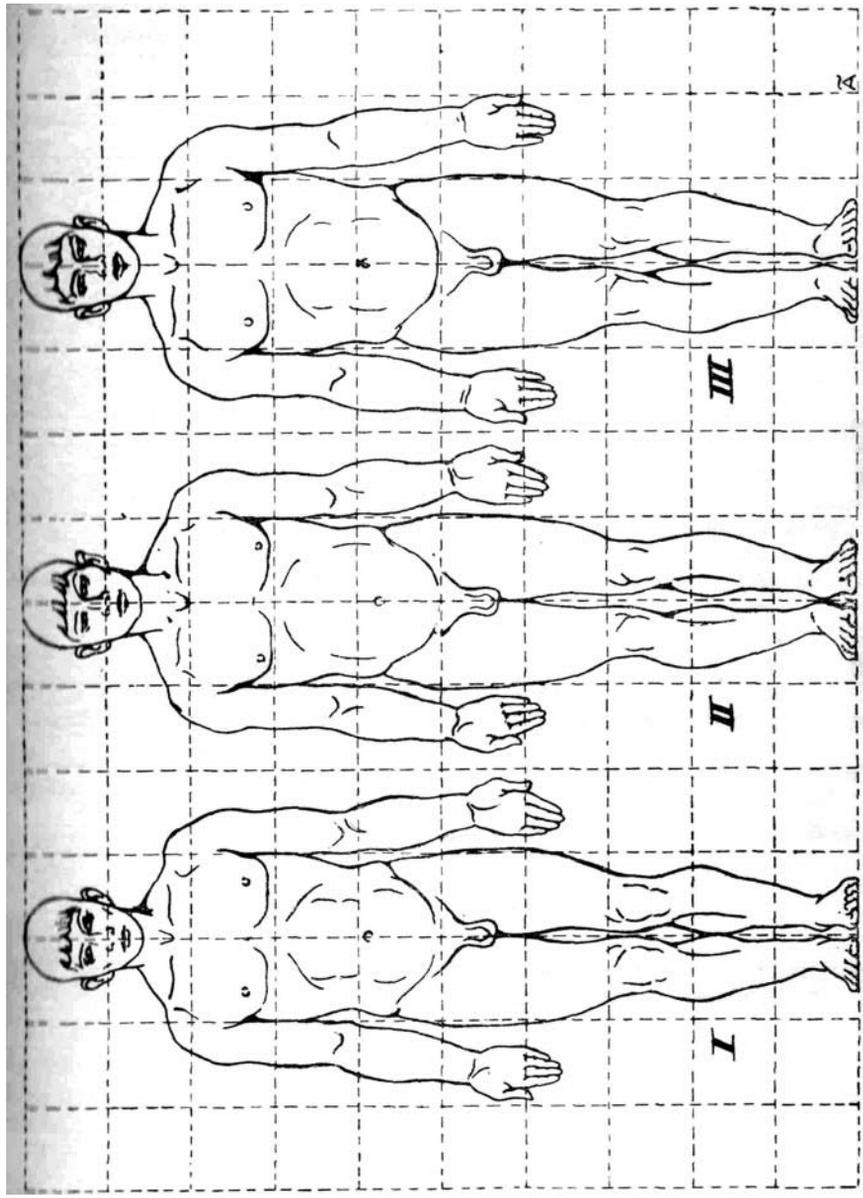
Para las comparaciones antropológicas con otros grupos indígenas de Colombia, esperamos publicar en el presente año trabajos similares sobre los Kuaiker, Chamí, Ingano, Siona, Kofán y Kogui, cuyos materiales están elaborados.

TANTO POR CIENTO DE LOS PUNTOS ANATOMICOS SOBRE LA TALLA

	HOMBRES			MUJERES		
	Talla Mínima	Talla Máxima	Prome- dio	Talla Mínima	Talla Máxima	Prome- dio
Altura total	154,20	166,00	159,27	137,70	150,10	143,81
Altura auricular	92,02	92,63	91,63	91,21	91,73	91,53
Altura esternal	82,42	79,64	81,52	82,42	81,21	81,78
Altura acromial	83,72	82,29	83,42	81,91	81,10	82,58
Altura mentón	85,40	85,90	85,00	85,14	85,87
Altura Telium	73,99	71,02	72,94	72,33	71,82	71,61
Altura radiale	61,67	62,47	62,97	62,53	61,69	63,03
Altura stylium	47,34	48,55	47,44	46,12	47,63	46,87
Altura falange	41,18	44,34	42,15	44,66	39,71	42,29
Altura Dactil.	35,14	36,93	35,99	39,36	35,44	36,74
Altura Onphal.	58,81	56,14	59,51	61,29	57,43	60,36
Altura Iliocrest.	59,85	57,05	59,16	56,50	57,89	59,60
Altura Trocanter	51,75	50,12	52,02	50,18	53,70	53,26
Altura Tibia	27,43	26,45	27,90	29,12	27,78	28,53
Altura Sphirium	4,40	3,80	3,84	3,63	4,93	4,04
Diámetro antero posterior	11,73	11,43	11,43	12,49	12,08	12,23
Diámetro transversal máximo	9,79	9,78	9,64	10,09	10,19	10,14
Diámetro biauricular	8,88	9,00	9,04	9,15	9,19	9,38
Diámetro frontal mínimo	6,61	7,10	6,95	7,33	7,46	7,56
Diámetro bicigomático	9,07	9,10	8,93	9,15	9,46	9,38
Diámetro bigoniaco	6,74	6,50	6,52	7,17	6,93	6,79
Diámetro biacromial	22,04	22,11	22,46	21,20	22,72	21,59
Diámetro Telium	13,22	12,77	13,00	13,72	16,99	15,42
Diámetro Tel.-Onph	16,27	14,28	14,90	13,50	15,92	14,01
Diámetro bilíaco	16,00	17,00	18,87	18,83	18,12	18,63
Diámetro Bitrocanter	18,47	19,47	20,47	19,54	19,25	19,54
Diámetro Ptern-Acrop.	15,04	14,82	15,41	14,81	15,59	15,40
Diámetro M. Fib. M. Tib.	5,90	6,33	6,40	9,39	6,19	6,32



I.- Relación centesimal de los puntos anatómicos respecto a la estatura total. Hombre de talla mínima. 137,70 ctns.
II.- Relación centesimal de los puntos anatómicos respecto a la estatura total. Mujer de talla máxima. 150,10 ctns.
III.- Relación centesimal de los puntos anatómicos respecto a la estatura total. Talla según la media aritmética de los casos examinados.



I.- Relación centesimal de los puntos anatómicos respecto a la estatura total. Hombre de talla mínima. 154,20 ctms.

II.- Relación centesimal de los puntos anatómicos respecto a la estatura total. Hombre de talla máxima. 166,00 ctms.

III.- Relación centesimal de los puntos anatómicos respecto a la estatura total. Talla según la media aritmética de los casos examinados.

BIBLIOGRAFIA

- 1º.- *Aguado*, Fray Pedro de.- Recopilación Historial.- Bogotá, Colombia. S. S. Imprenta Nacional, 1906.
- 2º.- *Andrés*, José M.- La Herencia en el Hombre.- Librería y Editorial El Ateneo. Florida. 340. Córdoba, 2099. Buenos Aires 1943.
- 3º.- *Benedict*, Ruth.- Raza, ciencia y política.- Fondo de Cultura Económica. Pánuco, 63. México 1944.
- 4º.- *Comas*, Juan.- Las Razas Humanas.- Secretaría de Educación Pública de México D.F. 1946.
- 5º.- *Dembo*, Adolfo y J. Imbeloni.- Deformaciones intencionales del cuerpo humano. José Anesi, San Juan 738. Buenos Aires 1938.
- 6º.- *Fischer*, E. - El Marxismo y el problema nacional y colonial. En Revista Dialéctica No. 2 pp. 114-141. La Habana.
- 7º.- *Haddon*, A.C.- Las razas humanas y su distribución.- Calpe, Madrid, 1924.
- 8º.- *Halloweel*, A. Irving.- The phisical characteristics of the indians of Labrador. En Journal de la Societé dés Americanistes de París, 1929; T. 21 pp. 337-371.
- 9º.- *Lester*, P. Y Millot J.- Las razas humanas.- Editorial América, México 1945.
- 10º.- *Leininger*, Hermann.- La herencia biológica.- Espasa Calpe, Buenos Aires 1939.
- 11º.- *Prenant*, Marcel.- Raza y racismo. Fondo de la Cultura Económica, México 1939.
- 12º.- *Schreider*, Eugenio.- Los tipos humanos.- Traducción y prólogo de Juan Comas. Fondo de la Cultura Económica, Pánuco, 534. México 1944.
- 13º.- *Simón*, Fray Pedro.- Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme, en las Indias Occidentales. Segunda Parte. Editorial Medardo Rivas, Bogotá, 1891.

NUEVOS PASOS EN ANTROPOLOGIA Y LAS CIENCIAS
SOCIALES

JOHN GILLIN

En Colombia se está despertando actualmente un creciente interés en el estudio del hombre como ser social, producto no solamente del patrimonio biológico sino también de una herencia cultural y tradicional. El Ministerio de Educación Nacional, la Universidad Nacional, el Instituto de Etnología, la Escuela Normal Superior –para no mencionar sino unas cuantas instituciones– están interesándose en proyectos relativos al establecimiento y organización de un Instituto de Investigaciones Sociales. El intercambio de estudiantes y profesores entre Colombia, Estados Unidos y Europa aumentan cada día, como también el número de los viajeros interesados primordialmente en los estudios sociales. En vista de tales acontecimientos, tal vez valga la pena presentar un esbozo o croquis bastante breve de algunos de los desenvolvimientos más recientes de la ciencia antropológica, así como de las disciplinas asociadas.

Una de las dificultades que nosotros los antropólogos encontramos en nuestras tentativas de divulgación de nuestra ciencia consiste en el hecho de que la antropología comprende un campo tan vasto que casi carece de límites definidos. Sin embargo, en la evolución de la ciencia antropológica se han creado varias disciplinas y ciertos cuerpos de teoría y métodos completamente probados y establecidos.

En general, el estudio del hombre se divide en dos aspectos principales, de manera que tenemos, respectivamente, la *antropología física* y la *antropología cultural*. La primera enfoca el estudio del hombre como una criatura biológica; la segunda recalca la importancia de los pro-

cesos sociales y culturales en la vida humana. Claro está que un entendimiento bien fundado de los problemas humanos exige la plena comprensión y coordinación de los dos puntos de vista mencionados.

Así es, pues, que en la preparación de los estudiantes de antropología de los Estados Unidos exigimos una introducción básica en la antropología física y en la antropología cultural, cualquiera que sea el interés principal del estudiante. El antropólogo especializado en el estudio de la cultura debe, de todos modos, estar en capacidad de apreciar los factores biológicos de la vida humana si quiere estar en condiciones de interpretar científicamente las acciones, los pensamientos humanos.

Entre las especialidades de la antropología física se encuentran las siguientes: a) el evolucionismo humano, o sea el estudio de los fósiles humanos y la investigación del desarrollo de las especies humanas precedentes de la contemporánea; b) el estudio de las razas y variedades biológicas de la actual especie humana; c) el estudio de los procesos del crecimiento y desarrollo físico del individuo; d) el estudio de la influencia de la alimentación y otros factores ambientales sobre la constitución humana; e) la antropometría, o sea la teoría y los métodos de medición y observación del cuerpo humano considerado físicamente; y, f) la clasificación de los tipos constitucionales humanos. Claro es que la antropología física en sus varias ramas está estrechamente vinculada con la medicina, la genética, la dietética, la paleontología, la anatomía, etc. También sirve de base fundamental del estudio de la dinámica de la cultura humana. Porque, al fin y al cabo, nunca debemos olvidarnos que el organismo físico es la fuente última de toda acción humana y el instrumento básico de toda expresión cultural.

Volviendo a la antropología cultural, también nos encontramos con varias especialidades o subdisciplinas. Por ejemplo, este ramo comprende: a) la arqueología prehistórica, la cual es en términos generales nada más que el estudio e interpretación de las culturas humanas ya extinguidas. Tiene la arqueología dos aspectos sobresalientes: 1) Las técnicas de excavación, recobro y conservación de los restos de culturas antiguas, se han desarrollado durante más de un siglo hasta llegar actualmente a una etapa de relativa perfección; 2) La interpretación y el análisis de las culturas antiguas ha progresado de brazo con las avanzadas hechas por los estudios de las culturas vivas. Una corta reflexión convencerá a cualquiera de que, no obstante el cuidado ejercido en la excavación y catalogamiento de las colecciones, la interpretación y reconstrucción de las culturas que representan los objetos coleccionados

depende de un claro conocimiento de los procesos sociales y culturales de las culturas vivas.

b) La lingüística es otra especialidad de la antropología cultural. Los lingüistas antropólogos se han consagrado principalmente al estudio de los idiomas de gentes analfabetas, dejando a los filólogos y etimólogos el campo de los idiomas escritos. Dos innovaciones se han introducido en la lingüística tradicional que antes solía subrayar el apuntamiento exacto de los sonidos en todas sus variaciones individuales. Ahora, la interpretación de un idioma antes desconocido se basa principalmente sobre la teoría de los fonemas, que reconocen que la tendencia central de la pronunciación tiene más importancia que las variedades individuales. El segundo movimiento reciente de importancia en el campo lingüístico es la semántica, o sea el estudio del significado de las expresiones verbales en términos de sus asociaciones costumbristas y tradicionales. Con la semántica se tiende un puente, digámoslo así, entre la lingüística pura y el estudio de la cultura en sus aspectos más amplios.

c) La etnografía se ha desarrollado como el estudio de la distribución geográfica de los elementos culturales y la derivación de tales datos de reconstrucciones históricas. Así se conoce algo de los orígenes y de la dispersión de varias culturas de la antigüedad que no han dejado documentación escrita. De la etnografía, por ejemplo, se sabe que, aunque las culturas peruanas son de origen indígena en este continente, es indudable que las gentes oceánicas contribuyeron con varios elementos en tiempos posteriores, pero antes de la conquista europea. Igualmente hemos trazado la dispersión de las tribus caribes en la América del Sur y hemos podido valorar su influencia y también su posición cronológica para con las tribus de otras culturas. Por ejemplo, de la evidencia de la etnografía se ha podido establecer que la cultura arawaka se dispersó sobre las regiones selváticas antes de la de los caribes, y que las emigraciones de los caribes vinieron originariamente de un centro continental, probablemente situada alrededor de las cabeceras de los afluentes meridionales del Amazonas.

d) La antropología social, llamada también y con propiedad antropología cultural o etnología. De toda maneras, esta ciencia enfoca el estudio y análisis del funcionamiento de las culturas vivas, de las costumbres practicadas hoy, de la estructura de la organización social, de la dinámica de la cultura en particular y en general.

Es sobre esta última ciencia que quisiera extenderme en este artículo.

Al principio tenemos que reconocer que las dos disciplinas llamadas la sociología y la antropología social se acercan más y más cada día, aunque todavía, en los Estados Unidos por lo menos, cada una conserva sus propios puntos de vista y sus propias técnicas de investigación. Sin embargo, la estrecha colaboración entre las dos disciplinas no sólo en teoría sino también en la práctica, es un fenómeno de nuestros tiempos. Quiero mencionar esto porque en Colombia, las varias disciplinas de la ciencia social no están tan bien establecidas sobre tradiciones académicas fundadas en el pasado o en los intereses económicos como ocurre en Estados Unidos. Así es que en Colombia tienen la oportunidad que nos falta a nosotros. Es decir que pueden entrar libremente en la nueva ciencia del hombre sin reservas personales ni profesionales, los sociólogos, los antropólogos, los economistas, los psicólogos, los médicos, etc. Hay otra forma que tienen en este particular y es, que el idioma español no contiene hasta ahora un vocabulario especializado de la ciencia social. Una de las dificultades para el común entendimiento entre nosotros, los americanos del norte, ha sido el hecho de que las ciencias sociales han tratado de explicar sus conceptos en términos de idioma de la calle, lo cual, por supuesto, ha producido una infinidad de equivocaciones y discusiones sobre “el verdadero significado” de tal o cual palabra utilizada en el discurso científico en oposición al significado atribuido a la misma palabra en la conversación común. Por ejemplo, la palabra “pattern” es un término técnico de las ciencias culturales, pero, al mismo tiempo, tiene otras varias acepciones como palabra del idioma inglés. Resulta, pues, que los de habla castellana, tienen una oportunidad magnífica para inventar un vocabulario científico y técnico, que les servirá en el futuro para el discurso internacional y nacional al mismo tiempo. La profesión médica, por ejemplo, se ha acordado un vocabulario universal e internacional, de modo que un médico ilustrado de cualquier país puede hablar con un médico de cualquiera otro exactamente y sin equivocaciones y con pleno y mutuo entendimiento. Tarde o temprano tendremos que convocar una conferencia internacional sobre este mismo asunto del vocabulario en las ciencias sociales y culturales.

Mientras tanto, tengo que seguir con el vocabulario a mi alcance. Quisiera discutir ahora ligeramente unas proposiciones sencillas pero fundamentales a la nueva ciencia cultural.

¿Qué queremos significar por “cultura”? El concepto científico de la cultura se debe a los etnólogos, aunque ya es propiedad común de todas las ciencias sociales. La cultura en este sentido técnico no se refiere solamente al “refinamiento” de la vida humana, como el arte, la música, la pintura, la arquitectura, y las finas maneras de los salones de “la alta sociedad”. La cultura en el sentido científico abarca la totalidad de las maneras de la vida humana. Una cultura específica en contraposición a la cultura generalizada, por supuesto, abraza todos los aspectos de la vida común de una sociedad o de un grupo social. Entre los elementos culturales de una sociedad podemos percibir: a) los artefactos o sean los equipos físicos que ordinariamente se usan; b) las acciones consuetudinarias de la gente, y c) las formas comunes de pensamiento, ideación, de soñar, de imaginar propias de la gente. A uno le hace falta mucho tiempo para darse cuenta de que todas las modalidades del uso común siguen caminos preestablecidos, o sean lo que llamamos “patterns”, para aprovechar de la palabra inglesa. Existe mucha discusión sobre la traducción que demos darle a esta palabra; en castellano puede ser: modelo, patrón, pauta, molde, dechado, ejemplar, plantilla, escantillón, muestra. Les dejo a ustedes la elección de la palabra apropiada. De todos modos, por “pattern” entendemos un curso de acción acordado socialmente y seguido por los miembros de la sociedad o grupo humano. Los “patterns” culturales son los que distinguen una sociedad humana de cualquier otra. Ustedes que han tenido oportunidad de obtener experiencias de otras sociedades se darán cuenta inmediata de las distinciones entre los “patterns” que rigen el pueblo francés, por ejemplo, y los “patterns” universales entre el pueblo colombiano.

Una cultura cualquiera puede ser analizada en elementos que llamamos costumbres. En las obras más antiguas se llamaron “elementos culturales”, “rasgos”, “traits”, etc. Lo importante es realizar que una costumbre es un “pattern” puesto en acción, o ejecutado, por seres humanos. En sí mismo, un “pattern” es una abstracción científica. En la actualidad, es una costumbre desempeñada por seres sociales.

En relación con esto tenemos que tratar de los artefactos. En la literatura anterior a los días actuales siempre se escribieron los artefactos en la categoría de “la cultura material”. Esto es un error fundamental, cuando no muy peligroso. El punto de vista moderno es que los artefactos son meramente el equipo o el producto de la cultura propiamente dicha. Si consideramos la cultura en términos de la acción cos-

tumbrista humana, es claro que no podemos incluir los objetos materiales, como los artefactos, en la categoría de elementos verdaderos de la cultura misma. En lo que toca a los artefactos hay que concluir que, o son producto de las costumbres, o bien adjuntos materiales del ejercicio de las mismas costumbres. Así es que siempre tenemos que tomar en cuenta los artefactos materiales como adjuntos esenciales de las costumbres culturales, pero nunca debemos caer en el error de poner los objetos materiales en la misma categoría fundamental y funcional de las reacciones “pattern” de los seres humanos.

¿Cómo se explican las costumbres humanas y sus variaciones? Es claro que las costumbres y aún las organizaciones de la vida total se distinguen radicalmente entre las sociedades de la especie humana. En una época anterior floreció la teoría de los instintos. Pero ahora se sabe a ciencia cierta que los instintos verdaderos tienen muy poca importancia en el comportamiento de la especie humana. Está demostrado ya que las costumbres no son más que hábitos de los individuos que las practican comúnmente. He aquí uno de los puntos donde se ven las dificultades semantismáticas que siempre se encuentran en las ciencias culturales. Un hábito debe definirse como una reacción humana aprendida, en tanto que un instinto es una reacción dada por la herencia biológica o sea genética.

Así es que la ciencia nos ha enseñado que la vasta mayoría de las reacciones humanas son aprendidas y no provenientes del instinto. Entonces, podemos decir que la mayoría de las acciones humanas son adquiridas a través de la experiencia, pero la totalidad de esos modos de actuar cae en dos categorías: 1) Las maneras idiosincrásicas de actuar, y 2) Los modos compartidos con los demás miembros del grupo social o de la sociedad en consideración. Aunque cada ser humano posee sus peculiaridades individuales, es característico que la mayoría del comportamiento de un individuo “normal” se conforme con “pattern” del grupo o de la sociedad de la cual es miembro.

Todo esto nos convence de que la cultura es producto del aprendizaje. En otras palabras, se ha establecido ya científicamente que la cultura es adquirida y en ninguna manera producto de la herencia biológica. Por eso, estamos convencidos de que la cultura es un fenómeno psicológico en lo tocante al individuo. Entonces, ¿cuál es la distinción entre el hábito y la costumbre? La distinción consiste en esto: en que el hábito es una reacción adquirida por el individuo, mientras que la

costumbre es un hábito compartido por el individuo con los otros miembros del grupo social, según los “pattern” vigentes.

Desde la costumbre, como elemento fundamental de una cultura, es adquirida por los procesos del aprendizaje, está claro que el entendimiento de la cultura misma se funda en las leyes psicológicas del aprendizaje. No tengo aquí espacio suficiente para entrar en la consideración de estos asuntos, pero quiero subrayar la importancia de la ciencia moderna en la psicología del aprendizaje. De todas las “escuelas” de la psicología del aprendizaje, me parece la más valiosa la de la Universidad de Yale, encabezada por el Profesor Hull y sus asociados. Los principios del aprendizaje han sido descubiertos y probados en años recientes, especialmente gracias a los trabajos de los psicólogos norteamericanos, y, durante los últimos años, han sido aplicados al conocimiento de las costumbres y culturas. Estos nuevos principios psicológicos permítenos predecir ciertas acciones humanas puesto que conocemos las condiciones en las cuales dichas acciones o costumbres van a practicarse. La nueva ciencia psicológica está mucho más adelantada y refinada que el antiguo “behaviorismo” de hace 25 años, y consiste en una síntesis de los principios de varias escuelas psicológicas, como la de Gestalt, de Freud y la de Pavlov, más algunos principios completamente nuevos, todos ellos firmemente planteados sobre una base experimental. Con la incorporación de tales principios psicológicos en el cuerpo de la teoría cultural estamos en posición para explicar los aspectos dinámicos de la cultural y las relaciones entre el individuo y su cultura con una exactitud nunca antes posible.

Así es que una cultura debe ser considerada como una organización o configuración de “patterns” o patrones de costumbres, las cuales se practican por los miembros de la sociedad humana que es dueña de la cultura en cuestión. El complejo de costumbres que constituye una cultura sirve como un mecanismo adaptativo al medio ambiente para la sociedad, proporcionándole también su sistema de organización de los grupos sociales y de sus actividades consuetudinarias.

Ahora podemos ver que la cultura de una sociedad es el producto de individuos de la raza humana, porque cada costumbre y demás elementos culturales deben ser inventados o descubiertos en primer lugar por algún individuo. Por supuesto, muchos elementos tuvieron un origen inconsciente y sin plan previsto, pero en último análisis, son, sin embargo, productos de seres humanos. Aunque una cultura se hace poco a poco por las contribuciones de los hombres, el individuo es –a

su vez— un producto de su cultura. Desde la niñez, el individuo ha sido enseñado acerca de los “patterns” comunes de su sociedad hasta que llega a ser dominado por las maneras de vivir y pensar que forman su cultura. Así es que podemos analizar las relaciones mutuas que existen entre la cultura, la sociedad y el individuo típico.

Por causa de la dominación cultural que rige sobre tal individuo típico podemos observar una cierta similaridad en la organización fundamental de las personalidades de los miembros de una sociedad. Podemos hablar del tipo personal de la sociedad A y podemos contrastarlo con el tipo personal de la sociedad B, etc. Pero será evidente que tal análisis de la personalidad de un grupo o de una sociedad se basa rigurosamente sobre datos empíricos coleccionados con sumo cuidado y ordenados a la luz de las leyes de la cultura y de la psicología, y no un producto del escritorio. Este moderno método del análisis de la psicología colectiva tiene varias aplicaciones de carácter sumamente práctico. Por ejemplo, durante la Guerra Mundial que acaba de terminar un cuerpo de antropólogos y psicólogos recibió del gobierno americano la tarea de explorar las debilidades culturales y psicológicas de nuestros enemigos. Estos expertos han merecido no poco crédito por parte en la obtención de la victoria final. Por medio de estudios de esta naturaleza esperamos, en tiempos de paz, poder comprender y apreciar mejor a nuestros amigos a fin de cooperar en una estructura mundial de colaboración y paz.

La moderna ciencia cultural, por tales motivos, ha reunido métodos para el estudio de la dinámica de los patrones de costumbres y de culturas enteras con una comprensión precisa de la función psicológica de las acciones y reacciones humanas. Tal sistema de teoría y procedimiento confiere al estudiante una cierta potencialidad para predecir acciones y actitudes de individuos y de grupos sociales, lo que antes parecía una imposibilidad por falta de una disciplina apropiada. Y es claro que, si tenemos la posibilidad de predecir ciertas reacciones humanas, estamos al mismo tiempo en posición de controlar las mismas hasta cierto punto, pudiendo de tal manera también evitar la aparición —de antemano— de ciertos problemas sociales. Resulta, pues, que las ciencias culturales tienen varias posibilidades si se aplican a la vida actual. Pero, igualmente, tal ciencia contiene posibilidades en un todo peligrosas. Pasa algo así como con la física moderna que, por medio de la fuerza atómica, es capaz de producir una era de progreso casi inimaginable o bien una guerra que pondrá fin a todo. En otras pa-

labras, una técnica científica es, en sí misma, neutral en lo que toca a sus destinos finales. Por eso estamos obligados a considerar no solamente las técnicas de investigación sino también los valores de la vida humana. Una discusión amplia del asunto de los valores humanos podría llevarnos muy afuera del camino central, tema de esta breve nota, pero quisiera mencionar solo un punto. Hasta hace poco casi todos los sabios creían que los valores humanos eran una cuestión exclusivamente del dominio de la metafísica; ahora sabemos que podemos llegar a soluciones o definiciones mejor fundadas si basamos nuestras investigaciones sobre “lo mejor” y “lo peor” en comparaciones empíricas de los valores sociales encontrados en todo el rango de culturas y sociedades humanas. El estudio comparativo de las culturas, entonces, es capaz de ayudarnos en la solución de problemas que fueran antes considerados como fuera de cualquier ciencia o procedimiento ordenado. Hay algunos estudiantes –fascinados por las posibilidades prácticas de la nueva ciencia de las relaciones humanas– que nos aconsejan abandonar todo estudio sobre antigüedades, historia, lingüística, arqueología y otras especialidades antropológicas algo exóticas. Dicen ellos que tales estudios no llevan consigo a ningún resultado práctico, que es imposible solucionar todos los problemas sobre los orígenes humanos, y que las usanzas de pueblos ajenos y primitivos no tienen nada que ver con la vida de nuestros días. Yo no estoy de acuerdo con este punto de vista y creo sinceramente que tal posición es equivocada.

En primer lugar, tales estudios tienen un interés intrínseco que no podemos pasar por alto. Por ejemplo, hay mucha gente en Colombia que desea conocer el pasado de su país o de los estados vecinos, y si tal conocimiento posee valor práctico inmediato o no. El hombre tiene una curiosidad ingénita legítima, la que está en el deber de satisfacer.

Tal vez sea más importante, desde el punto de vista científico, el hecho de que las investigaciones de las culturas ajenas a la nuestra, sean primitivas o modernas, antiguas o extinguidas forma la base ancha sobre la cual podemos erigir la estructura de generalidades y leyes aplicables a la solución de los problemas de nuestro tiempo. Los biólogos, por ejemplo, no han formado las exactitudes de la presente ciencia de los procesos del crecimiento y desarrollo de los seres vivos sobre una investigación de solo unas pocas plantas cosechadas en sus huertos particulares. Ellos tuvieron que investigar los procesos de la vida en todas sus formas dondequiera que se encuentren en el mundo. Igualmente, los peritos de la clase de fenómenos que llamamos la cultura están

obligados a coleccionar información y a analizar los procesos de las culturas de todas partes del mundo y de todas las etapas de la historia humana. Resulta, pues, que tales estudios de antigüedades, de tribus primitivas o de sociedades exóticas –aunque a veces parezcan de poca utilidad– forman la base sólida y comparativa de la ciencia del hombre.

Hay un sólo peligro general que vale la pena de mencionarse en este respecto. Esto es, que los cultivadores de tales ramos de la antropología ocasionalmente muestran una tendencia a olvidar la vida humana en sí misma. Por ejemplo, hay arqueólogos conocidos que se extasiaron tanto ante la mera forma física de una flecha u otros artefactos recogidos, que perdieron de vista el hecho de que tales objetos materiales no tienen importancia en sí mismos, sino en términos de una manera de vivir, una técnica cultural de fabricación o una organización social que queda representada por los artefactos en forma material. También hay lingüistas tan ocupados en minúsculos detalles fonéticos, por ejemplo, que no pueden añadir nada a nuestro conocimiento de los idiomas como vehículo de expresión social y depósitos de ideas y sentimientos culturales. No es que desaprobemos los estudios detallados y minuciosos –¡de ninguna manera!– especialmente si tienen algún valor demostrable para la ciencia unificada del hombre y su vida social. Pero el antropólogo siempre deberá preguntarse –¿qué quieren decir mis investigaciones en términos de la ciencia general? ¿Explican algo? ¿Se relacionan con algo ya conocido?.

Para evitar que el investigador se pierda en callejones cerrados y en esfuerzos infructuosos, necesita de una base de sólida y bien coordinada teoría. Como saben ustedes, una teoría científica consiste en una serie de proposiciones lógicamente vinculadas, las que pueden demostrarse empíricamente. Las proposiciones mismas, al comienzo, no necesitan ser “verdaderas”; la única exigencia es que estén enunciadas en una forma susceptible de la prueba empírica. Si cierta proposición o postulado no se conforma con los datos empíricos en algún particular, el científico tiene que formular una nueva proposición y sujetarla a la prueba empírica, a su vez. Una vez que la proposición se muestra conforme con los datos empíricos en un alto grado de probabilidad que seguirá así en el futuro, se llama una “ley” científica. Así es que un cuerpo de teoría está formado por la ciencia moderna. Mientras tanto, el cuerpo de proposiciones y postulados sirve como una guía para el investigador. La teoría puede ser falsa, pero en tal caso los datos colec-

cionados lo demuestra, y el investigador está en posición de reformar la teoría. Si los postulados no son falsos, sirven para la interpretación de los datos coleccionados. De todas maneras existe una estrecha vinculación entre la teoría y la metodología, y las técnicas de la ciencia moderna; y tal es el caso de la ciencia cultural, en no menor grado que las otras ciencias. Por tales motivos una buena preparación en la literatura de la ciencia y de la teoría es un prerequisite para el investigador antropólogo. Por bien intencionado que sea, el investigador que salga a campo sin adecuada preparación malgasta el tiempo y el dinero, por no mencionar errores más graves. De allí la necesidad de cursos de instrucción bien planeados e inteligentemente dictados.

Pasemos por fin a una cuestión más. ¿Cuál será la manera más eficaz para estudiar la cultura, las costumbres, la organización de una nación moderna? La cultura de una nación moderna involucra ciertos problemas que no se encuentran generalmente entre las tribus primitivas, comunidades rurales contemporáneas y varias de las sociedades de la antigüedad. Es que prácticamente nunca se encuentra una nación moderna que muestre una cultura homogénea. Siempre vemos varias subdivisiones sociales y culturales y, según mis conocimientos, la República de Colombia no forma una excepción a tal observación. Es cierto que varios otros tipos de sociedades muestran subdivisiones también, pero la heterogeneidad de una nación moderna se puede clasificar en dos grandes ramas generales: 1) Los grupos o categorías sociales basadas en intereses culturalmente definidos, tales como los grupos denominados castas, clases sociales, grupos económicos, grupos raciales, etc. Hay que tener en cuenta que los así llamados grupos raciales no tienen, muchas veces, mucho que ver con la sangre, sino que se distinguen por definiciones culturales de posición social, privilegios, impedimentos sociales, etc. 2) La segunda clase de subdivisión social y cultural que se encuentra comúnmente en la nación moderna es la religión. Por causa de su extensión territorial la nación moderna ordinariamente abraza una variedad de regiones naturales, las cuales se distinguen entre sí en lo que toca al medio ambiente y al desarrollo histórico. En parte por motivos de índole geográfica, en parte por razones históricas, cada región tiende a desarrollar su propia cultura, distinta de las otras en ciertos rasgos, pero todavía dentro del gran cuadro de la cultura nacional. Por ejemplo, en los Estados Unidos tenemos las manifestaciones culturales de las regiones del Sur, de Nueva Inglaterra, del Medio Oeste, del Lejano Oeste, del Sudoeste limítrofe con Méjico, etc. Tales regiones

son reconocidas por el gobierno en la demarcación de distritos territoriales del sistema de los bancos de reserva federales (Federal Reserve System). Y una gran serie de estudios científicos han sido completados por cuenta del gobierno central tratando acerca de los recursos naturales y humanos de tales regiones para servir de base a los planes prácticos de restablecimiento de poblaciones, de obras públicas, a la distribución de la fuerza eléctrica por las grandes represas públicas como las del Valle del Tennessee, etc. Muchas obras y actos administrativos del gobierno federal hacen así uso de esos estudios preliminares de las varias regiones del país. Entre otros, se trata de leyes y dispensaciones relativas a la distribución de fondos para la repoblación de los bosques, la ayuda federal para las escuelas públicas, las tarifas permitidas a los ferrocarriles y otros vehículos de comunicación. Todo esto es lo más interesante en vista del hecho que políticamente nuestro país no está organizado sobre base regional, sino al contrario, subdividido entre estados, los límites de los cuales frecuentemente no corresponden a las divisiones regionales. Pero la importancia de la distribución regional de pueblos, de recursos naturales y de culturas es tan grande que la nación no puede pasar por alto fenómenos de tanta trascendencia.

Durante los últimos veinticinco años, el Instituto de Investigaciones Sociales (Instituto for the Study of Social Science) de la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill, ha seguido un gran programa de estudios corrientes sobre la región del sur —el Viejo Sur, como se denomina muchas veces—. Este Instituto, bajo la dirección del doctor Howard W. Odum, fue el primero en desarrollar en gran escala los estudios científicos del regionalismo. Para los próximos tres años tenemos un proyecto de estudios sobre una serie de comunidades y poblaciones típicas de esta región, haciendo uso de los técnicos y métodos de la antropología social. De este programa tengo el honor de ser director. Pero los estudios del Instituto enfocan en la región todos los recursos científicos disponibles de tal manera que el Instituto representa una coordinación de varias disciplinas de la ciencia social. Por ejemplo, además de la división de la antropología social de la que estoy encargado, tiene una división de psicología y psiquiatría, una división de sociología, una división de geografía humana y cartografía, una división de estadística, una división de educación y pedagogía en sus aspectos sociales, una división de recreación pública, contando también con la cooperación estrecha de otros departamentos y personal de la Universidad. También puedo decir que el Instituto está dotado con un cuerpo taquigráfico, con laboratorios, máquinas de computación estadística,

una biblioteca propia de obras y revistas especializadas de la ciencia social, un taller de dibujo y cartografía, etc. La lista de libros o trabajos publicados por el Instituto asciende a unos cuatrocientos por el momento. El Instituto como órgano de investigaciones empíricas está estrechamente vinculado con la Universidad de la que es una dependencia, de tal manera que la instrucción formal progresa de concierto con las investigaciones en el campo de acción, la biblioteca y el laboratorio. Algunos de los profesores ocupan puestos dobles –de instrucción e investigación–. Hay también una serie de cargos de ayudantes, asignados a los alumnos más avanzados y bien preparados. Estos puestos, que se denominan Research Assitanships (Auxiliares de Investigaciones) se conceden con un modesto sueldo y gastos a los alumnos que los ocupan, y les ofrecen un período de un año o más de experiencia práctica y profesional antes de recibir el doctorado. Porque nosotros estamos convencidos de que la preparación adecuada de un antropólogo o de un sociólogo profesional exige no solamente una instrucción cabal en el aula, sino también un período de experiencia práctica bajo competente dirección profesional. En este sentido la nueva ciencia social puede compararse favorablemente con las más antiguas ciencias –como la medicina, la física y la química.

Me he extendido en este artículo en la organización y los trabajos del Instituto de la Carolina del Norte porque es un modelo en su especie y está en capacidad de ofrecer algunas orientaciones a aquellos que están interesados en la mejor forma de realizar tales asuntos. En los Estados Unidos mismos, el Instituto sirve como modelo para otros. Cuando, por ejemplo, la Universidad de Harvard se decidió a establecer una organización similar, las autoridades de esa Institución acudieron a Chapel Hill a familiarizarse con la organización y detalles del Instituto.

No es cuestión de jactancia para nuestra labor en el Instituto, pero estamos complacidos de la parte precursora que al Instituto le ha tocado jugar en el desarrollo y formación de la nueva ciencia social de nuestros tiempos.

Tengan los estudiantes e investigadores colombianos la seguridad de que en Chapel Hill, estaremos siempre decididos a estrechar las relaciones de amistad y la colaboración científica con las instituciones e individuos de Colombia. Esperamos que el intercambio de trabajos, publicaciones y de personal, ya empezado, pueda desarrollarse prontamente en forma de verdadera colaboración y cooperación en la ciencia de la vida humana.

FE DE ERRATAS

Pág. 110	Párrafo 29	Dice: (Fig. 4Km)	Léase (Fig. 4 k, m)
« 110	« 34	« (Fig. 4,2)	« (Fig. 4,1)
« 121	« 28	« (Lám.XXIX)	« (Fig. 9)
« 132	« 20	« (Fig. 12)	« (Fig. 13)
« 143	« 6	« (Fig. 13,c)	« (Fig. 13-e)